

CAROLINE ERIKSSON

SIN  
RASTRO

Lectulandia

Una tarde de verano, Greta, Alex y la pequeña Smilla, de cuatro años, salen de excursión a una pequeña isla situada en el centro de un idílico lago. Padre e hija se adentran en el bosque, mientras que Greta prefiere quedarse en el bote, seducida por el vaivén casi místico del agua. Pero pasan las horas y los otros no regresan.

Su búsqueda frenética se revela inútil. Alex y Smilla han desaparecido sin dejar rastro; Greta intenta llamarles, pero su teléfono móvil también se ha esfumado. Lo encontrará escondido entre las sábanas. ¿Lo puso ella ahí? ¿O ha habido alguien más en la cabaña? ¿Quién? Y ¿por qué?

En este sombrío *thriller* psicológico, con más recovecos que un laberinto y más impetuoso que una montaña rusa, Greta se verá sumergida en un abismo de confusión creciente, hasta enfrentarse a un secreto que lleva demasiado tiempo escondiendo.

**Lectulandia**

Caroline Eriksson

**Sin rastro**

ePub r1.0

Karras 01-04-2019

Título original: *De försvunna*  
Caroline Eriksson, 2015  
Traducción: Pontus Sánchez

Editor digital: Karras  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33

Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Agradecimientos  
Sobre la autora

*A mis abuelos.  
Por los veranos en la cabaña.  
Por las crepes y las albóndigas.  
Por el apoyo incondicional a mis sueños literarios.  
Y por todo lo demás.*

# 1

La pequeña barca de acero corta el agua negra con la precisión de un bisturí. El sol brilla cerca del horizonte, la tarde de finales de verano ya está muy avanzada. Estoy sentada en la proa y cierro los ojos por las gotas de agua que me salpican en la cara, lucho contra el mareo que bate contra mi cuerpo al ritmo de los movimientos del barco. «Si al menos pudiera ir un poco más despacio», pienso. Y como si me hubiese leído el pensamiento, Alex reduce la velocidad. Me vuelvo lentamente hacia él. Va sentado en la popa, con una mano apoyada en la caña del timón del motor fueraborda. Todo su ser emana masculinidad y control. La cabeza rapada, el mentón prominente y la arruga de concentración en el entrecejo. De los hombres no se suele decir que sean hermosos, pero Alex lo es. Siempre me lo ha parecido. Y me lo sigue pareciendo.

Sin avisar, Alex apaga el motor. La barca traza un pequeño arco y se hunde ligeramente en el agua. Smilla se inclina hacia un lado en su asiento, en la bancada que hay entre Alex y yo. Alargo el brazo para sostenerla, la sujeto por la espalda hasta que recupera el equilibrio. En un acto reflejo, ella me agarra con sus deditos y una ola de calor me sube por dentro. Ahora que el motor ha dejado de azotar el ambiente, solo queda el silencio. El pelo fino y rubio de Smilla se le eriza en la nuca, a poco más de medio palmo de mi cara. Justo cuando voy a inclinarme para hundir la nariz en su pelo, Alex se estira para alcanzar los remos.

—¿Quieres probar?

Smilla me suelta de inmediato y se levanta llena de excitación.

—Ven —dice Alex con una sonrisa—, que papá te enseñará a remar.

Él le tiende la mano, y la niña se apoya en ella para dar los últimos pasitos hasta la popa. Una vez allí, se sienta en el regazo de su padre y le da unas palmaditas de satisfacción en las rodillas. Alex le enseña cómo tiene que sujetar los remos, luego pone sus manos sobre las de ella y empiezan a remar



con movimientos lentos. Smilla suelta una risotada, gutural y feliz, como solo ella sabe. Yo me quedo mirando el hoyuelo que asoma en su mejilla izquierda hasta que se me empañan los ojos. Entonces me vuelvo hacia el lago, me pierdo en su inmensidad.

Alex afirma que «seguro que tiene algún nombre oficial en algún registro público», pero que la gente de la zona no lo llama de otra manera que no sea La Bruja. No es lo único que comenta. También cuenta historias, a cuál peor, sobre este lago y lo que se dice que es capaz de hacer. Cuentos y habladurías sobre que el agua está embrujada desde antaño y que su maldad tiene la capacidad de filtrarse dentro de las personas, retorcer sus mentes y hacerlas cometer actos terribles. Tanto adultos como niños han desaparecido sin dejar rastro en estas tierras, se ha derramado sangre. Según la leyenda, claro.

Un eco quejumbroso y espectral recorre la superficie del agua e interrumpe mis pensamientos. Me giro en dirección al ruido, por el rabillo del ojo veo que Alex y Smilla hacen lo mismo. Entonces se vuelve a oír. Un crujido leve que va en aumento hasta convertirse en un chillido afónico, ululante. Un poco más allá, algo agita las alas y una sombra oscura se precipita sobre la superficie del agua. Al instante siguiente ha desaparecido, claramente engullida por el lago. Sin el menor chapaleo y sin dejar ningún rizo de espuma. Alex rodea a Smilla con un brazo mientras con el otro señala.

—Un colimbo —le explica—. Algunos piensan que es un pájaro de tiempos antiguos. Supongo que es por el canto. Muchos dicen que da miedo.

Se vuelve hacia mí, pero yo miro a Smilla y esquivo su mirada. La niña se queda un buen rato observando concentrada el lugar donde el colimbo ha desaparecido. Al final se gira hacia Alex y le pregunta intranquila si el pájaro no va a salir a respirar. Él se ríe, le acaricia el pelo y le dice que el colimbo puede pasar varios minutos bajo el agua. No tiene por qué preocuparse. Además, añade, pocas veces salen por el mismo sitio en el que se han zambullido.

Alex vuelve a agarrar los remos y rema él solo el último tramo. Smilla se sienta de nuevo en el centro de la barca de espaldas a mí, y yo estudio su perfil desde atrás, la suave redondez de su mejilla, mientras ella sigue escrutando la superficie del agua con la mirada. El pájaro. No puede dejar de pensar en él, dónde estará ahora y cómo va a poder sobrevivir tanto tiempo sin respirar. Levanto el brazo para pasarle una mano tranquilizadora por su pequeña espalda de niña, pero en ese momento ella se aparta y gira la cabeza de tal manera que ya no alcanzo a verle la cara. Alex le sonrío e imagino que

Smilla le devuelve la sonrisa. Confiada. Confortada. Si papá dice que el pájaro se las arregla, seguro que lo hace.

Faltan poco más de diez metros para llegar a la isla. La pequeña isla, en mitad de La Bruja. Es allí adonde vamos. Clavo los ojos en el agua, trato de penetrar en ella con la mirada. Al final vislumbro el fondo debajo de nosotros, cubierto de una maraña vegetal ondulante. Cada vez es menos hondo. Las algas llegan hasta la superficie y se enredan alrededor del casco como largos y viscosos dedos de color verde. A los lados de la barca asoman juncos altos que se inclinan por encima de nuestras cabezas. Cuando topamos con tierra, Alex se levanta y pasa por delante de Smilla y de mí. Sus movimientos hacen balancearse la barca. Me aferro a la borda y cierro los ojos hasta que deja de mecerse.

Alex pasa un cabo alrededor del tronco del árbol más cercano y lo ata con minuciosidad. Luego tiende una mano y Smilla se desabrocha el chaleco salvavidas al tiempo que pasa junto a mí como un torbellino. Con las prisas me pisa un pie y me clava un codo en el pecho derecho. Suelto un gemido, fuerte, pero ella no se percata. O si se da cuenta, hace caso omiso. Tiene tantas ganas de ir con su padre que todo lo demás carece de importancia. Nadie que los vea juntos puede dudar ni por un instante que Alex es el gran amor de Smilla en este mundo. Hace un rato, cuando hemos ido de la cabaña al embarcadero, ella ha insistido claramente en caminar, o más bien ir brincando, al lado de Alex. Los rayos oblicuos del sol se colaban entre las copas de los árboles del sendero del bosque y se mezclaban con la cháchara entusiasmada de Smilla. Pronto desembarcarían en una isla desierta, ella y papá. Como dos auténticos piratas. Smilla era la princesa pirata y papá podía ser... ¿el rey pirata, quizá? Smilla se reía y tiraba a Alex de la mano, no podía esperar a llegar al lago. Mientras, yo caminaba unos pasos más atrás.

Ahora levanto la cabeza y los miro, uno al lado de la otra, Smilla apoyada en Alex con sus tiernos bracitos rodeándole la pierna. Una unidad inquebrantable. Padre e hija. Los dos en tierra, yo aún en la barca. Esta vez Alex tiende la mano hacia mí y arquea las cejas en gesto inquisitivo. Yo titubeo y él lo nota.

—Vamos. Se supone que esto es una excursión en familia, cariño.

Esboza una sonrisita. Mis ojos se deslizan hasta Smilla y nuestras miradas se cruzan. Hay algo en su barbilla, en su forma de empujarla hacia delante.

—Id vosotros —digo con voz rasposa—. Yo os espero aquí.

Alex hace otro intento algo desganado de convencerme, pero cuando vuelvo a negar con la cabeza se encoge de hombros y se vuelve hacia Smilla.

Abre los ojos de par en par y esboza una mueca que hace que a ella le brillen los ojos de expectación.

—¡Cuidado, habitantes de la isla, aquí vienen Papá Pirata y Smilla, la Princesa Pirata!

Al mismo tiempo que Alex grita estas palabras, levanta a Smilla en volandas, se la echa al hombro mientras ella chilla muerta de risa, y empieza a correr cuesta arriba. Una cara de la isla es más empinada que la otra, y es donde acabamos de atracar. Pero Alex no se arredra, no deja que la pendiente amilane sus pasos. Casi me parece sentir el ácido láctico que liberan sus piernas. Y la sensación vertiginosa del estómago de Smilla, allí colgada boca abajo. Luego alcanzan la cima y desaparecen de mi vista.

Me quedo sentada escuchando el sonido de voces que se alejan cada vez más. Al cabo de un rato me inclino hacia delante, me masajeo las lumbares con suavidad, las tengo rígidas y doloridas. Algo me empuja a inclinarme todavía más, sobre la borda de la barca. El agua se ha quedado casi inmóvil bajo el casco, el lago se ha cerrado ante mis ojos. Ya no veo lo que hay debajo de la superficie. Lo único que me devuelve la mirada son los contornos fragmentados de mi propio reflejo. Al final cedo el paso a los pensamientos de lo que sucedió ayer y durante la noche. Repaso cada palabra, cada movimiento, sin apartar la vista en ningún momento del reflejo de mis ojos flotando ahí abajo. Por cada fragmento de lo acontecido que recuerdo, me parece ver cómo la mirada en el agua se va tornando cada vez más oscura. Casi a mi pesar, me rodeo el cuello con las manos. Pasa un momento. Unos minutos. Una eternidad.

Entonces pestañeo y es como si despertara de un letargo, como si hubiese perdido por completo la noción del tiempo. ¿Cuánto rato llevo aquí sentada? Tirito y me abrazo el cuerpo para entrar un poco en calor. El sol descende sobre las copas de los árboles y arroja estrías del color de la sangre por el cielo. Una gélida brisa se levanta en la tarde y hace que sienta frío de verdad. Me estiro y aguzo el oído, pero ya no puedo oír ni la voz jaranera de Alex ni la risita aguda de Smilla. Lo único que se oye es el canto desolador del colimbo, ahora en la lejanía. Siento un escalofrío. ¿No deberían haber terminado ya con el juego pirata y la exploración de la isla? Pero entonces pienso en el entusiasmo de Smilla. Me digo que, probablemente, no esté dispuesta a renunciar a la aventura así como así. Seguro que han dado toda la vuelta a la isla. A lo mejor ahora están jugando al escondite en la otra punta. Tal vez por eso no los oigo.

Cierro los ojos y recuerdo cómo jugueteaban esta mañana en la cocina. La energía de Alex y esa paciencia que tiene para jugar tanto, tanto rato. Él aguanta mucho más de lo que aguantaría cualquier otro padre. «Vamos, cariño, volvamos a la barca, que mamá nos está esperando». Alex jamás diría algo así. Es un buen padre. Abro los ojos. Una vez más me inclino por la borda y noto que la oscura superficie del agua atrapa mi mirada.

«Buen padre».

«Buen padre».

«Buen padre».

Cuando me incorporo, sigo sin oír ningún ruido. Ni voces ni risas. Ni siquiera el colimbo. Me quedo así un rato, inmóvil, escuchando. Entonces, de repente, lo sé. No necesito dar una vuelta angustiada por la isla, no hace falta buscarlos ni gritar sus nombres desesperadamente. No, ni siquiera necesito levantarme y bajar de la barca para saberlo.

Alex y Smilla no van a volver. Han desaparecido.

Naturalmente, a pesar de todo, voy a buscarlos. A pesar del convencimiento instintivo de que es en vano. La sudadera azul marino de Alex está doblada en la popa. La agarro de un tirón y me levanto para arrastrar la barca a tierra. Una desagradable sensación recorre mi columna vertebral. Con un movimiento que es una mezcla de paso y salto, bajo a tierra firme. Grito el nombre de Alex, luego el de Smilla. Nadie responde. Tengo los brazos rígidos cuando me pongo la sudadera por encima de la cabeza. El olor a hombre permanece en el tejido, me envuelve. El olor a Alex.

Siento una fuerte punzada en la zona abdominal, pero ignoro el dolor y empiezo a subir la cuesta. Apenas he dado unos pocos pasos cuando el pecho se me encoge y mi respiración se vuelve jadeante. Es más empinado de lo que me creía. Siento el cuerpo pesado y torpe, le cuesta colaborar, pero aprieto las mandíbulas y me obligo a seguir adelante, arriba. Uno de mis pies resbala en un trecho embarrado y tengo que apoyar una mano para no caerme y deslizarme de espaldas cuesta abajo.

A pesar de todo, al final me encuentro en la cima. Intento gritar otra vez, pero lo único que me sale es un graznido afónico. Me escuece la garganta, siento que protesta por el esfuerzo de la subida, y el sujetador se me antoja dos tallas demasiado pequeño. Por mucho que lo intente con todas mis fuerzas, mis pulmones se niegan a sacar el aire necesario. Es como tratar de gritar en una pesadilla. El estómago se me encoge en oleadas de convulsiones. Hago un nuevo intento de gritar, pero me doblo por la mitad. Inclineda hacia delante, emito un fuerte eructo y un mejunje marrón amarillento sale expulsado de mi cuerpo. Me tiemblan las piernas y me tambaleo hacia un lado, luego caigo de rodillas.

Me seco la boca con una manga de la sudadera. Luego me quedo en el suelo un rato, como abatida por un enemigo superior. La idea apenas ha cobrado forma en mi cabeza cuando la aparto de golpe. «¿Enemigo?

¿Superior? ¡No!». Me vuelvo a poner de pie. Siento el cuerpo débil, pero por lo menos obedece. En vez de tratar de gritar otra vez, me concentro en dejar que mi mirada otee la parte de la isla que puedo ver desde aquí. Apenas hay espacios abiertos. Entre los árboles y los enebros se alzan hierbas y matojos que me llegan por la cintura. No es un lugar por donde se pueda avanzar sin dificultad. Sobre todo si eres una niña de cuatro años. No veo a Alex ni a Smilla por ninguna parte.

Avanzo a trompicones, sé lo que tengo que hacer, pero no tengo claro qué camino debería tomar. En un sitio la hierba está chafada hacia un lado y el suelo parece pisoteado. Empiezo a caminar en esa dirección, sigo lo que me imagino que son las huellas de un hombre y una niña con ganas de jugar. De vez en cuando me detengo y grito sus nombres. Pero sin esperar obtener respuesta. De pronto me invade una sensación mecánica, una sensación de estar actuando según un patrón preestablecido. Me estoy comportando tal y como sé que debería hacer, simplemente hago lo que toca. Como si estuviera interpretando un papel.

El silencio entre los árboles es denso y siniestro. Hasta que de repente se oye un ruido en la hierba, a apenas unos metros de distancia. Doy un respingo y cierro los puños instintivamente. Entonces descubro un erizo que se aleja lo más deprisa que sus patitas le permiten. Cuando vuelvo a mirar al frente, la hierba ya no muestra señales de haber sido apartada ni pisoteada. No hay nada que sugiera que un hombre y una niña hayan pasado por ahí antes que yo. Me vuelvo rápidamente, miro hacia atrás. Y luego de nuevo hacia delante. A los lados. Pero no veo huellas por ninguna parte, ni del avance de otras personas ni de mi propio paso hasta llegar aquí. Estoy de pie en un mar de altas hierbas. Me rodean silenciosas e implacables por todos lados.

Una oleada de mareo me azota de forma tan virulenta que tengo que taparme los ojos y extender un brazo a un lado para no perder el equilibrio. Justo cuando aparto la mano de la cara y vuelvo a abrir los ojos, el último rayo de sol escarlata desaparece tras las copas de los árboles al otro lado del lago. Estoy sola en un lugar desconocido, sola con el silencio y la oscuridad que ahora avanza más deprisa. Elijo una dirección al azar y sigo mi camino por el terreno inhóspito.

Un hombre y una niña desembarcan en una pequeña isla. No regresan. ¿Qué puede haber pasado? Hay un montón de explicaciones posibles, me digo. Pueden haberse entretenido con algún juego y perdido la noción del tiempo, o puede que solo... Febrilmente intento pensar en más acontecimientos plausibles. Naturales. Inofensivos y agradables. El problema

es que ninguno explica por qué Alex y Smilla siguen desaparecidos, por qué no responden a mis gritos. Abro la boca para llamarlos de nuevo, pero esta vez el grito es tan histérico que me echo atrás ante el sonido de mi propia voz.

Mientras sigo adelante tambaleándome, busco con la mirada por el suelo y entre los árboles. Mis piernas se mueven cada vez más deprisa, mis movimientos se tornan cada vez más espasmódicos. Camino sin rumbo, ya no sé en qué dirección estoy avanzando ni por dónde he venido. Estoy tan alterada que no consigo orientarme del todo. No veo huellas humanas por ninguna parte. Un sollozo se abre camino por mi pecho. «¡Smilla!».

Justo en ese momento veo algo. Paro en seco, siento un temblor extendiéndose por todo mi cuerpo. Un par de metros más adelante hay una roca. Y luego, un poco más allá, otra cosa. Un objeto oscuro. Y aunque al momento no entiendo de qué se trata, sé con cada célula de mi cuerpo que no es algo que forme parte de la vegetación. Es algo que pertenece a una persona. Poco a poco, llena de temor por lo que creo poder encontrarme, me acerco. Hasta que no estoy casi allí, la presión no cede en mi pecho, y me agacho en la hierba delante del objeto. Es una solitaria bota negra, vieja y raída. Los pequeños orificios por donde una vez corrían los cordones están vacíos. Nunca he visto ese zapato. No pertenece ni a Alex ni a Smilla, eso seguro. Sin entender por qué, alargo la mano en el aire, noto la atracción que la bota ejerce sobre ella. Es como si mis dedos fueran dirigidos por una fuerza externa a mí, una fuerza que brota de la tierra que tengo bajo mis pies.

Con un jadeo retiro la mano y me levanto de un brinco. ¿Qué son estas ideas e impresiones tan raras que me vienen a la cabeza? Deben de ser los vestigios de las historias de La Bruja y sus fuerzas malignas. Reempiendo la marcha a paso rápido, me recuerdo a mí misma que esas historias no son más que tonterías sobrenaturales mezcladas con viejas supersticiones, eso es todo. Aun así, no puedo evitar mirar por encima del hombro varias veces. Mis piernas caminan a través de la hierba cada vez más deprisa, hasta que prácticamente estoy corriendo.

Avanzo esquivando árboles cuyas sombras se hacen cada vez más alargadas y cuyas ramas angulosas se extienden para atraparme como brazos largos y hostiles. Algo me alcanza, unas ramas me arañan la coronilla cual garras, y suelto un grito, fuerte e inexorable. El sonido de mi propio miedo me supera. Mis pensamientos se liberan y se desbocan sin que yo pueda seguir conteniéndolos, generan olas de sensaciones cada vez más altas en mi interior. «No los voy a encontrar. Nunca los encontraré».

Pero entonces —justo en ese instante— caigo en la cuenta. «Llamar». Si no puedo encontrarlos, tengo que llamar, por supuesto. Es lo primero que se hace cuando pierdes a alguien. ¿Por qué no he pensado en ello hasta ahora? Aminoró la marcha y entre jadeos me llevo la mano al bolsillo de los pantalones pirata. Vacío. Tanteo con los dedos sobre la tela del otro bolsillo, pero ahí tampoco tengo mi teléfono. ¿Dónde está? ¿Puedo haberlo perdido en la isla? ¿O se ha quedado en la barca? El recuerdo fragmentario se va despejando hasta que emerge en su plenitud.

No he cogido el teléfono al salir de la cabaña. Era una excursión decidida de forma espontánea, y en realidad yo no tenía ninguna intención de sumarme. Pero al final lo he hecho. Vuelvo a sentir la presión en el pecho, pero esta vez no se debe a la respiración forzada. Miro de nuevo a mi alrededor, busco desesperadamente el más mínimo fragmento de tejido de un vestido rosa, un revoloteo de cabellos rubios. Pero ella ya no está aquí, lo percibo. El teléfono se ha quedado en la cabaña, probablemente en mi bolso. Solo hay una cosa que puedo hacer.

Aun así, siento que no está bien. ¿Cómo voy a marcharme de la isla sin haber encontrado a Alex y a Smilla? ¿Cómo puedo abandonarlos a su destino? A su destino... Hay algo terrible en esas palabras, en la mera idea. «Esto no cuadra. Algo malo, muy malo ha pasado». ¡No! Aparto los susurros malévolos de mi interior, vuelvo a acelerar el paso. Tan solo con que consiga mi teléfono todo se resolverá. Podré llamar a Alex y él podrá llamarme a mí. Quién sabe, quizá ya ha intentado ponerse en contacto conmigo. Aprieto el paso todavía más, no me dejo vencer por el agotamiento. Necesito mi teléfono lo antes posible. La única pregunta es cómo voy a conseguir encontrar el camino de vuelta al sitio donde hemos amarrado la barca.

Doy un paso más y estoy a punto de caer en la oscuridad. Delante de mis pies el suelo desaparece. En el último momento consigo detenerme y no caerme, pero se me encoge el estómago. Cuando recupero la calma, me quedo un buen rato de pie contemplando lo que tengo delante. Es la cuesta por la que he subido. La cuesta, que desde aquí resulta ser un precipicio traicionero con una bajada de lo más empinada. ¿Cómo puedo haber regresado tan pronto a este punto? Yo, que estaba tan desorientada que apenas sabía en qué dirección caminaba. Pero sí. Ahí abajo se ve la barca, chapaleando entre los juncos como si no hubiera pasado nada. Me la quedo mirando con sentimientos encontrados. Alex y Smilla no están ahí sentados esperándome, pero al menos la barca sigue ahí. Al momento caigo en la cuenta de que es un pensamiento extraño. ¿Por qué no iba a estar ahí?



Algo me reconcome por dentro. Algo que podría ser malestar. ¿O es arrepentimiento? «Si pudiera retroceder en el tiempo, hacer las cosas de otra manera, deshacer lo hecho...». Me sacudo para desprenderme de la sensación y miro hacia atrás una vez más. Pero ya está oscuro, todo está sumido en las sombras. Me imagino dos siluetas, una más alta y otra más baja, tomando forma en la oscuridad y corriendo a mi encuentro entre gritos y risas. Pero ahí no hay nadie, no viene nadie.

Un pájaro pasa volando por mi lado, tan cerca que me parece sentir la corriente de aire generada por sus alas. Intuyo la silueta de un cuerpo alargado y un pico con forma de daga. El colimbo se lanza en picado contra la superficie del agua. Me lo quedo mirando un instante. Luego doy un paso y bajo la cuesta.

### 3

De alguna manera consigo volver. Pongo en marcha la barca y la piloto lo más deprisa que puedo para alejarme de la isla, cruzo el lago y atraco en el embarcadero un tanto destartado. Un gran número de barcasas de madera y pequeñas embarcaciones de fibra de vidrio ya están allí, meciéndose, pero están todas vacías. Me tiemblan las manos y los dedos apenas me obedecen cuando intento amarrar la barca. Tengo el cuerpo tenso y rígido cuando, sin apenas aliento, vuelvo a enfilear el sendero que baja hasta la orilla. Una raíz que sobresale del suelo me hace perder el equilibrio y trastabillar. Un viejo dolor en el muslo aflora de nuevo, pero hago de tripas corazón y sigo adelante, hacia arriba. La cabaña está esperando en silencio, la última de la hilera de casas de la calle. A un lado hay un alto seto de tuyas que protege de las miradas y, al otro, una empinada montaña rocosa. La llave sigue donde la hemos dejado, bajo los escalones de la entrada.

Siento los dedos helados y torpes. Tengo que respirar hondo varias veces antes de poder abrir la puerta. Justo cuando la voy a cerrar, una mancha borrosa y peluda se cuelga entre mis pies y se mete en la cabaña. Se oye un maullido indignado, como si Tirith llevara tiempo esperando a poder entrar y quisiera mostrar lo ofendido que se siente. Empiezo a recorrer el interior a toda prisa sin hacer caso al gato ni molestarme en quitarme los zapatos, enciendo luces, abro puertas y grito. Grito varias veces los nombres de Alex y Smilla. Pero no obtengo respuesta. La cabaña está tal y como la hemos dejado. Como si aquí el tiempo se hubiera detenido desde que nos fuimos. En la cocina hay una pila de periódicos sobre la mesa, al lado de un cuenco con restos secos de *filmjolk*, leche agria. En el suelo están esparcidas las Barbies de Smilla. Cuando pienso en ella ahí sentada, jugando con esas muñecas hace solo unas horas, vuelvo a sentir la presión en el pecho.

Entonces descubro la marca en el suelo. Una huella de zapato solitaria. Oscura y sucia, con la nítida impresión de una suela. Abro los ojos de par en

par y doy un paso atrás. La cabeza me va a mil por hora. ¿Ha entrado alguien en la cabaña mientras estábamos fuera? ¿Ha habido alguien aquí dentro? ¿Hay...? Levanto la cabeza y noto que se me eriza el vello en la nuca y los antebrazos. ¿Hay alguien aquí, ahora? ¿Alguien que está escondido debajo de una cama o en un armario, esperando a abalanzarse sobre mí? Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Entonces veo otra huella, y luego otra. Todas vienen en la misma dirección. Hacia mí.

Me miro los pies y me topo con la imagen de mis zapatillas de deporte rosas. Las que no me he quitado porque tenía demasiada prisa para entrar en la cabaña. Una sigue bastante impecable, pero en la otra el color rosa está sucio de salpicaduras marrones. Levanto el pie y veo que la suela está llena de porquería. Cuando olisqueo el aire, el mal olor penetra en mis fosas nasales. Barro. Debo de haberlo pisado en alguna parte. De pronto me viene el recuerdo de haber resbalado con algo al subir la cuesta en la isla. ¿Puede ser barro de la isla lo que acabo de dejar por todo el suelo de la cabaña? ¿Barro de esa isla, la isla en la que Alex y Smilla...? Mi mirada vuelve a seguir las huellas, al tiempo que siento el hachazo del tormento. ¿Cómo he podido marcharme de la isla sin ellos?

Un movimiento en la estancia capta mi atención. Tirith está delante de mí. El pelaje de su cuello recubre el fino collar de color rosa. La cola oscila despacio de un lado al otro, mientras me observa a través de la estrecha ranura de su mirada. Como si se preguntara qué estoy haciendo aquí, sola, con una sudadera que pertenece a su amo. Nos quedamos mirándonos. Los ojos amarillos del gato se deslizan por las huellas en el suelo y luego vuelven a mí. Es como si me estuviera exigiendo una explicación. «Desaparecidos. ¿Cómo pueden haber desaparecido, así sin más?». Me tapo la cara con las manos, ahogo un grito. Los pensamientos se agolpan en mi cabeza cada vez más deprisa. Me arrastran hacia abajo, me hacen precipitarme en una vorágine amenazante.

De alguna manera consigo sobreponerme. Me veo a mí misma desde fuera, ahí de pie, pasiva y derrotada, una persona lastimosa en todos los sentidos. «¡Contrólate, contrólate ahora mismo!».

—Tengo que llamar a Alex —digo en voz alta, y me aparto las manos de la cara—. Es la razón por la que he vuelto aquí.

Es como si se lo explicara al gato y a mí misma a la vez. Las palabras —claras y coherentes— se vuelven mi defensa contra los pensamientos silenciosos y traicioneros. Los pensamientos no son de fiar. Si dejo que tomen las riendas, acabaré sucumbiendo a la oscuridad. Si alzo la vista y trato de

asimilar toda la situación, la angustia me dejará paralizada. Es importante que me fije en un detalle cada vez, concentrarme primero en una cosa y luego en otra. Solo así lograré no perder la razón.

En la cabaña no hay teléfono fijo, así que lo primero es encontrar el móvil. Me quito los zapatos y los llevo hasta la entrada sosteniéndolos en la mano. Ya limpiaré el suelo más tarde. Después, me dirijo con decisión al dormitorio, al final del pasillo.

Nuestra habitación está presidida por la gran cama de matrimonio, y cuando pienso en el último rato que compartimos entre las sábanas siento una opresión en el corazón. Haciendo acopio de fuerzas, consigo disipar el mareo y tranquilizar el torbellino angustiado en mi estómago.

En el lado de Alex todo está bien ordenado. La ropa está colgada en el armario o doblada en la cómoda. Incluso ha hecho la cama en el lado donde él duerme. Donde suele dormir. Donde ha dormido esta noche. «Pero ¿dónde está ahora?». Mi parte del colchón está cubierta de vestidos de verano, vaqueros y tops. En la silla junto a la cama está mi bolso, así como un montón de libros de bolsillo y dos barras de pintalabios. Del respaldo de la silla cuelga mi sujetador rojo de encaje, el que me compré cuando decidimos hacer este viaje. El mismo día que le compré la corbata de seda negra a Alex. Trago saliva, un movimiento involuntario, casi un acto reflejo. «Ahora no pienses en ello. Ahora no pienses nada. Solo céntrate en hacer lo que toca».

Hurgo de prisa en el bolso, lo abro y miro en todos los bolsillos, al final le doy la vuelta entero. No cae ningún teléfono. Qué raro. ¿Dónde puede estar entonces? Voy corriendo a la cocina. Tirith pasa esperanzado por mi lado en dirección a su cuenco de comida. Da unas pocas vueltas insinuantes a su alrededor antes de sentarse y empezar a relamerse la boca, decepcionado.

—Todo saldrá bien, solo tengo que encontrar...

Sigo parlotando —más que nada para calmarme a mí misma— mientras recorro presurosa la cocina, echo los periódicos a un lado y aparto el plato sucio que hay en la mesa. Busco debajo de las Barbies de Smilla, detrás de la cafetera y en el estante de encima de los fogones. Pero no encuentro ningún teléfono. Incluso abro la nevera y miro en cada repisa antes de abalanzarme hasta la siguiente habitación.

Mientras busco por el salón me imagino la conversación con Alex. Tal como podría transcurrir. Su risotada en cuanto descuelgue el teléfono.

«¡No te vas a creer lo que ha pasado!».

Casi puedo oírlo explicando su desaparición. Una explicación absurda pero de lo más natural. Porque la hay, tiene que haberla. Lo que pasa es que

en este momento soy totalmente incapaz de imaginarme cuál podría ser. Esto no tiene ningún sentido, me pasa por la cabeza mientras meto las manos en las ranuras entre los cojines del sofá. Desaparecidos. Pero no es posible desaparecer de esa manera. No de una isla.

Aparto las cortinas para buscar por los alféizares y en pleno frenesí le doy un golpe a una figurita de porcelana. La veo caer a cámara lenta dando un giro en el aire, golpear contra el suelo y estallar en mil pedazos. Poco a poco noto que la racionalidad forzada y la concentración van perdiendo fuelle. La ansiedad me agujonea en los costados. Con un pitido agudo en los oídos, vuelvo al dormitorio a grandes zancadas. Hurgo de nuevo en el bolso. Otra vez sin obtener resultado. Empiezo a apartar febrilmente las prendas de ropa y a remover entre los libros y el maquillaje. Mi teléfono no aparece por ninguna parte.

Sigo, entro en el cuarto de Smilla. Pongo también del revés todas sus pertenencias. Muñecas y ositos de peluche, libros de manualidades y pegatinas. Mis movimientos son rápidos, rayando en lo maniaco. Sé que estoy buscando algo, pero a estas alturas ya no recuerdo el qué. Lo único en lo que puedo pensar es en Smilla. La pequeña y hermosa Smilla. Los pensamientos se desatan, corren desbocados. Pierdo el control y me veo arrastrada de forma inevitable por la espiral contra la que tanto he luchado. Desaparecidos. Han desaparecido. ¡Pero es imposible! Un hombre adulto y una niña de cuatro años no pueden ser tragados por la tierra. No, por la tierra no, pero sí por las aguas del lago, unas aguas que están impregnadas de maldad. «Ha desaparecido gente, se ha derramado sangre». Las palabras de Alex resuenan en mi cabeza, el pánico se abre camino por mi espinazo.

Un movimiento por el rabillo del ojo, seguido de un fuerte estruendo. Doy media vuelta y suelto un grito. El ruido de cientos de diminutas perlas rodando por el suelo golpea mis oídos, y en ese mismo momento veo a Tirith. Mi grito lo paraliza en mitad del movimiento. Se lo ve tan asustado como culpable. Cuando vuelve a reinar el silencio, su mirada pasea entre mis ojos y el tarro de perlas volcado. Debe de haberme seguido hasta aquí, caminando silenciosamente sobre sus almohadillas. A lo mejor ha confundido mi búsqueda con una especie de juego y quería participar, quizá ha empujado sin querer el tarro de Smilla del estante donde estaba.

Apoyo los dedos extendidos sobre el pecho y respiro hondo varias veces. Alargo la otra mano hacia el gato. Tras un breve titubeo, Tirith se me acerca. Le acaricio el lomo con pasadas largas y firmes. Un intento de calmarnos a los dos. Él se refriega contra mí y llevada por un impulso lo cojo y abrazo su

cuerpo caliente. Noto lágrimas cálidas tras los párpados y la vista se me nubla. Un sollozo me sube por la garganta y se desliza al exterior por mis labios entreabiertos.

—Volverá —susurro—. Verás cómo Smilla volverá pronto.

¿Soy la única que nota la falsedad que rechina en esas palabras, lo evidente que resulta que ni yo misma me las creo? ¿Lo nota también el gato? Hundo la cara en el pelaje de Tirith y oigo que empieza a ronronear. Cuando vuelvo a levantar la cabeza, entorna los ojos y acerca su hocico a mí. Me lame las mejillas, pasa su lengua rasposa por mi cara. Como si quisiera consolarme y animarme. Nos quedamos así un rato, hasta que se escabulle de mis manos y baja al suelo, donde empieza a lamerse para limpiarse. Me levanto y vuelvo al salón con los puños apretados colgando a los costados. ¿Dónde está el maldito teléfono? ¡Tengo que encontrarlo ya! Si consigo contactar con Alex todo se resolverá. No «si», me corrijo de inmediato, «cuando». Cuando consiga contactar con él.

Busco de nuevo por todo el salón, miro en cada rincón que se me ocurre, hasta en el último recoveco, entre los muebles y debajo de ellos. Pero es como si al teléfono se lo hubiera tragado la tierra. El pulso me late en los oídos, solo tengo ganas de ponerme a gritar, histérica. Entonces oigo algo y me quedo de piedra. Pasa un segundo, luego vuelve a percibirse. El sonido ahogado y lejano, pero aun así inconfundible, de un móvil que suena. Mi teléfono. Parece provenir de las habitaciones. Corro, o más bien me tambaleo, a lo largo del pasillo. Me detengo delante de los dormitorios, me quedo quieta con el corazón al galope y espero al siguiente tono. «¡Que no salte el buzón de voz, que me dé tiempo!».

Vuelve a sonar y ahora la melodía se distingue perfectamente. Viene del cuarto donde dormimos Alex y yo, de la misma cama. Me abalanzo sobre ella. Para mi sorpresa, el sonido viene del lado de Alex. Con un fuerte tirón aparto el edredón que él ha extendido con tanto esmero, remetiendo los bordes, y me quedo mirando el objeto que yace más o menos en el centro del colchón, encima de la sábana lisa y blanca. Mi móvil. Metido entre la ropa de cama que Alex ha colocado tan minuciosamente.

No entiendo cómo puede haber terminado ahí, tampoco me da tiempo a pensar más en ello. El teléfono está iluminado y vibrando, suena otro tono. Con manos torpes y resbaladizas por el sudor, cojo el aparato y me quedo mirando la pantalla. Un número que resulta demasiado familiar. «¡Ahora no!». En realidad no sé por qué respondo. Solo sé que, mientras lo hago, cierro los ojos.

Mi madre respira con dificultad al otro lado de la línea y siento que se me hace un nudo en el estómago, esa sensación desasosegante de la infancia. ¿Ha sucedido algo? Se me pasa en un segundo. «La catástrofe ya ha tenido lugar, ocurrió hace mucho tiempo». La respiración jadeante de mi madre puede deberse a cualquier cosa. A lo mejor acaba de llegar a casa después de su caminata vespertina. Si es que aún le gusta salir a caminar, cosa que no sé. Ni tampoco me importa. Pienso en Alex. En que a estas alturas puede haberme dejado un mensaje en el buzón de voz. En que a lo mejor ahora mismo está intentando llamarme.

—Mamá, tengo que...

Pero no parece oírme. Empieza a hablar sin dejarse importunar, me cuenta lo cansada que está. Han sido unos días estresantes, una compañera ha sufrido amenazas por parte de un cliente.

—Lo de siempre. «Sé dónde vives y a qué escuela van tus hijos». Solo que esta vez el tipo también le volcó el escritorio.

Quiero gritarle que ya soy mayor y que tengo bastante con mis propios problemas, que en mi vida pasan cosas mucho más terribles que lo que ella me está contando. Pero, evidentemente, no lo hago.

Mi madre carraspea un poco antes de lanzarse con el siguiente tema de conversación, el buen tiempo que está haciendo a finales de verano. Las náuseas empiezan a ascender por mi cuerpo. ¿Por qué hace esto? ¿Por qué se empeña en pretender que somos como una madre y una hija cualesquiera? Como si nos fuera posible comunicarnos realmente después de todos estos años, dejar atrás lo ocurrido entre nosotras y volver a congeniar. «Dejar atrás lo que pasó. A papá, que desapareció».

Me dejo caer en la cama, me agarro la frente con la mano que tengo libre. Mi madre se queda callada y caigo en la cuenta de que me ha hecho una pregunta. Me aclaro la garganta, me veo obligada a pedirle que la repita.

—¿Estás sola?

La pregunta me genera una oleada de sentimientos contradictorios. No es propia de mi situación actual, es de la época anterior a Alex. Todas aquellas noches en que regresaba a un piso vacío, en que me sentaba sola a la mesa de la cocina con el silencio resonando entre las paredes y una vela como única compañía. El intenso anhelo de pertenencia y cercanía. Y el miedo igual de intenso a dejar a alguien cruzar los muros de protección de los que me había rodeado. «¿Estás sola?».

De nuevo, las lágrimas me arden detrás de los párpados y sacudo la cabeza en un intento de reprimirlas. No es propio de mí mostrarme tan sentimental, en absoluto. Pero no he sido la misma desde la visita a la clínica de hace un par de semanas. Y después de lo que pasó aquí anoche, ¿cómo iba a ser nada igual que siempre? A mi mente viene la imagen del lago La Bruja, calmado y hechizante. La isla en su centro, la empinada cuesta a un lado y las copas oscuras de los árboles que se perfilan contra el cielo. «Alex. Smilla».

—Sí, estoy sola.

Mi madre suspira. «Eres una gran decepción, Greta». No lo dice. Pero adivino que es lo que está pensando. Me trago el nudo que tengo en la garganta, hago acopio de fuerza.

—Mamá, no tengo tiempo... de verdad que necesito...

—Suenas diferente. ¿Ha pasado algo?

¿Y si le contara lo sucedido? ¿Y si se lo contara todo? ¿Qué ocurriría entonces? ¿Se subiría al coche a toda prisa, vendría a rodearme entre sus brazos? ¿Se haría cargo de la situación, lo dirigiría todo tal y como hizo durante mi infancia? Me sentaría en una silla y me diría cómo se iban a hacer las cosas a partir de ahora. Lo que había que hacer, lo que yo tenía que decir, pensar y sentir. Probablemente.

—Hay tanto silencio de fondo —continúa mi madre, y de pronto suena alerta—. ¿Dónde estás?

Respiro hondo. Luego corto la llamada. Cuando el teléfono vuelve a sonar y muestra el número de mi madre, le quito el sonido.



Con paso tambaleante salgo del dormitorio, vuelvo al centro de la cabaña. No es que las conversaciones con mi madre suelen ser distendidas, pero esta vez me molesta más que de costumbre. La cotidianidad en nuestras palabras, las frases banales... todo contrasta enormemente con las circunstancias desconcertantes y pesadillescas en las que me encuentro en este momento.

Me quedo de pie entre el salón y la cocina, noto el teléfono vibrando en la mano por tercera vez. «En algún momento tendrá que tirar la toalla». Tirith, que está tumbado en el sofá, levanta la cabeza y me mira inquisitivo.

—Ya voy, ya voy —digo entre dientes.

No tengo la menor idea de a qué me refiero. Algo hay que hacer, pero ¿qué? La conversación con mi madre me ha descolocado, tengo que retroceder, empezar de nuevo. Hace un momento tenía un plan, ¿no? Primero encontrar el teléfono y luego... ¿luego qué? ¿Qué hago ahora?

Me quedo mirando el objeto que tengo en la mano. Ha estado todo el rato en el lado de la cama de Alex mientras yo lo buscaba. Dentro, entre las sábanas. Como si alguien lo hubiera colocado allí a propósito. Escondido. ¡No! Sacudo enérgicamente la cabeza, ahuyento la leve sospecha que ha tomado forma. Cómo y por qué ha terminado allí el móvil es irrelevante, lo único que importa es que ahora puedo comunicarme con el mundo exterior, llamar a Alex. «Sí, pues claro. Eso es lo que tengo que hacer».

Con dedos temblorosos marco el número y espero. El sonido de su voz hace que se me cierre la garganta. Por una fracción de segundo creo de verdad que es Alex quien está hablando al otro lado, que todo se acaba aquí. Pero entonces caigo en la cuenta de que es el buzón de voz. Cuelgo y vuelvo a marcar. Escucho de nuevo las palabras vivaces, la voz de comercial profesional de Alex. Llamo cuatro o cinco veces. Y cada vez me responde la misma grabación. Cuando el pitido me indica que ha llegado el momento de dejar un mensaje, permanezco muda. Me percato de que no sé qué decir.

¿Qué palabras se pueden decir cuando lo único que quieres es una explicación de lo inexplicable?

«Hola, este es el número de Alexander...». El saludo me hace retroceder de golpe en el tiempo, hasta nuestro primer encuentro.

Él entró en la tienda junto con un compañero. Katinka fue quien lo vio primero.

—Mira —me susurró, y me dio un suave codazo en las costillas.

Yo me di la vuelta y allí estaba él. Traje de corte impecable, cabeza rapada. Camisa blanca y planchada, que cuando Alex extendió la mano para saludar retrocedió y dejó entrever unos tatuajes que serpenteaban por su antebrazo. Había algo en aquellos contrastes que cautivó mi atención. Expuso el motivo de su visita, nos contó que venía para presentar una nueva línea de productos de belleza patrocinada por una cantante famosa. Quizá su compañero también dijera algo, pero si lo hizo apenas me di cuenta. Recuerdo que se produjo un breve silencio, durante el cual Alex me clavó sus ojos azul acerado.

—Greta, ¿es así como te llamas?

Entonces apareció la encargada de la tienda, relevándonos con una sonrisa de cortesía y un rápido apretón de manos, por lo visto tenían una cita concertada. Alex se despidió con un gesto de la cabeza y luego desapareció detrás de nuestra jefa, en dirección a la pequeña oficina que había al fondo del local. Mi mirada estaba como pegada con cola a su espalda, y estaba convencida de que él debía de notarla, que se volvería y me sonreiría por encima del hombro. Pero no lo hizo.

El lanzamiento de la línea de cosméticos fue inusualmente ostentoso y caro. Figuras de cartón a escala natural de la cantante en poses glamurosas fueron emplazadas por toda la tienda. Copas altas de espumoso rosado sin alcohol y sofisticados bombones se ofrecían en bandejas doradas. Katinka y yo maquillábamos a las clientas delante del público. En un momento dado descubrí a Alex entre la multitud, a los pies del estrado donde yo estaba, y la expresión de sus ojos me provocó una descarga de deseo. La atracción era tan intensa que me quedé sin voz. Después, cuando la cosa se hubo calmado y empezamos a recoger, lo vi de pronto a mi lado.

—Greta —dijo—. Como la Garbo.

O como la niña del cuento de la casita hecha de galletas y la bruja mala, pensé. Pero no dije nada. No conseguí emitir ni un sonido. Así de fuerte era la impresión que me causaba. Lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza. Él esbozó una sonrisita.

—O sea que tu madre te puso el nombre por una estrella de cine.

Me aclaré la garganta.

—En realidad fue mi padre. Fue a él a quien se le ocurrió el nombre.

Me arrepentí al instante de haberlo sacado a colación. «No preguntes nada, por favor, no lo hagas». Pero Alex no hizo ninguna pregunta sobre mi padre. No en aquel momento. Se limitó a apoyarse con aire despreocupado en un estante con frasquitos de perfume y dio un sorbo a su copa.

—En cualquier caso, te pega. Garbo era una belleza.

Me miró con una expresión tan intensa en sus ojos azules que tuve que apartar la vista. Me alisé la camiseta negra con el logo de la tienda en el pecho, consciente de que él seguía todos los movimientos de mis dedos sobre la tela.

—Además, no solo era hermosa, sino también un poco misteriosa. Y me da la sensación de que tú también lo eres.

Algo caliente se restriega contra mi pierna, y cuando miro hacia abajo con ojos empañados veo que es Tirith. A Alex no le hablé de mi padre hasta más adelante. Y ni siquiera entonces le revelé toda la verdad. «Misteriosa. Y me da la sensación de que tú también lo eres». Sí, puede ser.

Me agacho y con una mano rasco al gato debajo de la barbilla, mientras con la otra me coloco el móvil entre la oreja y el hombro. Tirith cierra los ojos placenteramente y apoya la cabeza contra mí, contra mis dedos. Llamo para comprobar mi buzón de voz, pero no hay ningún mensaje de Alex. Luego marco de nuevo su número. Ahora sí que le dejo un mensaje. ¿Qué podría parecer, si no?, se me ocurre pensar. Al momento frunzo el entrecejo. «¿Qué podría parecer, si no?». Un pensamiento de lo más extraño.

Inquieta, voy a la cocina y cojo una bayeta, limpio las manchas de barro del suelo y recojo los trocitos de la figura de porcelana en el salón. Sin saber qué hacer después, doy otra vuelta por la cabaña, por todas las estancias. En el recibidor me detengo. Me quedo un rato largo escuchando los sonidos de fuera, esperando oír unos pasos subiendo las escaleras y voces que se acercan. Espero que alguien baje la manilla de la puerta y entre corriendo y diga mi nombre. Que grite: «¡Ya estamos aquí!». Pero no pasa nada. En mi cabeza se mezclan el caos y el vacío al mismo tiempo. «Esfumados. Desaparecidos. Imposible».

Me giro de medio lado hacia el espejo que cuelga en la pared, enfrente de los percheros y el estante para los sombreros, y observo la figura de pelo

castaño cuidadosamente maquillada. La contemplo, absorbo toda la imagen. Excepto la sombra morada y rojiza en el cuello. Mi mirada se desliza por ella de forma apresurada. Luego me miro directamente a los ojos, intento penetrar la membrana que me separa del mundo que me rodea. La membrana que siempre ha sido mi protección. Mi arma. ¿Qué harían otras personas en mi situación? ¿Qué haría una persona normal, corriente y sensata en este momento?

Sé la respuesta antes incluso de que las palabras cobren forma en mi conciencia. Llamar para pedir ayuda. Eso es lo que una persona normal, corriente y sensata haría en estas circunstancias. ¿Cómo he dejado que las horas —porque ya debe de tratarse de horas— pasen sin dar la voz de alarma de la desaparición de Alex y Smilla? ¿Por qué no me abalanzo ahora mismo sobre el teléfono y llamo a la policía? Con las mejillas ardiendo me aparto del reflejo cada vez más penetrante del espejo. Llamar a la policía sería admitir la posibilidad de que algo terrible ha pasado. Lo peor. Y me niego a pensar en ello. Alex y Smilla están ilesos y a salvo, es lo que yo quiero creer, lo que necesito creer. «Pero entonces ¿por qué no están aquí, contigo?». Un escalofrío me sube por la espalda, me eriza el vello de los brazos y la nuca. Tengo que volver a la isla. Tengo que ir.

Cuando intento ponerme los zapatos, me tambaleo y estoy a punto de desplomarme en el suelo.

Llevo varias horas sin permitirme pararme a sentir cómo me encuentro en realidad. Hasta ahora no me doy cuenta de lo cansada que estoy. Completamente extenuada. Antes de salir tendría que sentarme un rato. No puedo comer, pero al menos debería beber algo.

Me dirijo tambaleante a la cocina, paso la mano por los armarios que hay sobre la encimera, pero no abro ninguno. Sí que abro el armario de debajo, y paseo la mirada por las botellas que hay dentro. Lo que realmente necesitaría es una copa. Cierro la puertecita de golpe y me dejo caer en una de las sillas de la cocina. No puedo tomarme una copa. Ahora no. Definitivamente, ahora no.

Por mi mente oscila el contorno de una cara. Puedo distinguir los rasgos marcados de un hombre. El pelo cayendo ondulado por la frente, labios carnosos trazando un arco definido. ¿Papá? Papá. Es demasiado. Los últimos resquicios de convicción y energía me abandonan. Hundo la cara en las manos y caigo hacia delante. «¡Maldito seas, Alex!».

Me despierto cuando algo peludo y suave presiona contra mi cara. De forma instintiva trato de defenderme tanto de la conciencia del despertar como de lo que sea que intenta forzarme. Cuando en un acto reflejo suelto un manotazo con el brazo —«He dicho que pares, que no quiero»—, noto que golpeo un cuerpo delgado y caliente, y oigo un maullido quejumbroso. Al momento me despierto totalmente despejada y levanto la cabeza. Tengo el cuello tan rígido que suelto un gemido y noto la mitad de la cara adormecida. Me acaricio la mejilla y me quedo mirando el hule de la mesa de la cocina que tengo delante. ¿Me he quedado dormida aquí? ¿Sentada en una silla?

Tirith se ha alejado, ahora está en el suelo a una distancia segura y me mira de forma acusadora.

—Ha sido sin querer —digo con voz ronca mientras estiro los músculos tensos de mi cuello—. No sabía que eras tú. Pensaba que...

Entonces lo recuerdo todo. Sin terminar la frase, me levanto y salgo corriendo hacia los dormitorios. En el de Smilla está todo en el mismo desorden en que quedó después de mi registro de ayer. Aunque yo apenas me doy cuenta. Lo único que veo es la cama. Vacía. No hay ninguna melena rubia y rizada esparcida sobre la almohada, no hay ningún cuerpo de niña perfilándose debajo del edredón. Caigo de rodillas, entierro la cara en su ropa de cama y aspiro su olor. No puede ser verdad. ¿A lo mejor sigo durmiendo? «Oh, Dios del cielo, dime que estoy soñando, haz que todo esto sea solo una pesadilla».

Noto cómo todo mi cuerpo está al borde del llanto, el estómago y el pecho se me encogen. Un sonido quejumbroso se abre camino por mi garganta hasta salir por mi boca. Pero también hay algo más entre mí y todas esas emociones. Una vocecilla malvada en mi cabeza. «Hipócrita», susurra. Me pongo de pie tambaleante. Tengo los ojos secos. Miro con determinación en el dormitorio grande, constato que allí tampoco ha dormido nadie. Las

náuseas me invaden en oleadas. También tengo la mente espesa. Como si, después de todo, al final anoche me hubiese tomado aquella copa. Como si hubiera vaciado, una tras otra, las malditas botellas que Alex se había traído, aunque sé que no es así. «¿Cómo puedes estar tan segura? —me susurra una vocecilla en la cabeza—. ¿Cómo puedes estar segura de nada?».

Tirith está esperando en la cocina. Agita la cola con frenesí cuando saco la bolsa de pienso para gatos y le echo un poco en el cuenco. Por eso me ha despertado, claro, para que le dé de comer. Yo que solo quería descansar un rato, y ahora ya ha despuntado el día. Llena de malestar, meto un par de rebanadas de pan en la tostadora. Con movimientos mecánicos me sirvo también un plato de *filmjolk*. Intento no pensar en lo absurdo de entretenerme con este tipo de quehaceres cotidianos. Tengo que comer, me guste o no, así que me fuerzo a hacerlo.

El pan cruje entre mis dientes y siento dolor en la garganta al tragar. Me llevo una mano al cuello. Luego dejo que mis ojos se deslicen por la mesa de la cocina, hasta el sitio en el que Smilla estaba sentada hace tan solo veinticuatro horas.

Entraron juntos en la cocina. Alex con los brazos estirados por encima de la cabeza, una mano sosteniendo a Smilla por debajo del pecho y la otra sujetándola por las piernas. Ella volaba como un avión por encima de la cabeza de su padre, aullando de risa cuando daban una vuelta o él la hacía caer en picado en el aire. En un momento dado, su cabeza pasó peligrosamente cerca de la puerta de un armario abierto, y él pareció a punto de perder el equilibrio. Aun así, me mordí el labio y me guardé mis objeciones, no tenía ganas de discutir, no quería estropear el momento.

Al final Alex dejó que Smilla aterrizara en la silla que yo tenía enfrente y empezó a prepararle el desayuno. Mientras tanto, ella recogió las piernas por debajo de su pequeño camisón y lo siguió con una mirada llena de admiración. A lo mejor fue la felicidad pura y genuina de Smilla la que lo decidió todo. A lo mejor fue ese el momento en el que se consolidó la decisión que tomé por la noche.

«Buen padre».

«Buen padre».

«Buen padre».

Todavía puedo ver a Smilla delante de mí, pero sus rasgos se están deformando. Es ella la que está sentada en la silla de enfrente, y al mismo tiempo no lo es. De pronto es a mí misma a quien veo. Y el hombre que da vueltas por la cocina, el que siempre se ofrece para jugar y hacer trastadas, es

mi propio padre. Papá. El que me acaba de dejar en la silla después de dejarme trepar por él, colgarme boca abajo y dar vueltas, protegida por su cuerpo fuerte y su firme agarre. El que ahora abre armarios y cajones, con la clara intención de preparar un desayuno de fin de semana, pero que luego sigue bromeando y haciendo el tonto. Me pone un plato en la cabeza y simula que unta mantequilla en una servilleta en lugar de en la tostada. Cuando se agacha y me da un beso en la mejilla, percibo claramente el olor a su aliento matutino y el perfume de mujer en su piel.

Mi madre entra, soñolienta y con el pelo revuelto. Ahoga un bostezo con la mano y mi padre va a su encuentro bailando, canturreando alguna melodía tonta. Ella todavía se está tapando la boca, pero por detrás de la mano puedo ver que su cara se abre en una sonrisa. «Tengo al marido más chalado del mundo». Se dan un beso largo y apasionado, y cuando mi padre cree que no lo oigo —o quizá que soy demasiado pequeña para entenderlo—, murmura un «Gracias por lo de anoche». Mi madre suelta una carcajada, ruborizada, y voltea los ojos. Pero está contenta, veo que le brilla la mirada. También yo siento una emoción cálida y alegre por dentro. Mis padres se quieren. Y me quieren a mí. Tengo todo lo que podría desear.

Me llevo la cuchara a la boca, mi mano tiembla ligeramente. Es un hermoso recuerdo de infancia, pero habría sido aún más hermoso si hubiese sido real. Si no hubiese sido una reconstrucción *a posteriori*, en gran parte. Si mi madre realmente hubiese estado de buen humor cuando entró en la cocina, en lugar de callada y reservada. Si el olor que emanaba de los labios de mi padre hubiese sido el resultado de una noche durmiendo con la boca entreabierta en lugar del regusto de la juerga de la noche anterior. Y si yo pudiese fingir que no lo entendía. Que el aroma impregnado en su piel pertenecía a una mujer, pero que esa mujer no era mi madre.

Los trozos de tostada se hinchan en mi boca. Me quedo mirando fijamente el pan en mi mano. Veo que tiembla con violencia. Noto sacudidas en el estómago. Aun así, tardo un rato en comprender lo que está a punto de pasar. Cuando al fin me queda claro, me levanto de un salto, tan deprisa que la silla cae al suelo con estruendo. Al instante siguiente mis pies cruzan la cocina dando pisotones. Tirith sale disparado como un proyectil y se mete debajo del sofá del salón. Pero no tengo tiempo para preocuparme ni tratar de calmar a un gato asustado. Abro bruscamente la puerta del baño y me abalanzo sobre la

taza, consigo levantar la tapa en el último momento antes de que el vómito salga a chorros por mi boca.



La mañana se presenta sin una sola nube en el cielo. Los rayos de sol se reflejan en la pintura del coche que está aparcado en la calle delante de la cabaña. Es mi coche, en el que vinimos aquí. Lo veo ahí abajo, con los faros delanteros como ojos vacíos abiertos de par en par, que parecen gritarme en silencio. «Sálvate mientras puedas, huye antes de que sea demasiado tarde». Pero es un pensamiento imposible. Huir de aquí es inviable. No puedo abandonar Marhem hasta que haya encontrado a Alex y a Smilla. Montarme en el coche y marcharme y no volver nunca más.

Me acerco un poco, ladeo la cabeza y observo detenidamente las huellas en la gravilla que hay al lado de mi coche. Las huellas de otro vehículo, rastros de una arrancada furiosa. Pensativa, sigo con la mirada las profundas marcas hasta que se enderezan y se funden con las otras del camino. Pienso en lo que ocurrió dos noches atrás. Cuando me desperté y oí ruidos fuera, y me di cuenta de que Alex no estaba en su cama. Por la ventana, ligeramente entornada, se colaba una voz sonora y agitada. Y luego: el fuerte golpe de la puerta de un coche, seguido de unos neumáticos chirriando.

El sol aprieta y me quema en los antebrazos, pero permanezco inmóvil y dejo que la piel se me enrojecza mientras sigo mirando fijamente las huellas en el camino. Pienso en aquel coche y en las dos personas que iban en él. En la que se quedó y en la que se fue. Finalmente doy la espalda a las huellas, no tengo fuerzas para seguir pensando en ello.

Un rato más tarde estoy en el embarcadero, me hago sombra con la mano sobre los ojos y oteo el lago, su superficie enigmática y del color del acero.

Luego estoy sentada de nuevo en la barca. En mitad de La Bruja, con la vista puesta en la isla. Atraco en el mismo sitio que ayer, salto a tierra con piernas tambaleantes, subo la cuesta y miro a mi alrededor. Apenas han pasado doce horas desde que estuve aquí mismo, y no tengo tiempo que perder. Me pongo en marcha con decisión. En esta ocasión soy más metódica

a la hora de buscar. Un arbusto tras otro, matojo tras matojo, voy peinando la isla. La bota negra sigue en el mismo sitio en que la encontré, pero esta vez paso de largo, no me dejo distraer.

La isla da bastante menos miedo a la luz del día, pero el terreno es igual de impracticable. Árboles caídos y vegetación salvaje se mezclan con parcelas pantanosas y fangosas. Los zapatos se me hunden constantemente en lodo negruzco y tengo que forcejear un rato para liberarme. Alex y Smilla debieron de toparse con la misma dificultad cuando exploraban la isla. A Smilla tuvo que haberle costado avanzar por aquí. Es un lugar de lo más inhóspito. A pesar de su entusiasmo inicial, tuvo que haberse aburrido de la aventura bastante pronto. Aun así, ella y Alex decidieron continuar el juego en lugar de volver junto a mí en la barca. ¿Ocurrió algo? ¿Algo que les impidió regresar? ¿Qué podría ser? Y de ser así, ¿dónde se habían metido? Me detengo en seco en mitad de un paso. Hay algo en mí que protesta, que se resiste. Mis pensamientos, las preguntas que me planteo, todo se me antoja de algún modo preconcebido. Artificioso. Como si estuviera tratando de engañarme a mí misma.

Me siento en un tronco, saco el móvil y llamo a Alex. Más que nada por hacer algo, para librarme de los pensamientos. Su teléfono sigue apagado y una vez más me recibe el saludo cortés y profesional del buzón de voz. Corto la llamada rápidamente. Quizá sea mejor que no vuelva a llamar. Cada vez que oigo la voz de Alex hay tantas cosas que se revuelven, tantas cosas que escucen. Recojo las piernas sobre el tronco y acto seguido me viene el pensamiento, el recuerdo de cómo empezó todo.

Fue unos días después de la fiesta de lanzamiento, como mucho una semana. Salí pronto del trabajo y me dirigí al aparcamiento de delante del centro comercial con la chaqueta desabrochada. Casi toda la nieve se había fundido y el sol traía consigo la promesa de una primavera en ciernes, pero soplaba un aire frío y el ambiente no era nada cálido. Reparé en el coche oscuro que había aparcado justo en la entrada, pero no le presté más atención hasta que alguien tocó la bocina y bajó la ventanilla del copiloto. Era Alex. En un acto reflejo, mi mano ascendió de golpe hasta el pelo, lo apartó a un lado y arregló unos cuantos mechones. Luego me acerqué a paso lento, apoyé la mano en el canto de la luna bajada y me asomé.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él soltó una risa ronca, me preguntó con una sonrisa burlona si había tenido un mal día o si simplemente era tan arrogante y altiva. Al principio no entendí a qué se refería. Después me puse colorada. Me di cuenta de que mi

pregunta podía interpretarse más como una expresión de soberbia que de auténtica sorpresa. No tuve tiempo de dar explicaciones ni de disculparme antes de que él continuara.

—Te estaba esperando. Estoy aquí por ti.

¿Por mí? ¿Podía ser cierto? Pero ¿por qué? A pesar de intentarlo, no conseguí emitir ningún sonido.

—Pensé que podría llevarte a casa. Vamos, sube.

Sonaba muy tranquilo, muy seguro de sí mismo. Como si fuera lo más natural del mundo llevarme a casa en su coche. Aunque casi no nos conociéramos de nada. Alcé la mirada en dirección a la parada de autobús. En cuestión de minutos pasaría el que llevaba a mi casa. A mi mesa de cocina, al silencio. Y a la soledad. Que me protegía. Y que pesaba sobre mí.

—¿Cómo sabes cuándo termino?

—Tengo mis métodos.

Creo que al final fue Alex quien se inclinó y me abrió la puerta del coche, que esa fue la razón por la que me subí. Porque él tomó la decisión por mí. Apenas me hube sentado y murmurado mi dirección, él se echó sobre mí, su cara y su pecho bien pegados. Al instante noté que me subía la sangre a las mejillas. Y entonces comprendí que había malinterpretado la situación. Alex solo se había estirado para coger el cinturón del lado del acompañante. Luego lo cruzó cuidadosamente por encima de mi cuerpo y lo fijó con un chasquido. Nadie había hecho eso por mí desde que era adulta. Había algo protector en el gesto, una caballerosidad de otra época. Me gustó. Mucho.

Alex se puso unas gafas de sol y tomamos la autovía. De vez en cuando se volvía para mirarme. La sonrisita ladeada había desaparecido y se notaba una mayor gravedad en el ambiente. Yo quería decir algo inteligente e interesante, pero lo único que me salía eran banalidades sobre el tiempo. El corazón me palpitaba con fuerza debajo de la ropa y tenía la boca seca. Cuando por fin nos detuvimos delante de mi edificio, me armé de valor y le puse una mano en el brazo con suavidad.

—Gracias por traerme.

Alex no dijo nada. Tampoco se volvió para mirarme. No se movió, a excepción de un leve encogimiento de hombros. Sus manos seguían puestas en el volante y la mirada al frente. Como si se estuviera preparando para algo. O —caí de pronto en la cuenta— como si quisiera irse de allí cuanto antes. Como si hubiese entendido que aquello había sido un error. A lo mejor no le gustaba mi perfume. A lo mejor no estaba lo suficientemente delgada. O

quizá el breve trayecto en coche le había bastado para comprobar que tenía una personalidad muy poco interesante.

Quise gritarme a mí misma.

¿Cómo podía haberme hecho siquiera ilusiones de que alguien como yo pudiera atraer a un hombre como él? Noté oleadas de calor inundándome la cara y el cuerpo. Fuera lo que fuese lo que había deseado y anhelado creer, no eran más que imaginaciones mías. Por supuesto. La mano me temblaba cuando tanteé en busca de la manilla de la puerta. Tengo que salir de aquí, a la calle, meterme en el portal y subir a mi piso. Al vacío y el silencio.

—Por favor, no te vayas.

Su mano me agarró, me retuvo. Lentamente, me volví hacia Alex. Ahora su cara estaba cerca de la mía, tan cerca que noté su aliento cálido en las mejillas cuando abrió la boca para hablar.

—Hay algo en ti. No sé qué es, pero tienes algo que me hace querer... cuidarte.

Por alguna razón, probablemente debido a la breve pausa antes de la última palabra, tuve la impresión de que Alex había considerado terminar la frase de otra manera. Busqué su mirada, pero sus ojos no me revelaron nada, ocultos tras los cristales oscuros de las gafas de sol.

Deslizó dos dedos por la palma de mi mano y un escalofrío de placer se propagó por mi antebrazo y por el resto de mi cuerpo.

Alex me soltó e hizo un gesto hacia el asiento de atrás. Había dos relucientes bolsas con un estampado lujoso. Vi papel de seda asomando de cada una. Tardé un momento antes de recuperar el control sobre mi voz.

—¿Qué es eso?

—Lencería. Para ti.

¿Solté una carcajada? ¿Pensé que estaba bromeando? ¿O entendí en el acto que estaba hablando en serio? En cualquier caso, tardé un rato en decirle que no estaba acostumbrada a esas cosas. A recibir regalos. En realidad, a nada de todo aquello.

Entonces Alex se quitó por fin las gafas y me miró directamente a los ojos.

—Déjame hacerlo. Déjame cuidarte.

Ahí estaban de nuevo, las palabras que me acariciaban la piel y dejaban un rastro cálido a su paso. «Cuidarte». Algo se abrió en mi interior. Dejarme cuidar, dejar que los muros fueran derribados. No limitarme siempre a confiar únicamente en mí misma. Dejar que alguien penetrara en mi fachada

meticulosamente pulida. ¿De verdad podría pasar? ¿Me atrevería a dejar que pasara?

—¿Cómo sabes cuál es mi talla?

Mi voz era apenas un susurro. Alex me miró a los ojos, sin titubear lo más mínimo.

—Porque te veo. Y me refiero a que te veo de verdad. Solo quiero que lo sepas.

No era solo lo que decía, sino cómo lo decía. Con énfasis. Me dejó sin palabras. No conseguí decir nada más, me quedé allí sentada mirándolo fijamente mientras él seguía sin apartar los ojos. Me dio la impresión de que Alex podía verme por dentro, hasta el alma. Como si de alguna manera pudiera entender quién era yo y lo que me había pasado en la vida. Era como si él, un desconocido, de pronto hubiese apartado el velo oscuro que colgaba siempre entre mi persona y el resto de la gente. Respiré hondo y al instante siguiente mi cuerpo se movió por propia voluntad. Mi mano buscó la nuca de Alex, mi boca se pegó a la suya. Me acompañó hasta mi piso y corrimos las cortinas. Allí, en las sombras, dio comienzo nuestra historia. Y en las sombras era donde iba a continuar.

Tirito de frío, los rayos del sol no logran atravesar del todo las copas de los árboles. Aquí en la isla la luz no es cálida y dorada como en la cabaña, sino más bien grisácea y nebulosa. Se me ha dormido una pierna y cambio de postura, dejo que los pies pisen de nuevo el terreno embarrado.

A través de las suelas de los zapatos noto una especie de corriente. Al principio lo interpreto como el flujo sanguíneo que ha vuelto a circular por mis piernas. Pero luego hago un pequeño movimiento, levanto un poco un pie. Entonces lo noto con total claridad. Del suelo brota un intenso remolino de energía, sube en espiral rodeándome los tobillos y los gemelos, me succiona. Doy un grito y pego un salto, liberando las piernas de un tirón. Se oye un sonido sibilante y luego un chasquido prolongado cuando el barro por fin me suelta.

Me alejo todo lo que puedo del centro de la isla, trato de respirar hondo y no ponerme nerviosa. Pero me cuesta. Estoy tiritando, a pesar de la cálida temperatura. Hundirte en el lodo. ¿Podría pasar? ¿Ha pasado? ¿Están Alex y Smilla —indefensos, sus gritos ahogados— en algún lugar bajo mis pies? Retazos de las terroríficas historias que Alex me ha contado sobre La Bruja resuenan en mi cabeza. «¡No!». Me esfuerzo por alejar de mi mente las

espantosas escenas fantasmagóricas que tratan de abrirse paso en mi conciencia. «No, no, no».

De pronto he llegado a la orilla. El lado de la isla en que me encuentro ahora está bordeado de rocas, grandes y pequeñas. Algunas asoman de la superficie, otras se esconden bajo el agua, cubiertas de algas ondulantes. Resulta atractivo y peligroso al mismo tiempo. Oteo las aguas del lago, evalúo con la mirada, intentando calcular la distancia que puede haber desde aquí hasta tierra firme. Demasiado lejos, concluyo rápidamente. Smilla no sabe nadar, aún no ha aprendido. Sin embargo, le encanta bañarse, es temeraria y no le tiene ningún respeto al agua.

Vuelvo a mirar hacia abajo, a las rocas que se extienden en silencio a mis pies. ¿Podría Smilla haber decidido bañarse y meterse demasiado al fondo? ¿Podría Alex haberse quitado los zapatos para seguirla, pero haberse resbalado y golpeado la cabeza contra una roca? Cierro los ojos y trato de apartar las imágenes que me vienen a la mente, intento alejar los pensamientos catastróficos. El resultado es aún peor.

¿Podría una fuerza —la misma fuerza que pareció absorberme anoche mientras miraba por la borda de la barca a la espera de que volvieran Alex y Smilla— haberlos atraído a los dos para hundirlos en las aguas, cegándolos y conduciéndolos directamente a una muerte por ahogamiento? Reprimo un jadeo, me doy fuertes palmadas en la cara para ahuyentar todos esos pensamientos retorcidos. Pero esta vez tardo un buen rato en lograr que mi pulso se ralentice y se me relajen los hombros.

Ahora ya puedo decir que he rastreado toda la isla y estoy más segura que nunca: ya no están aquí.

Camino despacio por la orilla. No puedo permitirme ponerme tan nerviosa. La sensación que he tenido antes del barro tirándome del pie no han sido más que imaginaciones, sin duda, otro pensamiento fantasioso de mi conciencia inquieta. Ni un lago ni una isla pueden poseer fuerzas malignas. Esas cosas solo son posibles en los cuentos. La idea de que dos personas, un hombre adulto y una niña de cuatro años, sean succionados por el lodo o atraídos a las aguas por fuerzas malignas son cosas que solo pasarían en una película o un libro. Y además malos. Soy muy consciente de ello. Entonces ¿por qué estoy tan angustiada? Pues porque —me doy cuenta de pronto, deteniéndome en seco junto a algo que parece un pequeño campamento—, si no hay nada sobrenatural, tiene que haber una explicación totalmente natural a la desaparición de Alex y Smilla. Lo cual es una idea mucho más aterradora.

Me quedo mirando lo que tengo ante mis pies. Entre una lona verde y un viejo colchón lleno de manchas hay trozos de madera carbonizada puestos uno encima de otro. Alrededor de la primitiva hoguera hay colillas y latas vacías de cerveza. Y un cuchillo. Un cuchillo con la hoja manchada. Me acerco y examino detenidamente la tierra alrededor del colchón. No sé muy bien qué estoy buscando. Huellas, quizá. Algo que se haya caído y haya quedado olvidado. Algo que pueda conducirme a Alex y Smilla. Justo a un lado del colchón hay un condón arrugado. El recuerdo de lo que Alex hizo conmigo la otra noche me asalta de nuevo. Me echo atrás, asqueada.

De nuevo piso algo pegajoso. Miro abajo, esperando encontrar más barro. Pero en lugar de eso me encuentro mirando directamente a unos ojos vidriosos del tamaño de dos granos de pimienta. Por debajo de mi zapato asoman unas patitas encorvadas. Quito el pie de un brinco, pero soy incapaz de apartar la vista del hervidero de intestinos y vísceras que están esparcidos por el suelo. Cuando al fin logro comprender de qué se trata, las náuseas me vuelven en una sola oleada despiadada. Es una ardilla. Una ardilla con el vientre descuartizado. Me doy la vuelta y vomito en un arbusto. Luego salgo corriendo.

En medio del lago, reduzco la marcha hasta que al final apago el motor del todo. Me quito los zapatos, me inclino sobre el agua y lavo las suelas. Me digo que la ardilla puede haber sido atacada por algún animal. Un zorro, quizá, o un gato. No quiero pensar en el cuchillo que estaba allí cerca, en cómo podría haber sido usado. Vomito otra vez, ahora por la borda. Me arde la garganta, se me despierta de nuevo el insistente dolor que me atenazaba antes. Me limpio la boca con el dorso de la mano y me la enjuago.

Hago un esfuerzo para dejar de pensar tanto en mis propias penurias como en el cadáver del animal destripado, me obligo a concentrarme en mi siguiente paso. La búsqueda en la isla ha sido infructuosa, pero no me pienso rendir. No me puedo rendir. De nuevo veo la sonrisa de Smilla, su hoyuelo y sus mejillas gordezuelas. Se me encoge el corazón y enderezo la espalda para reunir nuevas fuerzas. Miro escrutadora a mi alrededor. La Bruja es grande, demasiado grande como para poder tener una visión global desde aquí. Pero lo que se ve no se puede describir más que como un paraíso estival. Reflejos del sol sobre el agua ligeramente rizada, varios embarcaderos donde barcos de madera y pequeños botes cabecean en sus amarres, así como dos playas donde bañarse, una de ellas con trampolín. Los alrededores del lago están salpicados de casas y cabañas de distintos tamaños. Algunas están tan cerca de la orilla que puedo vislumbrar las fachadas rojas y los mástiles de bandera entre los árboles. Otras, como la cabaña de la familia de Alex, se agrupan en puntos más alejados del agua.

Me giro para mirar primero a un lado y luego al otro. Mis ojos recorren la orilla otra vez, de casa en casa. No veo señales de vida por ninguna parte. El curso escolar empezó la semana pasada y los adoradores del sol que estaban de vacaciones ya han abandonado Marhem. El verano se ha terminado por este año, para la mayoría de la gente es un día laboral cualquiera, de vuelta a



la escuela y el trabajo. Es una de las razones por las que escogimos venir justo ahora. Para poder estar tranquilos y en paz. Solos.

Se levanta una brisa que rocía de gotas frías mis brazos calientes. Siento un escalofrío, lo noto recorriéndome por dentro de mi vientre. Algo se mueve en mi interior, algo que soy yo y al mismo tiempo no soy yo. A lo mejor no es solo el verano lo que se ha terminado. También la vida, tal como la he sentido hasta ahora, puede estar a punto de acabarse. A pesar de haber intentado cogerlo por los cuernos, el desaliento me cae encima como una pared. ¿Cómo voy a seguir adelante? ¿Seré capaz de hacerlo? ¿O voy a sucumbir?

De pronto estoy pegada al costado de la barca y me asomo por la borda, miro fijamente el agua oscura. Hay algo en el lago que parece absorberme, algo oculto muy por debajo de la superficie. Noto que abro los ojos de par en par, noto que los globos oculares se ven presionados hacia fuera en un intento de salirse de sus cuencas. No puedo ni pestañear ni apartar la vista. Se me han tapado los oídos, pero entonces oigo un ruido. Va creciendo en intensidad, pasa de un murmullo apagado a un zumbido, luego cobra la forma de un susurro, un siseo. Como una voz lejana, el sonido aflora del agua y se torna cada vez más aterrador, más amenazante. Mi cuerpo da una sacudida, me digo que debería echarme hacia atrás. Que debería taparme las orejas con las manos y cerrar los ojos. Pero es como si hubiese perdido la capacidad de parpadear e incluso de apartar la vista. Y mis manos están aferradas al borde de la barca. Por el rabillo del ojo veo mis nudillos, rígidos y blancos.

Entonces me relajo, me levanto de mi asiento y me quedo de pie, inclinada por la borda. Soy yo quien se mueve, pero no soy yo quien me dirige, no soy yo quien decide. Alguien —o algo— ha tomado las riendas de mi cuerpo. Noto un balanceo bajo mis pies, mi peso hace oscilar la barca hacia un lado, acercándome a los remolinos oscuros y misteriosos de La Bruja. Es como si el lago me preparara el camino, como si quisiera facilitarme la decisión. Un pequeño movimiento sería suficiente, un paso adelante, un salto en el aire. Con eso bastaría. Rompería la superficie del agua y luego seguiría bajando a las profundidades. No tendría que hacer más que eso. Nada más, nunca más. Solo tendría que dejarme caer. Caída libre, fuera del tiempo, a través de la eternidad. Como papá. Igual que papá.

La última noche. La noche en la que papá desapareció, cuando salió para siempre de nuestras vidas. Teniendo en cuenta cuánto me ha marcado lo que ocurrió entonces, podría pensarse que las imágenes que me vienen a la cabeza deberían ser claras, detalladas. De perfiles nítidos. Pero no. Cuanto más determinante es un detalle de aquella noche, cuanto más me acerca a la verdad de lo que ocurrió, más impenetrable parece hacerse la niebla que envuelve esa parte de los acontecimientos.

Lo que recuerdo es lo que pasó antes, las pequeñas cosas. Como por ejemplo que hacía un par de días que había cambiado el tiempo y había empezado a hacer frío. Allí escondida en la oscuridad delante del dormitorio de mis padres, podía sentir una brisa fresca colándose en el piso. Las partes de mi cuerpo que no quedaban cubiertas por el camisón, las pantorrillas y los pies, no tardaron en enfriarse. El aire fresco se mezcló con el olor a tabaco. Yo ya sabía lo que significaba eso sin tener que mirar dentro de la habitación. Papá había abierto la gran ventana doble y se había sentado en el alféizar con un cigarrillo entre los labios. Probablemente también tenía algo de beber en la mano. Se le notaba en la voz. Su tono era potente y desdeñoso, la de mamá era débil y resentida. Eran las acusaciones de siempre, los insultos de costumbre. «¿Por qué tienes que...?». «¿No entiendes lo humillante que es para mí cuando...?». «Amargada».

Yo abrazaba mi osito de peluche bajo el brazo. Hacía un par de meses que había cumplido los ocho años, ya era una niña mayor, todos los adultos me lo decían, pero seguía durmiendo con Mulle cada noche. Apretaba su cuerpo — en su día esponjoso y mullido, ahora raído y apelmazado— contra el mío en la cama y retrocedía en sueños a un tiempo que debió de existir, pero que ya no lograba recordar. Un tiempo en el que mis padres eran felices juntos. Un tiempo anterior a cuando papá comenzó a llegar tarde a casa, con olores

desconocidos en la piel y la ropa. Anterior a cuando podía oír llorar a mamá a través de los tabiques del piso y a papá responderle con palabrotas.

«Una puta amargada, eso es lo que eres».

Di un respingo y apreté a Mulle contra mi cara, cerré los ojos. Ahí estaba de nuevo, la palabra a la que papá recurría cuando se había quedado sin sus eventuales argumentos y había agotado el resto de vocabulario. «Amargada». Por alguna razón, esa palabra era la que se le metía a mamá por debajo de la piel, la que la destrozaba, la que la aniquilaba. Aun así, papá seguía gritándosela cuando se peleaban. A pesar de saber el daño que le hacía. O probablemente justo por eso.

No eran solo las palabrotas lo que se repetía, sino que en general los conflictos de mis padres seguían siempre el mismo patrón, se construían siempre con los mismos elementos. Cuando aparecía esa palabra significaba que el final estaba cerca. Que pronto se haría el silencio. Al principio, aquella noche en particular parecía estar siguiendo el modelo predecible de las broncas de mis padres. No había nada que sugiriera que fuera a convertirse en una fatal excepción de la regla. Mamá había entrado a atacar, por lo visto esa vez se debía a una mancha en el cuello de la camisa, y papá le respondió con desdén. Ella exigía una explicación y una disculpa, él no le dio ni lo uno ni lo otro. Cuando lo presionó, él blandió su arma más afilada. Y de nuevo mamá se quedó sin aire.

Fue entonces, mientras yo volvía a hurtadillas a mi cuarto, cuando la bronca cambió de carácter de forma tan repentina como inesperada. Continuó, a pesar de que la batalla ya debería haber terminado. La voz de mamá sonó distorsionada, odiosa como no la había oído nunca.

«Sé lo que le hiciste a Greta. Pegar a tu propia hija... ¿cómo pudiste?».

Las palabras resonaron como disparos en el dormitorio. Después se hizo el silencio allí dentro. Un silencio sepulcral. Me quedé inmóvil. Empezaron a silbarme los oídos, y reviví de nuevo la escena. La mano que se alzaba, que cortaba el aire y me golpeaba en plena cara. Una imagen, un movimiento, que he hecho todo lo posible por olvidar. En aquel momento volvió a surgir, abrumándome, impactándome con toda la fuerza imaginable.

Solté a Mulle, cayó al suelo. La palma de mi mano subió en un acto reflejo y se posó protectora sobre mi mejilla. Pero era demasiado tarde. El escozor del bofetón que me había llevado ya estaba ahí, sentía como si mil agujas ardientes se me clavaran en la piel. «Lo siento, Greta, ha sido sin querer. Me he dado la vuelta y... Entiendes que ha sido sin querer, ¿verdad? Pero creo que será mejor si no le contamos esto a nadie». Sin necesidad de

decirlo en voz alta, yo ya había entendido quién era «nadie». A quién era especialmente importante ocultarle lo sucedido. Todavía con lágrimas de conmoción y humillación en los ojos, prometí guardar silencio, sabiendo que era lo mejor que podía hacer. Pero ahora... Ahora «nadie» se había enterado.

Sé que me di la vuelta, que en lugar de irme a mi cuarto o seguir escondiéndome en las sombras di un paso hacia la luz y me planté en el umbral de la puerta del dormitorio de mis padres. Sé que tardaron un rato en verme, que primero el silencio se acabó y sus voces volvieron a oírse. Creo que oí preguntas sobre cómo y quién y por qué, preguntas arrojadas entre aquellas cuatro paredes, pero es aquí donde la mente me traiciona, donde empieza a resistirse. Respecto a lo que sucedió después, todo el revuelo que debió de armarse... se me escapa. Sí. Así es exactamente como lo suelo describir.

Obviamente, eso no es lo que conté entonces, justo después. Cuando los compañeros de clase, llevados por la curiosidad, y sus padres, igual de curiosos o más, me preguntaron por lo que había pasado, yo no dije nada. Ni una palabra. Porque no las tenía. Ninguna palabra que fuera suficiente. No fue hasta mucho más tarde, al pasar los años y hacerme adulta, cuando comencé a entender que lo que había pasado nunca llegaría a caer del todo en el olvido. A pesar de que mamá y yo nos hubiéramos mudado, hubiésemos cambiado de trabajo y escuela, la gente de nuestro alrededor seguiría preguntando y poniendo cara de espanto. Al final di con una expresión, una frase, que acalla o al menos desvía el interés. No tengo amigas íntimas, pero la uso con compañeros de trabajo y en contextos sociales. La he usado con los psicólogos a los que he ido y la utilicé cuando se lo conté a Alex.

«Se me escapa».

Una buena manera de formularlo, me parece a mí.

Cuando vuelvo al embarcadero, el sol se ha ocultado tras unas nubes. Atraco la barca como buenamente puedo y mientras coloco los amarres me imagino las manos de Alex, veo lo diestras que son al enlazar, al anudar. Algo brilla entre sus dedos, una corbata de seda negra. Me levanto de un salto, temblorosa, y me ciño la rebeca al cuerpo. En un acto reflejo me llevo una mano al cuello y respiro hondo varias veces, alejo las imágenes de mi mente.

En lugar de subir por el sendero a la cabaña, elijo meterme por el camino de tierra que bordea el lago. Tengo que ampliar el área de búsqueda. Paso por delante de algunas cabañas de color rojo situadas a un lado del camino. Me acerco despacio a ellas y grito «Hola», pero no obtengo ninguna respuesta. Ventanas y puertas están cerradas, las habitaciones que se pueden intuir tras las cortinas de encaje están oscuras y vacías. Sin embargo, aún hay muebles de jardín y macetas de flores en las zonas exteriores. El fin de semana todas estas casas volverán a llenarse de vida y movimiento, los coches aparcarán en los patios y las puertas se abrirán de par en par. Gente cansada pero contenta entrará con las maletas mientras los niños corretearán con unas piernas rebosantes de energía por llevar demasiado tiempo quietas. Voces agudas y risas contagiosas resonarán entre los edificios. Pero ahora mismo está todo muerto y en silencio. ¿O no?

Furtivamente, como una intrusa, me acerco un poco más. No puedo evitarlo. Miro por ventanas que están sin limpiar, tanteo el pomo de una caseta anexa. Pero no encuentro ninguna señal que sugiera que Alex y Smilla hayan pasado por aquí, mucho menos que puedan estar en este momento. Por supuesto que no. Sigo avanzando por el camino, me detengo aquí y allá en alguna cabaña más apartada o que parece un poco más deteriorada. Mi imaginación se dispara, veo a Alex y Smilla justo delante de mí, atados y amordazados en un cuartucho sin ventanas. Mis gritos se vuelven cada vez más frenéticos, mis pasos más presurosos. De nuevo me veo asaltada por una

sensación de artificiosidad, de que hay algo antinatural y afectado en mis pensamientos y mis actos. Como si mi búsqueda no fuera más que una quimera. Como si en realidad ya tuviera acceso a la verdad pero eligiera no verla. Delante de una cabaña de madera con ornamentos de carpintería hay un solitario columpio de plástico colgando de un gran sauce. El viento lo hace mecerse. A Smilla le encantaba columpiarse. Noto una tirantez en la garganta. Le «encanta», no le «encantaba».

De nuevo vuelven las náuseas y tengo que aminorar la marcha. Intento vomitar, pero no sale nada. Siento mi cuerpo lánguido y agitado al mismo tiempo. Como si todo mi ser fuera objeto de una lucha interna, un pulso entre la fría lógica y un torbellino irracional de sentimientos. Y no se debe únicamente a la desaparición de Alex y Smilla. Lo cierto es que ha sido así desde el día en que salí tambaleándome de la clínica, aturdida y estupefacta, con las palabras del médico resonando en mi cabeza. Aunque no se pueda ver el lago desde aquí, me vuelvo instintivamente en dirección a él. Me veo a mí misma allí en la barca hace solo un rato, pienso en cuando se me ha pasado por la cabeza unirme a mi padre. Vida o no vida, esa es la cuestión. Y ahora está alcanzando un punto crítico.

Camino mirando al suelo, no me siento capaz de ver más columpios en los árboles ni juguetes olvidados en las parcelas de césped. Me concentro en poner un pie delante del otro. Las zapatillas de deporte rosas se van moviendo ahí abajo. En el recibidor de nuestra cabaña están mis sandalias nuevas, con tacón y tiras en el tobillo, aún por estrenar. No ha sido el tipo de vacaciones que me había esperado. En absoluto. Mis pies se esfuerzan por avanzar, un paso tras otro. Camino y camino. Paso por delante de más cabañas y jardines, y luego, cuando el sendero de tierra traza una curva, me adentro en el bosque.

A papá le habrían gustado mis sandalias. Apreciaba las cosas bonitas, sabía disfrutar de la belleza. Cada vez que me disfrazaba de princesa —lo cual era bastante frecuente—, él aplaudía y me colmaba de palabras efusivas sobre lo preciosa que estaba. Mamá, en cambio, negaba con la cabeza y apretaba los labios con fuerza. A veces papá volvía a casa y me traía un paquete con diademas brillantes, pendientes de clip de colores chillones e incluso pintalabios. Estos me los quitaba mamá, y observaba en tono severo que las niñas tienen cosas más importantes en las que pensar que en su aspecto.

En las contadas ocasiones en que las broncas de mis padres tenían lugar a la luz del día, papá solía venir a verme luego, me pedía que me pusiera alguno de los vestidos de tul que me había regalado y me proponía que jugáramos a

simular un baile de reyes y princesas. Mamá nunca vino. Ni una sola vez. Después de aquellas discusiones acaloradas, prefería retirarse a algún sitio en el que pudiera estar sola, el lavabo o el dormitorio, aunque por lo general salía a dar un largo paseo.

Si le enseñara las sandalias me diría que son poco prácticas y me preguntaría que cómo podía caminar con ellas, ¿no me dolían los pies? Así es mi madre. Su decepción conmigo siempre ha estado maquillada de cuidado y preocupación. Aunque nunca lo haya dicho en voz alta, sé que piensa que yo podría haber hecho mucho más en la vida. A veces pienso que se avergüenza de mí, de mis elecciones. Su trabajo se centra en las relaciones y los conflictos humanos, en las vidas de la gente. Cosas que tienen importancia real. Y va y le sale una hija cuya vida laboral está dedicada a las apariencias, a la superficialidad. Una hija que sigue los dudosos pasos de su padre. Incluso —y quizá sea lo más importante— en lo que respecta a su vida personal. «Alex». Pensar en él y en mamá en la misma bocanada de aliento hace que aumente mi malestar. Al comienzo de nuestra relación le hablé de él a mi madre. No me pude resistir. Obviamente, ella no mostró ningún ápice de alegría, no le sobraba simpatía ni comprensión para darme. «¿Cómo puedes, Greta? —fue lo único que me dijo—. ¿Cómo demonios puedes?».

Algo moviéndose más adelante, al borde del camino, me saca de mis cavilaciones. Doy un respingo y paro en seco, veo una figura negra agazapada en la cuneta que empieza a erguirse lentamente. Ante mis ojos, la figura adopta una forma humana, veo brazos y piernas y pelo largo y lacio, pero no le veo ojos. Ni siquiera cara. Noto que todo mi cuerpo se queda rígido por el miedo. Mis puños se cierran instintivamente. Entonces la criatura se da la vuelta y algo pálido, casi fantasmagórico, queda visible entre la masa de pelo. Es la cara de una niña.

Desde la distancia no parece tener más de diez o doce años. Pero cuando me obligo a avanzar hacia ella, me doy cuenta de que ya está en plena adolescencia. No obstante, su cuerpo es fino, tan delgado como el de una niña bastante más pequeña. Y está muy pálida, a pesar de que nos encontremos a finales de un verano largo e inusualmente soleado. Lleva una camisa holgada y pantalones largos, las dos prendas son negras, sin ningún dibujo ni adorno. El pelo le cae suelto por los hombros y la espalda, y no puedo dejar de pensar que podría haber sido un cabello muy bonito si no se lo hubiera teñido de ese tono negro y sin vida. Se la ve intranquila, mira por encima del hombro una y otra vez.

Me la quedo mirando, como hechizada. Caigo en la cuenta de que es el primer ser vivo, aparte de Tirith, con el que me he topado desde que han desaparecido Alex y Smilla. Llego junto a ella, justo voy a abrir la boca para saludarla cuando veo un grupo de personas unos metros más allá dentro del bosque, cerca de la orilla. Un par de ellas se mueven de aquí para allá y lanzan miradas al agua y a través del lago, como si estuvieran buscando algo. Luego hay otras que están hablando entre ellas en voz baja y grave. La capa de nubes se abre un poco y el sol atraviesa el cielo. Los rayos caen sobre el objeto afilado y brillante que una de ellas tiene en la mano. Centellea. Doy un paso atrás.

Debo de haber emitido algún sonido, un jadeo, quizá incluso un grito ahogado, porque de pronto todas las figuras se dan la vuelta al unísono. Caras pálidas y angulosas se giran hacia mí, cinco o seis pares de ojos se me quedan mirando fijamente. Adolescentes, es lo único que me da tiempo a pensar antes de que, como respondiendo a una orden, empiecen a avanzar entre los árboles en dirección a mí. Algo en mi interior, un instinto primigenio, me insta a huir, salir corriendo lo más deprisa que pueda. Pero de repente mis piernas se han vuelto pesadas y no obedecen, y los pies parecen haberse anclado al suelo.



Los chicos no tienen prisa. Sus pasos son lentos pero decididos. Al final llegan al camino de tierra, se colocan a mi alrededor. Uno de ellos me rodea y se sitúa a mi espalda.

El último en llegar al camino es el que lleva el cuchillo en la mano. Se mueve con notable seguridad y me ignora por completo. Se detiene junto a la chica.

—Se suponía que tenías que vigilar.

Su pelo es del mismo tono negro que el de ella, pero lo lleva mucho más corto, con una especie de dibujo afeitado en los costados.

—Lo siento.

La chica se inclina hacia delante y apoya la cabeza en su hombro en un gesto más de sumisión que de cariño. Él posa una mano sobre su cabeza, mientras que desliza la otra por detrás de su nuca, sin dejar de sostener el cuchillo con firmeza. Quizá se trate de una tierna caricia, pero parece algo totalmente distinto.

El chico se da la vuelta y avanza unos pasos hacia mí hasta que estamos cara a cara. Es mayor que los demás, no cabe duda. Su cara es más ruda, más ancha. En lugar de cuatro pelos sueltos bordeando la boca, tiene una perilla oscura, que lleva trenzada bajo el mentón y el cuello, sujetando sus extremos con diminutas gomas de color blanco. Pero si hay algo que destaca son sus ojos. Unos ojos que, me da por pensar, han presenciado cosas horribles. Aun así, no puede tener más de veintipocos años.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Su tono revela que está acostumbrado a ser obedecido. Mi mirada vuelve a la chica, que está medio paso por detrás de él con los hombros encorvados. Puede que sea la voz del chico, o quizá la postura de ella, pero algo me hace reaccionar. Enderezo la espalda.

—¿Y quién eres tú?

Sin titubear, el chico alza la mano, blandiendo el cuchillo ante mí. De forma instintiva me echo hacia atrás, pero choco enseguida con un cuerpo flaco y duro. Cuando me giro, me topo con dos ojos fríos que asoman bajo unos párpados entornados. Giro la cabeza hacia el otro lado, veo una barbilla levantada y unas comisuras que esbozan una sonrisita burlona. Mi mirada se mueve a un lado y a otro. Barbillas imberbes y granos de color rojo furioso. Camisetas con el cuello dado, vaqueros gastados con cortes por encima de las rodillas. «Críos —pienso—. No son más que unos críos». Niños aburridos en un sitio donde apenas pasan cosas. Solo intentan asustarme, nada más. Pero esa idea no consigue arraigar del todo, no logra infundirme calma.

—¿Por qué estás tan asustada? Solo necesito una pequeña manicura.

El joven de la perilla ha bajado el cuchillo y utiliza la punta para quitarse la mugre de las uñas de la otra mano. Se ve recompensado por algunas risas de los chicos que me rodean. Entonces su expresión vuelve a cambiar.

—Probemos de nuevo. ¿Quién eres y qué te trae por aquí?

Alza la vista y me mira. Ahora sus ojos oscuros se muestran totalmente inexpresivos. Como si no fuera otro ser humano lo que tiene delante. Como si yo fuera un objeto inanimado.

—Te he hecho una pregunta. Responde de una vez.

Un empujón brusco en el hombro me hace tambalearme. Los demás chicos se acercan un poco más. De pronto oigo la voz de mamá. «Deshumanización —dice con su característico e irritante tono profesional—, existe una relación entre la deshumanización y los crímenes con violencia». Resulta más fácil hacer daño y cometer abusos cuando el agresor no ve a la víctima como un ser humano, cuando no puede empatizar con la otra persona. Debería funcionar también en el sentido contrario.

Abro la boca y digo mi nombre. Le explico que estoy aquí de vacaciones. No solo eso, también señalo y describo más o menos dónde queda la cabaña. Y le hablo de Alex y Smilla, que hemos venido juntos. Le digo que me están esperando. Que se van a inquietar si no vuelvo pronto a casa. Al final me tropiezo con las palabras y me callo. Me quedo a la espera.

El de la perilla no parece inmutarse. Se rasca el hueco del codo y se mira el reloj. ¿Acaso me ha escuchado?

—No nos habrás quitado algo que es nuestro, ¿verdad?

Al principio creo haberle oído mal. ¿A qué se refiere? ¿Qué podría haber cogido yo? Frunzo el ceño y niego con la cabeza. Con un poco de suerte se notará que mi desconcierto es sincero. El de la perilla me escruta con ojos entornados. Luego se acerca un paso más.

—¿Estás segura?

Antes de que me dé tiempo a responder, la chica se planta a su lado, se pone de puntillas y le susurra algo al oído. Él escucha con expresión impaciente, luego se la quita de encima. Por el rabillo del ojo observo que los chicos que me rodean se están balanceando en el sitio, que le lanzan miradas de incertidumbre al de la perilla. «¿Qué hacemos?». Los segundos pasan arrastrándose. Lo único que se oye es el trino de algún pájaro. Tengo la boca seca y mi cuerpo parece una cuerda tensada.

Finalmente, el de la perilla hace un gesto casi imperceptible con la mano y me da la espalda. Se retira un par de pasos. El tiempo se detiene por un

momento. Después, lentamente, noto que el cerco de acero que me rodeaba empieza a disolverse. Me gustaría pensar que percibo cierto alivio en los movimientos de los chicos al apartarse. Pero a lo mejor es solo decepción lo que irradian sus cuerpos. Decepción de tener que soltar su presa. El de la perilla también parece notarlo, entiende la necesidad del rebaño de una última muestra de poder. Mis hombros tensos apenas tienen tiempo de empezar a relajarse cuando se da media vuelta y se me acerca de nuevo. Con un movimiento rápido, levanta el cuchillo hasta mi cara y lo pega a mi barbilla. No con demasiada fuerza, pero la hoja es afilada y el terror me clava sus garras.

—Si me entero de que estás mintiendo...

No termina la frase, me aparta de un empujón y me lanza una última mirada de advertencia. Después gira sobre sus talones y cruza la cuneta, se dirige a la orilla sin mirar a su alrededor. Sus secuaces sonrían burlones y me hacen algunas embestidas inofensivas antes de seguirle. Oigo sus risas resonando entre los árboles, veo cómo entrechocan las palmas entre ellos. La chica y yo nos quedamos solas en el camino de tierra. Nuestras miradas se cruzan. Después me doy la vuelta y me marcho.

Camino todo lo rápido que puedo sin llegar a correr, intento parecer tranquila, miro por encima de mi hombro. No es hasta que doblo la siguiente curva y me he alejado un buen trecho de los adolescentes cuando me percató de lo fuerte que me late el corazón, de que estoy temblando de pies a cabeza. Me obligo a seguir caminando otro poco, después ya no puedo más. El cuerpo se me encoge por sí solo y me desplomo a un lado del camino. Las piernas ya no me sostienen. Me ovillo y me hago tan invisible como puedo, al tiempo que vigilo el sitio por donde he venido. Para estar preparada, en caso de que cambien de opinión. Aunque en realidad da lo mismo. Si deciden venir, no tengo nada con que defenderme.

Acurrucada en el suelo, dejo caer la cabeza y mi mirada se queda de nuevo atrapada en mi calzado. Mis zapatillas rosas. Me viene a la cabeza la bota negra que encontré en la isla mientras buscaba a Alex y Smilla. La chica de la cuneta llevaba exactamente las mismas. Una difusa sensación de miedo se me clava entre las costillas, me hace levantarme de nuevo. Reempiendo otra vez la marcha y de vez en cuando voy echando un vistazo atrás. En cualquier momento espero verlos acercarse corriendo con sus camisas enormes y sus camisetas gastadas ondeando alrededor de sus cuerpos flacos. Pero no me persigue nadie. Aun así, echo a correr lo más rápido que puedo, hasta que me quema la garganta y mis pulmones emiten silbidos. Noto tirones

en el estómago, me encorvo y me vienen algunas arcadas, pero ahora tampoco consigo vomitar. Me permito apenas un breve momento de descanso antes de acelerar el paso otra vez, me da igual si las piernas no aguantan. Tengo que irme de aquí. Cuanto antes.

No entiendo de dónde viene todo este odio que me brota de dentro. ¿Cómo puede haber tanta oscuridad en mi corazón? Yo, que fui concebida, arropada, criada con amor. Ella me sostuvo con suma delicadeza en sus manos, me mostró el camino hacia la vida. Estuvo a mi lado, me lo dio todo, vivió completamente entregada a mí.

Y muchos años más tarde, cuando llegó mi turno de recibir el milagro de la vida, hice lo mismo. Diez dedos en los pies, diez dedos en las manos. Todo cambió, y me postré pidiendo piedad. Lo sacrifiqué todo, no porque estuviera obligada, sino porque así lo quise. Lo hice con alegría. Lo hice por amor.

Me inclino hacia delante y le seco la frente. A pesar de las perlas de sudor, tiene la piel fría. No hay nada que desee más en este momento que se incorpore y hable conmigo. Que mitigue mi dolor con su amor. Aquí tengo muy poco espacio, pero aun así no he logrado estar en paz. Ahí, por las grietas de lo que hubo una vez, supura el odio. En algún punto muy lejano se oye una voz. Dice: «Sin mí no eres nada».

Me estiro para alcanzar su mano, la tomo en la mía. Sus dedos están flácidos, soy yo quien tiene que mantenernos unidas ahora.

Pienso que lo único que importa ahora es que ella se recupere, que vuelva conmigo. Tan solo con poder conservarla a ella, todo lo demás me da igual. Me sacudo para librarme de todo lo que sé y seguir adelante. Soy capaz de olvidar, incluso soy capaz de perdonar.

Eso es lo que pienso, pero no es cierto. Porque, pase lo que pase, jamás te voy a poder perdonar. ¿Me oyes? Jamás.

El camino se bifurca y me permite dar un rodeo en dirección a la cabaña sin tener que pasar de nuevo por donde me he encontrado a esos chicos. Sin saber muy bien cómo, consigo llegar a la casa. Me duelen las caderas y las piernas me parecen de gelatina. Las huellas en la gravilla del camino ya no parecen tan claras, es como si alguien las hubiese rastrillado durante mi ausencia. «La persona que se quedó y la que se fue».

Me acerco cojeando hasta las escaleras de la entrada y busco la llave que está escondida debajo. En el recibidor me enfrento a mi propio reflejo en el espejo de la pared. Mis ojos son como dos manchas de hollín abiertas de par en par, y mis pómulos refulgen en un llamativo tono rosado. Pero bajo las capas de pintura y sombra estoy muy pálida. Me viene la imagen del cuchillo, el destello de luz en su afilada hoja, y cómo el joven se limpiaba las uñas con él. Noto la punta del cuchillo al presionar contra la fina piel de debajo de mi barbilla.

Me quedo un buen rato de pie en el recibidor. Poco a poco el miedo va remitiendo. Pero las imágenes no me abandonan. A pesar de todo por lo que he pasado, hay una que persiste en mi retina, una que mi memoria reproduce una y otra vez. Es la imagen de la chica de pelo largo apoyándose en el hombro del de la perilla. Confiada, dócil. Y cómo él le responde trazando un arco con el cuchillo por detrás de su nuca. No consigo arrancarme del espejo, de pronto me parece que mi cara se funde en el cristal con los rasgos de la chica. ¿Acaso no había algo singular en su mirada? ¿Acaso no he visto algo titilar en sus ojos cuando se ha fijado en la marca de mi cuello? Algo desnudo, algo familiar. Me oigo a mí misma hablar, veo a la chica observándome. «Mi marido y mi hija —digo— están esperándome en casa». ¿Acaso ella me ha pillado? ¿Se ha dado cuenta de que estaba mintiendo? La veo ponerse de puntillas y ahuecar la mano en torno a la oreja del de la perilla. ¿Qué le ha susurrado?

Me doy la vuelta, apoyo la espalda en la pared y me deslizo hasta el suelo. Los minutos van pasando mientras la tensión abandona lentamente mi cuerpo. No tengo fuerzas para levantarme, incluso siento que no voy a poder moverme nunca más. Mis extremidades se vuelven lánguidas, flácidas. Justo cuando mi cabeza va cayendo para hundirse en mi pecho, un sonido penetrante rasga el silencio y me despierta de golpe. El móvil está en el bolsillo de mis pantalones pirata, puedo notar cómo vibra sobre mi muslo. Tiene que ser Alex. «Por fin se ha terminado. Gracias a Dios, todo ha acabado». Meto la mano en el bolsillo y me llevo el aparato a la oreja sin mirar el número en la pantalla.

—¿Greta?

Mi madre. La cabeza vuelve a caer rendida hacia atrás, sobre el armario que tengo a mi espalda.

—¿Hola? Greta... ¿estás ahí? ¿Va todo bien?

Suelto un murmullo a modo de respuesta.

—¿Has dicho algo? Apenas puedo oírte, Greta. ¿Dónde estás? En casa seguro que no, porque te he llamado varias veces allí y no...

Me digo que no puedo quedarme en esta cabaña ni un minuto más. Tengo que montarme en el coche y alejarme de aquí. Ir a la policía. «O a casa. Podrías irte a casa».

—Ahora mismo no puedo hablar —consigo decir, con una voz entre susurrante y rasposa—. Tengo que irme.

Pero mamá no se deja despachar tan fácilmente.

—¿Qué te pasa, Greta? Te comportas de una forma muy extraña. Estos últimos días... No sé en qué andas metida, pero déjame decirte...

Lo que fuera que tuviera en mente, eso que necesitaba decirme sí o sí, se diluye en el silencio. Por un momento pienso que quizá, por una vez en la vida, será ella quien ponga fin a la conversación presa de la rabia. Quizá finalmente se haya hartado. Pero mientras estoy pensando en eso, la oigo tomar aire, prepararse para decir algo más.

—No me extraña que Katinka esté preocupada por ti.

El abrupto giro me pilló por sorpresa. ¿Katinka, preocupada por mí? Siento frío y calor al mismo tiempo. ¿Qué le ha dicho Katinka? ¿Y por qué ha hablado mamá con ella?

—He ido al centro comercial y me he pasado por la tienda. Para saludar. Pero no estabas. De vacaciones, me han dicho. No tenía ni idea de que ibas a cogerte unos días.

—Mamá, yo...

—Y allí me he encontrado con Katinka. Por lo que tengo entendido, sois bastante amigas.

Se queda callada. Lo único que se oye es su respiración. ¿Está esperando que diga algo? ¿Que le comente cómo es mi relación con Katinka? ¿O está pensando en la mejor amiga que tuvo ella en su día?

Yo solía espiarla cuando hablaban por teléfono, escuchaba a escondidas todas aquellas conversaciones tan sinceras. Obviamente, Rut era la que más hablaba. Mi madre permanecía la mayor parte del tiempo en silencio, en la cama o a la mesa de la cocina, con la espalda encorvada.

«No, está fuera, como siempre. A saber dónde se habrá metido esta noche».

Después ella escuchaba con suma atención, de una forma que nunca hacía con los demás. A veces el silencio era tal que si yo contenía el aliento podía oír la voz de Rut al otro lado de la línea. No podía distinguir lo que decía, pero comprendía que eran cosas que mamá consideraba inteligentes y confortadoras, porque al final de cada conversación ella siempre hacía comentarios del estilo: «¿Cómo iba a arreglármelas sin ti, Rut? Gracias por escucharme. No tengo a nadie más con quien hablar».

«Por lo que tengo entendido, sois bastante amigas». ¿Hay un mal augurio, incluso algo amenazante, en las palabras de mi madre? Después de lo ocurrido, ¿perdió la fe no solo en Rut, sino en la amistad femenina en general? ¿Teme que Katinka vaya a traicionarme como Rut la traicionó a ella? No hay motivos para preocuparse al respecto. Eso es lo que diría si tan solo se dignara preguntarme. Sé hacerlo mejor de lo que lo hizo ella, sé que no debo contarle todo, revelarle todo. Puede que Katinka piense que somos bastante amigas. Pero eso no quiere decir que seamos íntimas, al menos no en el mismo sentido en que lo eran mi madre y Rut. Desde luego que no. Al menos he aprendido algo de los errores de mamá. Se oye un carraspeo al teléfono.

—En cualquier caso, según Katinka, últimamente no parece haber estado del todo bien. Por lo visto has llamado varias veces diciendo que estabas enferma y... bueno... La verdad es que lo ha dicho tal cual. Que estaba preocupada por ti.

Alzo una mano para frotarme la frente. El recuerdo de lo ocurrido en el bosque vuelve una vez más. Los adolescentes, el cuchillo en mi cuello. «¿Y tú? —quiero decirle—. ¿Tú también estás preocupada? Pues deberías estarlo». Pero cuando abro la boca, lo que sale por ella no tiene nada que ver.

—Estoy embarazada.



No sé por qué se lo cuento. Quizá para descolocarla. O quizá porque en este momento no soy yo misma. A decir verdad, llevo tiempo sin serlo. Katinka tiene razón. Al otro lado de la línea se oye un jadeo.

—¿Embarazada? ¡Oh, Dios mío!

Suena horrorizada. Luego oigo que intenta serenarse, su voz adquiere un nuevo tono. Más duro.

—¿Quién es el padre?

Ya no puedo más. Simplemente, ya no lo aguanto. Corto la llamada y me dirijo tambaleante hasta el dormitorio. Una vez allí apago el móvil antes de ponerlo a cargar y me dejo caer atravesada en la cama doble. La apatía se extiende por todo mi cuerpo, se apodera de mí y anula cualquier otro sentimiento. Justo antes de que mis párpados se cierren de nuevo, veo la cara de desagrado de mi madre. «¿Cómo puedes, Greta? ¿Cómo demonios puedes?».

La voz de Alex me despierta. «Imaginaciones —me parece oír que susurra—. ¿No creerás que nada de esto es real? Son todo imaginaciones tuyas». El edredón debajo de mí está húmedo y arrugado, y tiritito de frío. Luego noto algo junto a mi pierna, algo caliente, y cuando miro veo que Tirith se ha acurrucado contra mi cuerpo. Alargo una mano para meterla debajo de su suave vientre y lo acerco hasta mi pecho, deslizo un dedo por debajo de su collar rosa y le rasco la nuca. Bosteza y luego me mira un buen rato a través de sus ojos entornados y somnolientos. El gato de Smilla. A lo mejor está pensando lo mismo que yo. Que en realidad el vínculo no es entre nosotros dos. Pero aquí estamos, abandonados a nuestra suerte.

Casi sin ser consciente de ello, me llevo la otra mano al cuello. Me acaricio allí donde sé que está la marca oscura. Después mis dedos siguen subiendo hasta la barbilla. Mi piel aún recuerda el filo del cuchillo que le pusieron en ese frágil punto detrás del mentón. Me viene a la mente el joven de la perilla, veo su mirada impasible y oigo sus amenazas. Me quito rápidamente la imagen de la cabeza y me concentro de nuevo en Tirith, acaricio y manoseo su pelaje blanco y negro hasta que decide tenderse agradablemente sobre mi pecho. Maúlla, un sonido largo. «Tendremos que mantenernos unidos», parece decir. Pero, por algún motivo, no me consuela. Por algún motivo, me hace sentir mal.

Aparto al gato y me incorporo con cierta dificultad. Esbozo una pequeña mueca cuando vuelvo a notar el escozor en la garganta. Otro síntoma, según la médica. De nueve semanas, me dijo. Desde entonces han pasado otras dos y el cambio ya es perceptible en mi cuerpo. Las náuseas y los vómitos. La falta de apetito. El dolor de caderas. Y el cansancio, este cansancio que parece haberse apoderado de mí todo el tiempo. Me pongo una mano en la barriga, sobre su creciente protuberancia. Y luego vuelvo a probar el pensamiento, ese que me he planteado muchas veces desde que, sentada en la clínica, me dieron

la noticia. Pero no, mi decisión no ha cambiado. «Vida o no vida, esa es la cuestión». Esta vez el rumbo está marcado. Quiero tener este hijo. A pesar de todo.

«¿Quién es el padre?». El eco de las palabras de mi madre se me clava como una punta afilada en mi nublada conciencia. De repente, estoy totalmente despierta. Enciendo el teléfono y este me informa de que tengo tres nuevos mensajes. Mis latidos se aceleran, aunque por lo visto es en vano. Los tres son de mamá.

«Lo siento, cariño, es que me ha pillado tan por sorpresa y... pero seguro que lo resolvemos de alguna manera. ¡Llámame y hablamos!».

«¿O quieres que vaya a verte? Pero entonces tienes que decirme dónde estás».

«Por favor, Greta, no lo hagas. No puedo...».

La voz de mi madre se quiebra. ¿Está llorando? ¿Por mí? Vuelvo a escuchar el último mensaje y la puerta que parecía entreabrirse se cierra de golpe. «No puedo».

El móvil se desliza por el suelo cuando lo aparto de un manotazo. De nuevo se trata de la necesidad de mi madre y de cómo se siente ella, de si puede o no puede. Igual que aquella vez, después de lo de papá. Tal y como ha sido siempre.

Me levanto, me quedo un rato mirando el teléfono. En verdad podría dejarlo tirado ahí en el suelo. De todos modos, Alex no da señales de vida. Y mis intentos de ponerme en contacto con él han sido en vano.

Reúno las cosas más importantes y me cuelgo el bolso al hombro. Lo último que hago es ponerme de rodillas, recoger el móvil del suelo y dejarlo caer en el bolso, a pesar de todo. Cuando paso por delante del dormitorio pequeño, mi mirada se ve atraída sin remedio hacia el interior. Mis pies me llevan dentro por sí solos. Me siento en el borde de la cama y deslizo la mano por la funda del nórdico. El estampado es de alguna princesa de cuento. A Smilla le encantan las princesas. Igual que a mí cuando tenía su edad. Nos parecemos tanto... Con los ojos secos, hundo la cara en la almohada, aspiro el aroma cada vez más débil de champú infantil.

—No he tenido tiempo de darte la feliz noticia —murmuro—. Vas a tener un hermanito.

Muy adentro, en el fondo de mi vientre, percibo un hormigueo inquieto. ¿Del feto? No, no puede ser, todavía no. ¿O sí? De repente me invade un sentimiento de vergüenza. Un adulto que traiciona, que se rinde. ¿Soy yo? ¿Es ese el modelo de madre en que me estoy convirtiendo? No, no puedo permitir

que mi mente siga por esos derroteros. Tengo que creer que todo va a salir bien. Lo que ha pasado. Lo que he decidido. Me levanto de la cama y salgo del cuarto de Smilla.

Al pasar por delante del espejo del recibidor, me detengo y observo la imagen que me recibe. Se me ha corrido el rímel, me quedan pegotes de sombra de ojos y llevo el cabello muy revuelto. Parezco una loca. Me retoco el maquillaje de forma rápida y eficiente y me arreglo un poco el pelo. Después me apresuro a salir por la puerta y bajo las escaleras.

El coche arranca al segundo intento. No puedo pensar en otra cosa que no sea marcharme de aquí. En Marhem ya no hay nada que me retenga, aquí solo hay miedo y desconcierto. A cada hora que pasa me enredo más en algo que no comprendo, algo que me asusta cada vez más. Desde la distancia podré ver con más claridad lo que ha sucedido, entender todo lo que ahora se me escapa, lo que me confunde y me elude.

El coche rueda por el estrecho camino de tierra, por delante de otras cabañas de veraneo que se parecen a la que acabo de dejar atrás. Las hay a ambos lados del camino, todas ellas vacías y sin vida. No hay ni un solo coche aparcado delante. No se ve un alma. Hay algo antinatural en esta ausencia de vida, una zona entera de recreo vacacional desierta y abandonada. Todo se me antoja irreal. De pronto me invade una vertiginosa sensación de estar atrapada en un limbo.

A pesar de toda esta desolación, de repente siento que me están observando. Echo un vistazo por el retrovisor, temerosa de descubrir a un grupo de adolescentes con ropa muy amplia y gastada acechando detrás del coche. Pero ahí no hay nadie. Y cuando pienso en la chica de la cuneta, en el joven con el cuchillo y en sus compinches, ya no los siento tan reales. Sus contornos se difuminan, se diluyen en la nada. Como apariciones. ¿Acaso llegué a verlos? ¿De verdad?

Mis manos aferran con más fuerza el volante y aprieto el pedal del acelerador. ¿Qué me está pasando? ¿Estoy perdiendo la capacidad de distinguir entre la realidad y el sueño? ¿Entre la razón y la locura? De alguna manera necesito confirmar que lo que estoy viviendo es real, que no me estoy imaginando cosas ni me estoy volviendo... Corto la frase de un hachazo antes de terminarla. Aprieto los dientes y sigo adelante. Por cierto, ¿qué es eso que asoma por encima de las copas de los árboles? Humo. Veo claramente una pequeña columna de humo que sube hacia el cielo. Solo puede significar una cosa.

Ya he llegado a la bifurcación. El camino de la izquierda conduce al acceso a la autovía. El de la derecha lleva a más cabañas y jardines en otra parte de Marhem. La zona donde se vislumbra el humo. Mi pie pisa el embrague, la mano mete la marcha. Pongo el intermitente a la izquierda. Y giro a la derecha.

Conduzco despacio por el camino tortuoso que me adentra más en Marhem y me aleja de la autovía. La fina columna de humo es la estrella polar que me guía. Su origen es indicio de la presencia de personas. Personas de carne y hueso. De las que me pueden mirar a los ojos, hablar conmigo y confirmar que lo que veo realmente existe. Que lo que estoy viviendo está pasando de verdad.

En esta parte de Marhem las cabañas son más grandes, lo cierto es que la mayoría parecen más bien casas que cabañas, y los jardines están más separados. Pero también aquí todo está cerrado y muerto. Avanzo a paso lento, mi mirada se desplaza de un lado al otro en busca del fuego. De señales de presencia humana. Aun así, el ruido es tan inesperado que doy un respingo. Reduzco la marcha, aguzo el oído. Entonces lo oigo de nuevo. Una serie de ruidos apagados e intermitentes. Cuando entiendo de qué se trata, aparco el coche a un lado del camino. El corazón me late desbocado en el pecho. Ladridos. Debe de significar que estoy cerca.

Me bajo del coche, cierro la puerta y continúo a pie. A la derecha del camino me parece ver árboles oscuros y destellos de luz reflejándose en un gran ventanal. El jardín es enorme, pero está en su mayor parte oculto tras una alta valla de madera que bordea toda la propiedad. Al acercarme, estiro el cuello para echar un vistazo a la casa. Tiene varias plantas y está pintada de un color parduzco, poco común en la zona. Me parece vislumbrar unos vistosos arriates y un césped bien cortado. En el porche de madera tratada, sale humo de una barbacoa. No hay nadie vigilándola.

Mis oídos están completamente alerta, pero lo único que se oye ahora es el siseo del bosque y los graznidos de algunos pájaros en el lago. Por lo demás, está todo en silencio.

En ese momento vuelvo a oír el ladrido y veo un rayo negro que aparece corriendo por una de las esquinas de la casa. Es un perro grande de pelaje

brillante, con la lengua asomando entre las fauces. Está jugando con una pelota amarilla, la empuja con las patas delanteras y luego se abalanza sobre ella. Parece tan metido en su juego que no se percata de que yo estoy allí, titubeando al otro lado de la valla. O tal vez está demasiado bien adiestrado como para molestarse por los desconocidos.

Percibo un movimiento con el rabillo del ojo que me hace levantar la cabeza. Mi mirada se dirige automáticamente hacia una de las ventanas del primer piso de la casa. Una fina cortina ondea por fuera del cristal entornado. ¿Hay alguien allí? ¿Hay alguien escondido detrás de la cortina observándome en este momento? Me quedo petrificada, indecisa. Debería entrar, intentar buscar a alguien. ¿Acaso no he venido por eso? Pero la idea de toparme con otra persona y tener que hablar con ella me llena de un repentino malestar. «¿Y si ve lo que pasa con solo mirarme?».

Doy media vuelta y empiezo a caminar de regreso al coche.

—¡Hola! ¿Te puedo ayudar en algo?

Me giro de nuevo y estoy a punto de trastabillar por lo desprevenida que me pilla la voz. A mi espalda, en una verja abierta en la valla, hay un hombre mayor. A pesar del calor, lleva pantalón largo bien planchado y un jersey por encima de la camisa. Tiene el pelo escaso y su cara es afable pero vigilante. A su lado, pegado a él, está el perro. El hombre lo tiene sujeto con firmeza por el collar.

—¿Te he asustado? No era mi intención.

Niego con la cabeza, murmuro que no pasa nada. Pero mi corazón late más deprisa que de costumbre y me cuesta hablar.

—Perdona por haberme acercado así, a hurtadillas. Debo reconocer que en esta época voy con un poco más de cuidado de lo normal. No queda mucha gente en Marhem a estas alturas de la temporada, y nunca se sabe de qué son capaces esos chavales. Hay que estar en guardia, así de simple.

Me lo quedo mirando. Los chavales. Entonces existen de verdad, no soy yo la que se está volviendo... Niego de nuevo con la cabeza, pongo una cara que el hombre parece interpretar como que estamos de acuerdo. Se relaja y sonrío, por lo visto ha decidido que no soy ninguna amenaza.

—Sí, no es nada agradable, desde luego —continúa—. Algunas noches arman mucho jaleo. Bajan al lago, a veces van a la isla. Hay que mantenerse lo más alejado posible de ellos.

¿A la isla? Pienso en Alex y Smilla. Y en la bota negra que me encontré mientras los buscaba. Tirito de frío. El hombre se presenta, pero un segundo después ya he olvidado su nombre.

—¿Vives por aquí cerca?

Con cierto esfuerzo consigo asentir con la cabeza. Quizá incluso logro esbozar una suerte de sonrisa.

—En una de las cabañas que hay por encima del embarcadero, por allí — respondo, haciendo un vago gesto con la mano.

—Alexander —dice de pronto, y se me corta el aliento—. ¿Por casualidad no tendrás algo que ver con Alexander? Hace mucho tiempo que no hablo con él, pero el otro día me pareció verlo, iba con una niña pequeña. Supongo que es su hija.

—Smilla —acierto a decir en un susurro.

Le pasa algo a mi voz, suena afónica y rasposa. Hueca. Pero no parece que el hombre que tengo delante se dé cuenta. Le hace unas carantoñas al perro negro, que le ha puesto el hocico húmedo en la mano.

—Smilla. Qué nombre más bonito. Si no me equivoco, tú eres su madre, y la esposa de Alexander, ¿cierto? De hecho, me parece que ya nos hemos visto. Pero fue un encuentro muy breve.

Bajo la mirada. ¿Vuelvo a asentir en silencio? Puede ser. Sí, creo que lo hago. Mi mente está en otra parte. Este hombre dice haber visto a Smilla. Con Alex. «El otro día». ¿Qué significa eso exactamente? A pesar del calor, en las piernas desnudas se me pone la carne de gallina.

—¿Cuándo los viste, lo recuerdas? A Smilla y a Alex, quiero decir. ¿Y dónde?

El hombre arruga la frente. Su mirada se ha vuelto brumosa.

—En la pista de baile, en la fiesta del solsticio de verano. Creo... Pero como te acabo de decir, hace varios años de eso. Os acababais de casar, si no recuerdo mal. Qué tiempos aquellos... Por aquel entonces todavía había aquí en Marhem una asociación de vecinos activa que montaba distintas actividades.

Lo miro fijamente, lo intento de nuevo.

—Me refería a Alex y Smilla. Has dicho que los viste el otro día, ¿dónde fue?

El hombre niega lentamente con la cabeza.

—Lo siento —dice vacilante—. No lo recuerdo bien.

Me descubro preguntándome por qué está mintiendo. Pero entonces comprendo que a lo mejor está diciendo la verdad. Es bastante mayor, supongo que la memoria ya no es la que era. Solo porque mi propia relación con la verdad sea tan resbaladiza, eso no significa que el resto de las personas vayan por ahí contando mentiras de forma gratuita. El perro negro se ha



soltado de su amo y se me acerca. Me olfatea rápidamente, pero cuando voy a rascarlo detrás de las orejas se aparta. Ha dejado de menear la cola.

—Bueno, será mejor que vaya tirando... —digo, preparándome para despedirme y haciendo ademán de marcharme.

—Enfadado —suelta el hombre de golpe—. Parecía enfadado, Alexander. O asustado, quizá. Muerto de miedo. Es difícil de decir.

Una ráfaga de viento se abre paso entre los troncos de los árboles, arrastrando consigo el olor a peligro. «Enfadado. O muerto de miedo. Es difícil de decir».

—Perdona, tengo que...

Me doy la vuelta y echo a correr. Me alejo a toda prisa sin despedirme. A mi espalda oigo al hombre gritar que me mantenga alerta, que tenga mucho cuidado con esos chavales. Pero yo apenas lo oigo.

La gravilla salpica bajo las ruedas del coche cuando acelero para volver por donde acabo de venir. Apenas veo por dónde circulo, solo noto que el coche va dando bandazos. «Enfadado. O muerto de miedo. Es difícil de decir». El estómago se me revuelve, algo se está moviendo ahí dentro. El corazón golpea contra mis costillas. «Pequeña Smilla».

No me atrevo a arriesgarme. Solo se puede hacer una cosa. Sé adónde tengo que ir.

Durante mucho tiempo pensé que papá había desaparecido. En el barrio de bloques de pisos donde vivíamos, no era extraño que un padre abandonara a su familia, que metiera sus cosas en una maleta y saliera por la puerta para no volver nunca más. Con mi padre no fue así. Pero ¿acaso suponía alguna diferencia? Estaba igual de desaparecido.

Después. Los segundos de después. Recuerdo cómo nos quedamos mirándonos fijamente, mi madre y yo. Cómo, durante un breve instante que pareció durar una eternidad, compartimos una sensación de comunión sin usar palabras. Sabíamos. Éramos las dos únicas personas en el mundo que sabíamos lo que acababa de suceder. Creo que nunca me he sentido tan cerca de ella como en aquel momento. Pero luego me dio la espalda, rompiendo el contacto visual. Después ya no sé muy bien lo que pasó. Solo que nos separamos, que me apartó de ella. Yo no era más que una niña, pero no era tonta. Comprendí que era a mí a quien había que culpar. Que todo había sido culpa mía. Aun así, su rechazo me dolió.

Sirenas aullando abajo en la calle, luces azules girando y destellando sobre las fachadas. La puerta de la entrada abierta al rellano, hombres y mujeres con uniformes oscuros y rostros tensos entrando y saliendo sin parar del piso. Mientras ocurría todo aquello, la puerta del dormitorio de mis padres estuvo cerrada. Llanto desesperado —y a veces gritos histéricos— salían de allí dentro. Yo estaba sentada en el suelo de mi cuarto. Me aferraba de forma desesperada a Mulle, esperando, en silencio. No sabía qué otra cosa podía hacer. Solo sabía que si no esperaba allí hasta que la puerta de enfrente se abriera, hasta que mamá entrara para abrazarme, me esfumaría de la faz de la tierra. Yo también.

Un par de aquellos hombres con uniformes oscuros trataron de hablar conmigo. La policía, me dijeron, somos de la policía. Al principio estaban de pie, después se pusieron en cuclillas. Me hicieron preguntas, pero yo fingí que

no los oía. Cuando continuaron hablando, comenzaron a llamarme por mi nombre y a repetir las preguntas, me puse a tararear por lo bajo. Si fingía que todo seguía como siempre, tal vez conseguiría que así fuera. A lo mejor podría lograr que desapareciera aquello tan malo que había ocurrido. Todo lo que tenía que hacer era no pensar en ello. Al final, el policía mayor me cogió del brazo y me habló con firmeza. Le di un bofetón en la cara. Entonces me gritó y me arrebató a Mulle, me dijo que era mayor para esas tonterías. Su compañero se puso pálido y tenso, lo sacó de la habitación mientras le decía en voz baja cosas como «solo una niña» y «en *shock*».

Luego regresó, el más joven. Se sentó a mi lado y habló en tono pausado durante un buen rato, me dijo que todo iría bien, que la policía quería lo mejor para mí y que me iban a ayudar, que por eso estaban allí. Comprendí que quería que confiara en él, y lo intenté, al menos un poco. Pero no sirvió de nada. Era demasiado tarde para la confianza. Me habían quitado a Mulle y nunca los perdonaría por ello.

El núcleo urbano más próximo queda a menos de un cuarto de hora en coche desde Marhem. El centro no es gran cosa, una calle peatonal con un supermercado, algunas tiendas pequeñas, una biblioteca y una comisaría de policía. Casi espero encontrármela cerrada, que el horario de atención al público sea muy limitado, pero cuando bajo la manilla la puerta se abre. Después pienso que habría sido mejor que hubiese estado cerrada, que hubiese tenido que esperar. Quizá así habría podido tranquilizarme y reflexionar un momento, quizá así habría recuperado el buen juicio y evitado el caos que vino después.

Hablo con una mujer que está de pie detrás de un mostrador alto y que lleva el pelo castaño recogido en una coleta. Saca un cuaderno con un formulario para rellenar y, casi sin pensar, le doy mi nombre y mi número de teléfono. Luego todo se tuerce. Intento explicar lo que ha pasado, pero no digo más que tonterías sin sentido, yo misma puedo oír lo incoherente que sueno. El bolígrafo de la policía se queda suspendido por encima del papel que tiene delante hasta que lo deja lentamente en el mostrador.

—¿La Bruja? —dice—. No he oído hablar de ningún lago con ese nombre.

—La gente de aquí suele llamarlo así.

—¿Y cómo se llama realmente?

No tengo respuesta para eso, así que abro los brazos, impotente, y aparto la vista un momento. La mujer me mira fijamente. Luego me pide los nombres de las personas que «creo que han desaparecido» y me pregunta cuál es mi relación con ellas. Yo hablo y explico, y mientras escucho mis propias palabras me doy cuenta de la facilidad con que la verdad y la mentira se van mezclando.

—¿Cuál crees que podría ser la razón de estas... desapariciones? ¿Cuál sería la explicación más razonable? En tu opinión, quiero decir.

Puede que sean las palabras que utiliza, pero también puede que sea la forma en que me mira lo que provoque mi reacción. De pronto, todo mi cuerpo se queda frío. Un leve sabor metálico me inunda la boca. «Ha sido un error venir aquí». Doy un paso atrás. Luego otro. Y otro más. La policía me sigue con la mirada. Pero no dice nada. Ni siquiera cuando giro abruptamente sobre mis talones, me apresuro hacia la puerta y casi salgo de un salto de la comisaría, ella dice nada. Deja que me vaya.

De camino de vuelta a Marhem, me invade una intensa sensación de que me están siguiendo. El coche verde de detrás se me pega innecesariamente, y voy echando vistazos nerviosos para intentar ver el aspecto del conductor. Pero él o ella ha bajado la visera, y lo único que puedo distinguir es una figura oscura y solitaria. Piso un poco el freno, un aviso para que mantenga la distancia de seguridad, y en respuesta el coche verde procede a adelantarme bruscamente. Justo cuando llega a mi altura, giro el cuello para mirar, pero el sol se refleja en la luna del copiloto del otro coche y me impide ver quién va dentro. Ni siquiera logro distinguir si es hombre o mujer.

Ahora noto que todo el coche se sacude a mi alrededor, que el volante se agita en mis manos. «¿Qué está pasando?». Me siento terriblemente desconcertada. Estoy al borde de las lágrimas. Entonces comprendo que no es ni el vehículo ni el volante lo que se mueve. Es mi cuerpo el que está temblando de forma descontrolada.

Reduzco la marcha, me meto en el arcén y me detengo. Me da igual si está prohibido. Con el pulso latiendo en mi garganta, me quedo mirando el coche verde. Se aleja a toda prisa hasta que desaparece tras la curva. Y en ese momento se oye un tono de llamada saliendo de mi bolso. «¡El móvil!».

Lo noto en todo el cuerpo. Es una llamada importante, una que no puedo ignorar.

Me abalanzo sobre el bolso, que está tirado en el asiento de al lado, hurgo en él buscando como una posesa. Mis pertenencias caen sobre el asiento. Polvera, pintalabios y un par de pendientes largos. Las manos todavía me tiemblan, pero consigo dar con el móvil y sacarlo. Me quedo mirando el aparato con ojos desquiciados mientras sigue sonando, observo la pantalla iluminada. Número desconocido. Con dedos trémulos, pulso el botón de descolgar y me pego el auricular a la oreja.

—¿Sí?

Mi voz es apenas un susurro. Cuando la persona al otro lado empieza a hablar, tardo un rato en comprender de quién se trata. Porque no es Alex quien llama. No es Smilla. Ni siquiera es mi madre. Es la mujer policía.

—Greta —dice en tono autoritario—, acabas de hablar conmigo en comisaría. Tengo... bueno, digamos que he estado investigando un poco lo que me has dicho. Y he encontrado algo extraño. ¿Sabes a qué me refiero?

Guarda silencio. Las dos callamos. Tanteo distraída el asiento de al lado con la mano que tengo libre, encuentro algo que sujetar, lo aprieto con fuerza. Me preparo para lo que venga.

—Debería haber comprobado la información mientras estabas aquí, pero... bueno, te has marchado tan de repente. Así que acabo de mirar en el registro y lo que he encontrado, o más bien lo que no he encontrado, me ha dejado... perpleja, creo que se podría decir. Necesito tu ayuda para aclararlo todo.

A través de las brumas de dolor, la oigo preguntarme otra vez por Alex y Smilla. ¿Es así como se llaman, las personas que han desaparecido? ¿Es Alex el nombre completo o es la abreviatura de Alexander? ¿Y tenemos el mismo apellido o...?

En realidad no suena desagradable, la policía, pero oigo por su voz que no merece la pena responder. Ella ya lo sabe.

—¿Confirmas esta información como correcta?

Ahora me llama por mi nombre completo y me recita mi número de identidad. Datos que le he entregado en comisaría. Igual que mi número de móvil. Casi como si... Trago saliva. «Como si en el fondo quisiera que me pillaran». En algún punto lejano tomo conciencia de una sensación de escozor, de algo que me arde. Es y no es una parte de mí. Al otro lado del cristal pasa otro coche a toda velocidad, toca el claxon irritado, pero yo apenas me doy cuenta.

—¿Greta? —me pregunta al teléfono—. ¿Sigues ahí? ¿Son correctos los datos?

El dolor arremete, se vuelve cada vez más tangible. Algo afilado me atraviesa el cuerpo, me desgarrar la piel.

—Sí —digo—. Sigo aquí. Y son correctos.

El dolor me provoca escalofríos por todo el cuerpo, se me nubla la mirada. Me obligo a bajar la cabeza y mirar mi puño apretado. Entre los dedos, sobre los nudillos, asoma la sangre. Relajo la mano, la abro y me quedo mirando los pendientes que estaba agarrando. El gancho que se pasa por el lóbulo tiene una punta afilada. Ahora está profundamente clavada en la palma de mi mano.

En la distancia oigo a la agente repetir mi nombre. Asiento con un murmullo ininteligible. La mujer toma aire. Las dos nos preparamos para lo

que va a venir. Para las palabras que se van a pronunciar.

—Según nuestro registro, Greta, no estás casada ni tienes hijos. No hay ningún marido ni ninguna hija en tu vida. Nunca los ha habido.

Será mejor que hable claro. No soy como el resto de la gente, no soy normal ni fiable de esa manera en que las personas lo suelen ser. Pero al menos tengo suficiente conciencia de mí misma para darme cuenta de ello. De vez en cuando, en distintos periodos de mi vida, he buscado ayuda psicológica. El patrón siempre ha sido el mismo. Espero hasta el último momento, hasta que estoy al borde del precipicio y mi vida está a punto de desmoronarse. Es entonces cuando pido ayuda. Acudo cada vez a un psicólogo nuevo. Nunca repito.

Una vez a la semana, en ocasiones con más frecuencia, me siento en una butaca gastada por la que han pasado numerosas almas en pena antes que yo, y donde otras tantas se sentarán cuando yo ya no esté. Las consultas nunca son las mismas, pero son siempre iguales. Una cara dulcemente comprensiva en la butaca de enfrente, una cajita con pañuelos de papel sobre la mesa que nos separa. Y hablamos. Bueno, «hablamos»... En general se espera que sea yo quien hable, la que explique y profundice en las cosas. Ponerme del revés a mí misma.

Con cada nuevo psicólogo cruzo los dedos para que esta vez, por fin, sea diferente. Cruzo los dedos para que la persona que tengo delante sea más audaz que las anteriores. Que no se contente con preguntar qué pasó realmente con mi padre, y luego espere a que le dé yo las respuestas, sino que sea lo bastante valiente como para finalmente mirarme a los ojos y decirlo en voz alta. Decirme que lo ha entendido, y luego contar la verdad. Para que no tenga que hacerlo yo. Alguien tiene que ayudarme y liberarme, yo sola no soy capaz. Pero nunca es así.

Suele durar unas cuantas semanas, a veces incluso un par de meses. Para entonces ya hemos alcanzado el umbral del dolor, o mejor dicho, nos movemos en círculos inútiles sin hacer ningún progreso.



El psicólogo se inclina hacia delante en su butaca y formula pacientemente la pregunta de rigor: «¿Y qué pasó después?». «Se me escapa», insisto yo, y las caras dulces y comprensivas se ponen tensas. Se echan hacia atrás, prueban con otro ángulo, hacen nuevas preguntas. «¿Qué piensas de...?». «¿Qué es lo que hace que tú...?». Solo preguntas, nunca conclusiones. Así que pago la factura, digo que ya me encuentro mucho mejor, salgo tranquilamente de la consulta y no vuelvo nunca más. Ellos nunca protestan, siempre me dejan ir.

Solo una ha intentado retenerme. Literalmente.

Fue hace muchos años, antes de conocer a Alex. La psicóloga era una mujer rubia, no mucho mayor que yo. Recuerdo haber pensado varias veces que había algo frágil en ella, pero cuando me levanté para anunciar que con esa sesión ya había terminado, que no pensaba volver a verla, ella me agarró de la muñeca y me retuvo. Con suavidad, pero con una firmeza asombrosa.

—Si lo dejas ahora no habrás aprendido nada de ti misma, no habrás conseguido ninguna herramienta nueva con la que enfrentarte ni al pasado ni al futuro. La próxima vez que experimentes un suceso abrumador o sorprendente, el patrón se volverá a repetir.

Permaneció sentada en la butaca, y cuando bajé la mirada me fijé en que llevaba un vestido de manga corta. Era pleno verano y en la consulta hacía calor. Aun así, había algo en aquel vestido que me llamó la atención. Arrugué la frente.

—Siempre vas con blusas y chaquetas —dije—. Nunca te había visto con algo que no fuera de manga larga.

Ella negó lentamente con la cabeza, como para mostrar que no me dejaría cambiar de tema.

—Vas a estar cada vez peor —siguió diciendo—. Y corres el riesgo de acabar desequilibrada. Si la cosa se agrava, un estado mental así puede tener consecuencias muy desafortunadas. Tanto para ti como para la gente que te rodea.

Podría haberme zafado de su mano y marcharme hecha una furia. No lo hice.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué cosas horribles podría inventarme?

—A una edad muy temprana aprendiste a emplear ciertas estrategias en situaciones de crisis. De adulta estás repitiendo esas mismas estrategias, incluso cuando no son funcionales.

—¿Qué os pasa a los psicólogos? ¿Por qué no podéis hablar de manera que se os entienda?

Ella me miró impasible.

—Vale. Te hablaré claro. Lo que creo que podrías «inventarte» son las mismas cosas que hacías de pequeña. Cuando estabas en *shock*, cuando sufrías... adversidades.

Una sensación de calor burbujeó por debajo de mi piel, y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¿Mentiras?

—Sí. O algo peor.

Me quedo mirando la sangre que rezuma entre mis dedos y me baja por la muñeca, noto que toda la mano me palpita de dolor y siento la palma pegajosa sobre el volante. Ya no puedo entender mis propios motivos, ya no recuerdo cuál era mi razonamiento cuando me presenté en la comisaría, y mucho menos consigo formular un solo pensamiento sensato.

Es como si los últimos resquicios de razón me abandonaran al mismo ritmo que la sangre que brota de la herida en mi mano. ¿Estoy perdiendo el control por completo? ¿Es esto lo que se siente en los segundos previos al colapso? ¿Qué diría la psicóloga rubia, de cuya consulta fui capaz finalmente de marcharme, si me viese ahora? «¿Qué te había dicho?».

La carretera a Marhem, de vuelta a la cabaña. No sé cómo lo logro, pero de alguna forma consigo hacer todo el trayecto sin acabar en la cuneta ni chocar con ninguno de los coches con los que me cruzo. Acelero y freno, pongo intermitentes y giro, como si fuera una conductora normal, como si no hubiese pasado nada.

Cuando al fin aparco en el mismo sitio de antes, en el camino de gravilla delante de la cabaña, veo que dentro del coche hay sangre por todas partes. Sangre pegajosa por todo el volante, sangre en el salpicadero, sangre en los bordes de las mangas de mi blusa y manchas brillantes en la tela clara de mis pantalones pirata. Pero por lo menos ha dejado de correr y empieza a coagular. «No hay ningún marido ni ninguna hija en tu vida. Nunca los ha habido». Niego con la cabeza para mí. Ha sido una mala idea ir a la policía, debería haberlo visto antes. Debería haber entendido que podría superar la situación yo sola.

Giro la llave y el motor se apaga. Con la cara vuelta hacia la ventanilla del copiloto, me quedo mirando el camino. La otra noche había otro coche aquí, junto al mío. Creo que no llegó a aparcar del todo, al menos tuvo el motor en marcha todo el tiempo. Su grave zumbido retumbaba como una línea de bajo

sobre la que se alzaba la voz alterada que oí por la ventana entreabierta. ¿Alterada? Más bien histérica. Y... ¿voz? Más bien un grito, un chillido de dolor y rabia. Un escalofrío me recorre el cuerpo. ¿Debería preocuparme? La persona que gritó debió de fijarse en mi matrícula. Y a lo mejor, a pesar de su estado nervioso, memorizara las letras y las cifras, la combinación que designa específicamente a mi vehículo. La combinación que permite identificarme.

Estiro el brazo para coger el bolso del asiento de al lado, recojo todas las cosas que han caído de su interior hace un rato y las vuelvo a meter. Noto tirantez y tensión en la palma de la mano y hago una mueca, voy con especial cuidado con los pendientes. «La persona que se quedó y la que se fue». Luego no le pregunté a Alex por la visita nocturna, pensé que yo misma podría juntar las piezas y entender lo suficiente. Ahora noto la duda royéndome por dentro. ¿Qué es lo que creí que iba a entender, yo, que ahora mismo parezco incapaz de seguir el más simple hilo de pensamiento?

Me veo de nuevo de pie en el recibidor, sobre el felpudo verde un tanto sucio de tierra. Me quedo ahí un rato, sin quitarme los zapatos, solo escuchando. Al principio reina el silencio. Después se oye algo en el salón. Pasitos amortiguados, cautelosos. Escucho y espero. Sé quién se acerca. Cuando Tirith aparece ante mi vista hay algo en mí que se relaja y se dulcifica. Me pongo de rodillas y extendiendo ansiosa las manos para cogerlo. El pelaje del gato se siente suave bajo la caricia de mis dedos y me percató de cuántas ganas tenía de esto, del contacto físico. Estas últimas veinticuatro horas. Toda mi vida.

Acaricio el lomo de Tirith y le rasco detrás de las orejas mientras él ronronea agradecido. Me lame los dedos y olfatea hasta encontrar la herida en la palma de mi mano. Parece sorprendentemente interesado. Una y otra vez aprieta el hocico con suavidad contra la sangre coagulada. Luego parece tomar una decisión y, con lametones largos y concienzudos, empieza a limpiarme la herida con su lengua rasposa. Al principio le dejo hacer. Pienso que ahora estamos unidos para siempre, el gato y yo. Hemos dejado el pasado atrás y no sabemos nada del futuro, pero en este preciso instante nuestros seres se fusionan. Su saliva y mi sangre.

Luego me mira con sus ojos amarillos estrechos como ranuras, y en un impulso retiro la mano. Me levanto poco a poco. Tirith. Un nombre extraño para una mascota. Se le ocurrió a Alex. Recuerdo cuando me contó lo que significaba. «Guardián». Sin dejar de mirar al gato blanco y negro, busco con

la mano el pomo que tengo detrás y abro la puerta de la calle. Nos miramos fijamente, Tirith y yo, uno inquisitivo, la otra tensa.

—Bueno —digo al fin, con una voz tan ronca que tengo que aclararme la garganta antes de poder continuar—. Hora de salir a dar una vuelta. ¡Adelante!

El gato despega sus ojos de mí, enseguida se olvida de su desconcierto sobre la abrupta interrupción de las carantoñas y sale caminando tranquilamente. Cierro la puerta con llave. Cuando me vuelvo, mi mirada va a parar a unos de los colgadores bajos del recibidor. La angustia que se clava en mi pecho es tan intensa que me quedo sin aire.

La pequeña prenda de ropa que está ahí colgada. La cazadora vaquera de una niña de cuatro años. Me desplomo en el suelo. La magnitud de lo inconcebible vuelve a caer sobre mí con todo su peso. «No puede ser verdad».

Me froto los ojos, y solo cuando veo las rayas negras de rímel húmedo en la piel de mis manos me doy cuenta que estoy llorando. «Smilla. Lo siento».

Pero no hay perdón posible y la sensación de ser una hipócrita, una embustera, vuelve a apoderarse de mí. ¿Para qué tanto buscarla? La culpa sigue siendo mía, me oprime con fuerza en el pecho junto con los pensamientos de todo lo que podría haber hecho de forma diferente. Lo que debería haber hecho. Lo que no debería haber hecho. «Si tan solo...». Entonces ella a lo mejor seguiría aquí.

Al final tengo que pellizcarme fuerte, en las mejillas y en los brazos, para poner fin a todo lo que se me pasa por la cabeza. ¿Por qué mi mente se empeña en vagar por esos derroteros? Como si todo hubiera acabado, como si fuera demasiado tarde. Como si Smilla estuviera... De pronto, la angustia y los sentimientos de culpa se esfuman. En su lugar, brota una enorme oleada de rabia. Con un movimiento furioso lanzo el bolso contra la puerta del armario.

—¡Yo te maldigo! —bramo—. ¿Qué has hecho con ella?

Pero las palabras no alcanzan más oídos que los míos. Tampoco queda claro a quién van dirigidas. O al menos no es algo que esté preparada para decir en voz alta. Aún no me he adentrado tanto en las sombras.

Se acabó. Se ha ido. Yo estaba allí sentada y la sujetaba mientras la vida abandonaba su cuerpo. Y después... después seguí allí sentada. No quería apartarme de su lado, no quería dejarla allí, pero al final no tuve más opción.

Ella era mi ancla, pero cuando las amarras fueron cortadas en pedazos, cuando los brazos fueron arrancados de su puerto seguro, entonces todo se desmoronó. Ahora voy a la deriva. La sólida base sobre la que descansaba mi vida ha dejado de existir. Las palabras que resuenan en mi cabeza son más ciertas que nunca. «Sin mí no eres nada».

Mientras floto a la deriva, mecida de aquí para allá por las olas de la desesperación, invoco a menudo tu imagen.

A veces te acercas tanto que pienso que puedo extender una mano gélida y chorreante para tocarte. Cuando lo hago, noto que estás temblando.

Cerca se oyen pasos rápidos y voces bajas, pero solo soy vagamente consciente de ello. Hay otras cosas que son mucho más tangibles. Como el hecho de que las paredes están a punto de derrumbarse a nuestro alrededor. Sí, lo veo, aunque nadie más parece darse cuenta ni entenderlo. Todo se está desmoronando, desintegrando. Primero fue la vida de ella. Y ahora la mía.

Abro la boca, pero el grito se niega a cobrar forma, todavía no. Aun así, puedo sentir que está ahí fuera, que se está acercando.

Algo nuevo va a tomar el control, una voz nueva, un yo diferente. Un puño apretado. Un grito de rabia.

Tampoco tu vida podrá seguir siendo lo que fue. También tú verás sacudidos tus cimientos. También tú serás aniquilada.

Mi cuerpo se dirige a alguna parte y yo voy con él. Bajo por el estrecho sendero hasta el embarcadero. Es como si mis pies percibieran que tengo dificultades para mantener la entereza, como si hubiesen tomado las riendas y me llevaran hacia delante, me guste o no. Piedras y raíces, matas de arándanos y helechos. Todo me resulta tan familiar. ¿Cuántas veces he hecho este camino y cuándo fue la última vez que pasé por aquí? ¿No ha sido hace muy poco?

Ya me estoy acercando al lago, el suelo se vuelve más pantanoso y el musgo se extiende por todas partes. Por cierto, ¿no hay más musgo de lo habitual aquí? Cubre las piedras, trepa por las raíces y se extiende por los troncos caídos. Parece estar engullendo todo cuanto lo rodea, lenta pero inexorablemente. También hay algo en el color, el matiz de verde musgo es tremendamente intenso. Casi brillante. No parece natural. Como si hubiese sido manipulado con algún programa informático. ¿Qué fue lo que Alex me susurró en el sueño? «¿No creerás que nada de esto es real? Son todo imaginaciones tuyas».

Las náuseas vuelven. Alex. Su voz, que todavía resuena en mi cabeza. Sus manos, que aún me queman la piel. Y los recuerdos, todos los recuerdos acumulados en un oscuro rincón de mi conciencia.

Una vez que Alex entró en mi vida, todo fue muy deprisa. Los sentimientos que prendieron eran tan intensos que los bordes no tardaron en chamuscarse y cubrirse de hollín. Nos aproximamos, pero era una cercanía distinta a la que me había imaginado en mis noches solitarias sentada a la mesa de la cocina o en el sofá viendo la tele. Y es cierto que él me veía, pero lo hacía con una mirada también distinta a la que me había parecido vislumbrar en el coche aquella primera vez que me llevó a casa. Hablábamos muy poco, la intimidad que compartíamos era, a grandes rasgos, exclusivamente física. Yo no tenía con qué comparar, así que recurría a lo que

había leído y escuchado. Supuse que al principio debía de ser así para todo el mundo. Que enamorarse debía de ser eso.

Aun así, sentía que quería algo más. Pero no sabía el qué, nunca logré expresarlo con palabras, y Alex tampoco me preguntó. Se limitaba a mostrarme qué era lo que esperaba de mí. Como aquella vez que me desperté porque él estaba intentando penetrarme. Cuando, somnolienta y asustada, empecé a gritar y él me tapó la boca con la mano. Me miró al fondo de los ojos, me abrazó fuerte y siguió moviendo su cuerpo contra el mío.

—Te veo —dijo—. No tengas miedo. Estoy aquí y te veo.

Y yo sabía que era cierto. Ya no estaba sola. No con Alex mirándome. Yo cobraba vida bajo su mirada, era él quien me convertía en real. Así que me entregué. Dejé que me mostrara el camino, acaté.

Subo a la barca, noto que oscila bajo mi peso. Mantengo el equilibrio, compensando el movimiento de vaivén, y cierro los ojos en un intento de reprimir las náuseas.

Fue el incidente de la ventana lo que marcó, de forma dolorosa, la transición de la pasión ciega a otra cosa. Nos hallábamos en el salón de mi piso y yo estaba desnuda, Alex acababa de quitarme la ropa. Él aún estaba completamente vestido cuando hizo que me diera la vuelta, me agarró fuerte por los antebrazos y me obligó a cruzar la estancia. Al principio pensé que nos dirigíamos al sofá, pero entonces comprendí que me estaba empujando hacia la ventana. Una de aquellas ventanas altas y estrechas sin alféizar ni cortinas. Empezaba a anochecer y estaba oscuro tanto fuera como dentro, pero de pronto Alex encendió la lámpara del techo.

Me quedé de piedra y me reí un tanto ruborizada, susurré algo sobre que podían vernos desde fuera. Él no contestó, y cuando miré por encima de mi hombro y vi la expresión de su cara, la risa se me atragantó. Entonces sí que traté de resistirme, pero ya era demasiado tarde. Él era mucho más fuerte que yo, y enseguida mi cuerpo desnudo se vio presionado contra el frío cristal, totalmente expuesto a los vecinos del edificio de enfrente y a los transeúntes que pasaban por la calle. Alex me sujetaba el cuello con una mano y las muñecas con la otra, y recuerdo estar allí de pie, con los pechos aplastados y la nariz doblada en un ángulo doloroso, tratando de entender por qué. ¿Por qué hacía eso? ¿Cuál era el objetivo? Si era otro de los juegucitos que tanto le gustaban, ¿por qué sus dedos se hundían tan fuerte en mi nuca?

Tal como lo recuerdo, rendirme, dejar de resistirme, no fue una decisión consciente. Solo me acuerdo de que mi cuerpo se volvió flácido, que dejó de hacer ningún esfuerzo por escapar. En cuanto Alex se percató de ello, tiró de

mí hacia atrás, me empujó sobre el sofá y se bajó los pantalones. No me miró a los ojos. A lo mejor por eso no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que todo hubo terminado. Recuerdo que casi estaba sorprendido con mis lágrimas, no comprendía por qué estaba tan trastornada. Él dijo que le excitaba saber que alguien podía verme, que con un cuerpo tan bonito como el mío no debería avergonzarme. No dijo nada de querer humillarme ni hacerme daño. Aun así, puede que notara algo en mis ojos, un atisbo de desagrado o duda. Al día siguiente llegó un mensajero a mi trabajo con el ramo más grande de rosas de tallo largo que haya visto jamás. «De alguien que adora los misterios. Sí, adora. No me dejes nunca».

El agua está en calma, la superficie parece un espejo. Siento que no está bien destrozarse la calma con el ruido del motor, así que opto por remar. Avanzo penosamente. Da la sensación de que el agua se resista, como si solo cediera a regañadientes a las paladas de los remos. Las olas chapalean oscuras a los costados de la barca, susurran y sisean. Me inclino hacia delante para hacer más fuerza, el sudor empieza a brotar en mi espalda. Me escuece la herida en la mano, pero no hago caso del dolor. El tiempo que he pasado con Alex me ha hecho buena en eso.

Por fin, cuando ya estoy cerca de la isla, pienso en atracar en el sitio de siempre. Donde Alex amarró la barca antes de que él y Smilla se marcharan a su aventura. El sitio donde yo misma amarré cuando volví para buscarlos. ¿Cuántas veces van ya? La cabeza me da vueltas; todo se mezcla y se confunde. Me da la sensación de que hace tanto tiempo que vine por última vez, y aun así... aun así es como si acabara de estar aquí.

Lo primero que veo son las barcas. Dos botes de remos que cabecean en el agua que bordea la isla. No están en el sitio donde yo pensaba desembarcar, sino en el lado opuesto. Al instante siguiente descubro al grupo allí congregado, los cuerpos que se perfilan sobre la hierba como sombras oscuras entre los árboles. Comprendo al momento quiénes son y me quedo de piedra en mitad de una remada. La barca sigue deslizándose en un último y lento movimiento, y luego se queda completamente inmóvil sobre las aguas encantadas. Distingo voces roncas que conversan, alguien que se ríe o tose. Y luego, de repente, un grito agudo.

Se me encoge el pecho. Debería dar media vuelta y regresar a casa. Desaparecer sin que nadie me haya visto. No lo hago. Mis brazos y mis manos se mueven como por voluntad propia. Con cautela, empiezo a remar de



nuevo hacia la isla, inclinándome sobre los remos. El pulso se me acelera con cada movimiento. Las palabras que me dijo el hombre de la casa grande de color marrón resuenan en mi cabeza. «Algunas noches arman mucho jaleo. Bajan al lago, a veces van a la isla. Hay que mantenerse lo más alejado posible de ellos». El resplandor de las llamas indica que los adolescentes han hecho fuego. Me viene a la mente la primitiva hoguera que descubrí cuando rastreaba la isla, la lona verde y el colchón sucio. Las latas vacías de cerveza, las colillas y el condón usado. Y la ardilla destripada.

Ahora estoy cerca. Si alguno de ellos mira hacia aquí me descubrirán. En ese mismo instante se oye otro grito. Esta vez es más fuerte, más penetrante. Es un grito de dolor. De pánico. Me atraviesa, liberando un torrente de imágenes. Violentas. Salen a borbotones, descontroladas, sin ningún tipo de orden, pasan a toda velocidad sin que pueda hacer nada por detenerlas. Son imágenes de mí y de Smilla y de la chica del pelo largo. Imágenes de manos, ahora delicadas, ahora duras. Y de objetos, implacablemente afilados y traicioneramente blandos. Manos y objetos que se usan para someter, para hacer daño.

—¡Parad! —chillo lo más alto que puedo—. ¡Por favor, parad!

Estoy de pie en la barca, me he levantado sin saber cómo ni cuándo. Alguien suelta un grito, varios se levantan de un salto en la hierba o aparecen de detrás de los arbustos. Hasta ahora no me doy cuenta de que son muchos. Muchos más que esta mañana. Puede que el doble. En el centro hay una figura alta con los brazos en jarras. No se mueve y su rostro queda oculto en la penumbra, pero sé que me está mirando fijamente. Que he captado toda su atención.

—¿Dónde está ella?

Mi voz suena tan rasposa que apenas se entiende. El joven de la perilla trenzada no contesta, a lo mejor no ha oído mi pregunta. O bien le da igual. De repente, de forma inesperada, me siento al borde de las lágrimas.

—Por favor —vuelvo a gritar, esforzándome por que no me falle la voz—. No le hagáis daño.

El de la perilla se vuelve hacia una de las figuras que tiene al lado. Lo oigo hablar en voz baja y grave, pero no logro distinguir las palabras. En cuanto calla, se oye una risotada burlona. Un brazo se mueve por el aire. Al momento, algo pasa silbando a mi lado y cae con un chapoteo en el agua a mi espalda. Una piedra. Y luego otra. Esta vez impacta en la proa de la barca.

Mi mirada se desplaza nerviosamente por el grupo de chavales. Buscando la figura de una niña. «Sé que está ahí en algún sitio. ¡Tengo que salvarla!».

Pero pronto empieza a caer una lluvia de piedras sobre la barca y el agua, y me veo obligada a levantar los brazos para protegerme. Me parece ver una o dos siluetas dirigiéndose a los dos botes y comprendo que ya no tengo elección. Mis manos se mueven a toda prisa, el motor arranca con un traqueteo. La barca traza un arco de ciento ochenta grados y empiezo a alejarme de la isla, de vuelta por las aguas de La Bruja.

—Mantente alejada de aquí. Si no, te pasará lo mismo que le ha pasado a...

No logro oír el final de la amenaza, porque justo en ese momento algo duro y puntiagudo me acierta en el omoplato. Noto una quemazón y me veo empujada hacia delante. Aumento la velocidad, noto el pulso retumbando en los tímpanos.

Me da la sensación de que tardo una eternidad, pero al final llego de nuevo al embarcadero. Amarro la barca y me levanto con piernas temblorosas, solo para dejarme caer otra vez. Me quedo mirando la piedra que yace en el suelo. Es grande y tiene cantos afilados. Si me hubiera dado en la cabeza... Si esa era la intención... Un pequeño escalofrío me recorre la piel.

Lo que debería hacer es volver corriendo a la cabaña, encerrarme con llave y esconderme.

No parece que me hayan seguido, pero si esos chicos aparecieran de golpe y me encontraran aquí... Mis temores se diluyen en la nada. El miedo no consigue afectarme. «¿Significa eso que se ha terminado? —me pasa por la cabeza—. ¿Por fin ha acabado todo?».

Al segundo siguiente me asalta otro pensamiento. Mis manos acarician instintivamente mi vientre, se posan protectoras sobre el ser que se está gestando dentro. Hace un par de semanas salí de la clínica con el informe de la doctora resonando en los oídos. Y recuerdo perfectamente lo que pensé. «No es como con Smilla. Esto es distinto, algo totalmente nuevo». El mero hecho de pensarlo hizo que las emociones se exacerbaban en mi interior. Euforia. Culpa. Pavor.

No se lo conté a Alex. No compartí con él la noticia hasta que llegamos a Marhem. Cuando estábamos cenando, rechacé el vino y me lo quedé mirando, a ver si lo entendía. Alex me sostuvo la mirada un buen rato, su rostro impassible.

—Entiendo —dijo al fin, y me cogió la mano.

En aquel momento lo vi tan tierno y cariñoso, que incluso llegué a pensar que por qué no. Quizá podría funcionar. Quizá si yo...

—¿Has pedido cita?

Fue por el tono de su voz. Comprendí al instante de qué estaba hablando. Que no se refería a pedir cita con el obstetra. Abortar. Alex quería que me deshiciera de nuestro bebé. Agaché la cabeza y me tragué la comida que tenía en la boca sin apenas masticarla.

—Lo haré —respondí luego—. En cuanto volvamos de las vacaciones.

Alex me dio un beso y cambió de tema, como si nada, se sirvió más comida en el plato. Después de la cena, me dio sus instrucciones, me llevó al dormitorio y cerró la puerta.

Más tarde esa noche, yo seguía despierta, con el cuerpo demasiado dolorido para poder dormir. Me dolían todos mis nervios y músculos. Oí el coche rugiendo fuera y la voz que gritaba. Oí que Alex llevaba a Smilla en brazos a la habitación de al lado de la nuestra. A pesar de estar despierta, no me levanté para ir con ellos. Y cuando Alex volvió a meterse en la cama, me hice la dormida. Pero a esas alturas la decisión ya estaba tomada. Clara e indiscutible en mi conciencia.

Me paso la mano por la piel del cuello, lo palpo con cuidado. Luego me encorvo hacia delante y hundo la cara en mis manos. Al cabo de un rato los dedos se apartan por sí solos y mis ojos se deslizan por la borda. Miro las aguas que lamen los costados de la barca, me quedo absorta en su oscuridad impenetrable. Ni siquiera aquí, tan cerca de la orilla, se puede distinguir el fondo. Las aguas se cierran, no dejan intuir lo que se esconde bajo la superficie. Mirar La Bruja es como dejarse absorber por un agujero negro. Una espiral, un túnel. Me veo transportada por ese túnel hasta que encuentro una luz circular al otro extremo. Una abertura. Y allí, en mitad del resplandor, se perfila el contorno de la cara de un hombre. «Alex». Un jadeo escapa de mis labios. ¡Está ahí!

Me inclino hacia delante, más cerca del agua, de la imagen. Entonces comprendo que lo que tengo ante mí no es un túnel, sino un pozo. Y que estoy en su fondo, mirando hacia arriba a Alex, que está de pie mirando desde el borde. Detrás de él me parece vislumbrar una sombra, alguien que se le ha acercado sin que él se diera cuenta. Alguien cuyos movimientos sigilosos pronto se canalizarán en un solo gesto, rápido y violento. Dos manos que se alzan, las palmas cortan el aire y empujan a Alex por los omoplatos, haciéndole perder el equilibrio y caer. Sin tener tiempo de girarse y ver los ojos de su homicida, cae por el borde y se precipita al vacío. Cayendo hacia la eternidad, al fondo del pozo.

¿Y hacia mí? No, yo ya no estoy ahí. Ahora estoy arriba, en el mismo sitio donde estaba Alex hace un momento. Me asomo, ladeo la cabeza y miro al interior del pozo, como si buscara a alguien que ha desaparecido. Después me examino las manos, me sacudo un hilo del jersey de Alex que se me ha enganchado en la piel. Y noto un leve dolor en las palmas de las manos, justo donde acaban de empujar con fuerza unos omoplatos duros.

Siento el cuerpo pesado y tambaleante cuando bajo a toda prisa de la barca. El suelo oscila alarmantemente bajo mis pies, pero una vez más consigo subir al embarcadero. Mientras camino hacia tierra firme, mantengo la mirada fija al frente. En todo momento. No permito que mis ojos rocen siquiera las inofensivas olitas que se forman allí abajo, no quiero arriesgarme a perderme una vez más en la absorbente oscuridad de La Bruja. Ya no puedo soportar más visiones retorcidas.

Mientras subo con paso vacilante por el sendero en dirección a la cabaña, me invaden los malos augurios. ¿Qué imágenes acaba de conjurar mi subconsciente hace un momento? Mis manos empujando, Alex cayendo en un pozo. No eran más que fantasías, por supuesto, pensamientos convulsos. Aun así, parecían muy reales. Como recuerdos borrados. Me viene a la mente el momento en que me quedé sola en la barca, contemplando las aguas mientras Alex y Smilla jugaban en la isla. Recuerdo la sensación de haber perdido la noción del tiempo. ¿Cuántos minutos habían pasado cuando recobré la conciencia? ¿Fueron minutos o pudo tratarse de mucho más? ¿Y qué pasó realmente durante ese tiempo?

Hasta este momento no había reparado en ese detalle, pero ahora me hiela por dentro. Veo la cabaña al fondo y echo a correr. Mi cuerpo protesta, cansado y débil y atormentado, pero lo ignoro y sigo corriendo como una posea. Corro para evitar pensar en el hecho de que, en cuanto me desperté en la barca, supe que Alex y Smilla habían desaparecido. Sin necesidad de buscarlos.

Cuando llego a la puerta, noto el sabor a sangre en mi boca. «Lo supe en aquel mismo instante. ¿Cómo pude saberlo?». ».

Me despierto de un sueño, un sueño sobre un arbusto. Por debajo de sus ramas asoma una pierna. Una pierna fría y pálida de una niña de cuatro años. Es una pierna que ya no se agita llena de vida, una pierna que nunca más caminará dando saltitos. Busco a tientas en la mesita de noche, encuentro una taza de té vacía y vomito dentro. A estas alturas es más saliva y bilis que otra cosa, así que no necesito algo más grande.

Cuando me giro en la cama noto la cara mojada, he estado llorando en sueños. Esta vez no me molesto en estirar el brazo y buscar, ya sé que no hay nadie tumbado a mi lado. En la mesilla relucen tenuemente los números del despertador. Es de madrugada. La noche está igual de lejos del crepúsculo que del amanecer. Oscuridad por todos lados, oscuridad mire donde mire.

Me enjugo las mejillas con una esquina del edredón y me paso la lengua por los incisivos superiores, noto un sabor agrio en la boca. Me quedo un rato así tumbada, refocilándome en mi asco y mi malestar. Mientras miro fijamente al techo me asaltan nuevas emociones, recorriendo todo mi cuerpo, una tras otra. Una persiste más que las otras. «Sola. Estoy terriblemente sola. Una vez más. ¿Cómo ha podido ocurrir?».

Mi mano se desliza por el camisón, aparta la tela y descansa sobre la piel de mi vientre. Noto un hormigueo bajo la palma y doy un respingo, pero luego lo entiendo. No son los movimientos del feto, sino las punzadas normales del hambre. Apenas recuerdo cuándo fue la última vez que comí algo, menos aún cuándo tuve apetito por última vez.

Estiro la mano por encima de la cabeza y enciendo la lamparita de la mesilla. Cuando mis ojos se acostumbran al resplandor, descubro las manchas negras en la esquina del edredón con que me he secado las lágrimas. ¿Me he acostado sin desmaquillarme antes? Me palpo las pestañas con las yemas de los dedos y un pringue granuloso confirma mis sospechas. ¿Qué hice anoche? Al parecer, ni comí ni me lavé.

Frunzo el ceño, intento recordar la noche anterior, pero no lo consigo. Lo último que recuerdo es que fui a la isla, vi a aquellos chicos y regresé a toda prisa a la cabaña. Después todo se vuelve borroso.

Me incorporo torpemente en la cama y al momento noto una sensación de ardor en el estómago. «Nueve semanas —oigo la voz de la ginecóloga—. Estás de nueve semanas. ¿De verdad que no has sospechado nada?». No, no tenía ni idea. El cansancio, insistí, un cansancio constante que no parecía remitir por mucho que durmiera, fue lo que me empujó a acudir a la clínica. Bueno, pues ahora ya tenemos la explicación, dijo la doctora, y me sonrió amable. Me fui de allí sin contárselo. Sin enseñarle las marcas en mis muslos.

Con mucho cuidado, con una mano apoyada en las lumbares, consigo ponerme de pie. Debería intentar dormirme, pero entonces correría el riesgo de sufrir otra pesadilla. Así que me dirijo a la cocina y me bebo un vaso de agua; luego voy al baño, donde orino y me lavo un poco los ojos y las mejillas. Cuando levanto la cara y me miro en el espejo, al principio me parece estar viendo a mi madre. Doy un respingo y me echo hacia atrás. Luego reparo en la sombra oscura en mi cuello, la tapo con la mano y giro la cara para no tener que verla. ¿Cuánto nos parecemos realmente, mi madre y yo? ¿Podría haber sido ella, la de aquí? En ese caso, ¿qué habría hecho?

Me dejo caer sobre la tapa del váter. Mamá... Me ha llamado varias veces más, pero cuando he visto el número no lo he cogido. Porque ¿qué tenemos que decirnos? Nada. A lo mejor ella piensa lo mismo. En cualquier caso, no ha dejado más mensajes de voz. Aparte de los intentos esporádicos de mi madre de ponerse en contacto conmigo, no me ha llamado nadie más estos días. Nadie. Me inclino hacia delante, me rodeo el cuerpo con los brazos. «Sola, siempre tan sola». Luego endezco de nuevo la espalda, me obligo a levantar la barbilla. ¿Por qué iba nadie a llamarme? Estoy de vacaciones. ¿Quién iba a querer molestarme?

Además, yo tampoco he intentado hablar con nadie. Excepto con Alex. A pesar de haberme dicho varias veces que no merece la pena, de vez en cuando lo llamo. No porque me espere que de pronto vaya a responder. No lo espero. A estas alturas, ya estoy más o menos convencida de que nunca lo hará. De que su teléfono está en algún sitio donde nadie puede oírlo sonar.

Finalmente salgo del lavabo y camino con aire furtivo a través de la oscuridad. Como una intrusa, una desconocida. Aquí no estoy en mi casa. Es como si la cabaña lo presintiera, las paredes parecen cobrar vida y se inclinan ansiosas hacia mí. Ansiosas o amenazantes. Me acerco al salón. Así en la penumbra se percibe distinto, en las paredes se ven formas amenazadoras, en

los rincones hay figuras retorcidas y acechantes. Con un movimiento rápido alargo la mano y le doy al interruptor, y las sombras encorvadas y hostiles adoptan forma de muebles. El mismo sofá raído, la misma mesita de centro y los mismos sillones dispares de siempre.

En los cristales de las grandes ventanas que dan al porche y el jardín, me encuentro con una versión invertida de la estancia. Como un universo propio iluminado, envuelto en oscuridad. Veo la lámpara del techo y los muebles ajados, incluso intuyo los cuadros abstractos de las paredes. Y en el centro de la sala me veo a mí misma, mi reflejo. Una figura borrosa en camisón blanco, con dos tensas manchas oscuras por ojos. Luego la veo también a ella. La otra.

Sé que es una mujer por la forma del cuerpo. Pero es más delgada que yo, más delgada y angulosa. Y mientras que yo estoy de pie bajo la luz de la lámpara, ella está sumida en la oscuridad. Me la quedo mirando y pienso que sé quién es. Que soy yo. Una versión más inocente de mí misma. Es la niña que quedó cuando papá desapareció, la chica que fui antes de Alex. Por un breve instante, el reflejo de mi yo anterior en el cristal se me antoja completamente real, de algún modo confortador.

Después recobro la conciencia. «Mira a tu alrededor», me exhorta. Obedezco. Los muebles, los cuadros, la sala, todo está iluminado. Yo también. Pero ella, la otra, solo se percibe como una presencia oscura. Es porque no se encuentra bajo la luz. No está aquí, de pie en el salón. Está fuera. En el porche. Mirando al interior de la cabaña.

Yo era la eterna espectadora. La que se quedaba fuera mirando adentro, la que escuchaba a escondidas cuando su madre lloraba al teléfono con Rut, y la que espiaba a sus padres cuando discutían. Pero aquella noche, la última, finalmente me convertí en participante activa. En lugar de volver a hurtadillas a mi cuarto, entré en el dormitorio de mis padres, movida por una fuerza más poderosa que nada de lo que hubiera experimentado en mis ocho años de vida.

—Sé lo que le hiciste a Greta. Pegar a tu propia hija... ¿cómo pudiste?

La devastadora acusación hizo resurgir el suceso que yo había tratado de reprimir con todas mis fuerzas. Me habían ordenado que lo mantuviera en silencio. Y de pronto se había convertido en un arma arrojadiza en el conflicto de mis padres. Mulle se quedó tirado en el suelo, allí donde se me había caído, mientras yo arrastraba los pies hacia el dormitorio de mis padres. Allí dentro la bronca continuaba. Pero ya no era la bofetada, el hecho de que uno de los dos le hubiera puesto la mano encima a su hija, lo que estaba bajo el foco del acalorado intercambio de palabras. Había algo más, otra cosa.

Qué rápido habían avanzado mis padres, con qué facilidad habían dejado atrás mi conmoción, mi dolor y mi humillación. Todo cuanto me había visto obligada a soportar: reducido a un simple golpe en una bronca, un par de segundos de su tiempo y atención. Allí de pie en el pasillo me invadió el sentimiento, me poseyó. Me puse... sí, solo hay una palabra que describa lo que sentí. Me puse furiosa.

Tardaron un rato en verme. O, mejor dicho, cuando me vieron ya era demasiado tarde. Papá estaba demasiado ocupado en lanzarle verdades a la cara a mamá como para siquiera percatarse de mi presencia. Mamá estaba medio de espaldas, pude ver cómo la expresión contenida de su rostro se iba diluyendo poco a poco hasta que solo quedaron una boca abierta y dos ojos



desesperados. Incluso entonces papá siguió con lo suyo, aún tenía más veneno que escupir, más flechas hirientes que disparar.

Me quedé plantada, mirándolos, y en aquel momento ocurrió algo, algo que cambió allí mismo ante mis ojos. Mi padre. El que venía con regalos bonitos y jugaba conmigo, el que decía que era preciosa y me hacía bromas en la cocina mientras preparaba el desayuno. Ese padre estaba ahí en alguna parte, bajo las capas de insultos y mofas, mentiras y traiciones. Pero yo ya no podía verlo. El hombre que estaba sentado en el alféizar era otra persona. Un hombre malvado. Un hombre cruel. Alguien que torturaba a mi madre. Que hacía de su vida un infierno. Y cuando volví a pensar en aquel bofetón, de pronto sentí algo distinto en mi interior.

Di un paso al frente. Me lancé hacia mis padres en un único y violento impulso. ¿Quién hizo el primer movimiento? ¿Quién hizo qué? «Se me escapa».

Más tarde, estaba sentada en mi cuarto, esperando. Anestesiada por el *shock* y la vergüenza. El personal sanitario de la ambulancia entraba y salía. La policía entraba y salía. Cuando se marcharon, se hizo el silencio. Antes de que abandonaran el piso, oí que le decían a mi madre que estaría bien que le pidiera a alguien que viniera a hacerle compañía, que ellos podían ayudarla llamando a alguien. Yo no necesitaba oír la respuesta de mi madre para saber lo que diría. No había nadie a quien llamar. Nadie. La gente uniformada salió y cerró la puerta, nos dejaron a mamá y a mí solas en el piso. Como ella ya no gritaba ni lloraba, sino que estaba tranquila y quieta en su habitación, pensaron que vendría a cuidar de mí cuando se hubieran marchado. Pero ella no vino. Me quedé allí sentada, sola.

La situación no cambió hasta que Rut vino a vernos. La oscuridad duró una eternidad. Se hizo la claridad fuera, luego oscuro de nuevo. De pronto, Rut estaba en nuestro pasillo. Me dijo algunas palabras, no recuerdo el qué, y luego se quedó de pie ante la puerta cerrada de lo que ahora era solo el dormitorio de mi madre. Vi su espalda enderezarse cuando respiró hondo antes de llamar con los nudillos. No pude oír nada de lo que decían allí dentro. Pero al cabo de un rato Rut volvió a salir, pálida como un cadáver. Pasó a toda prisa por delante de mi puerta, me dirigió una mirada horrorizada y desapareció. Fue la última vez que la vi.

Poco después mamá estaba delante de mí, apoyada en el marco de la puerta. Pestañeé, apenas podía creérmelo. Por fin había venido a mí. Se me acercó, tensa, y me acunó en su regazo. Cerré los ojos, sabía lo que iba a pasar. Íbamos a hablar. Íbamos a hablar largo y tendido de culpa y

arrepentimiento, de responsabilidad y perdón. De justicia. Y de castigo. Yo estaba temblando, ya estaba llorando. Al mismo tiempo, sabía que no había forma de eludirlo. No había otro camino posible.

—Bueno —susurró mamá—, se acabó. Saldremos adelante, tú y yo. Y nos mantendremos unidas. Puedes confiar en mí.

Esperé, pero eso fue todo. Consternada, alcé la cabeza y miré a mamá a los ojos. Ella también me miró, seria, hasta que entendí que eso era todo lo que pensaba decir. Y que tampoco esperaba que yo dijera nada. Lo ocurrido —«eso tan terrible» que había ocurrido— sería nuestro secreto, tanto suyo como mío. Nadie pediría perdón, ni ahora ni en ningún otro momento. En silencio, mamá extendió su mano hacia mí, con la palma hacia arriba.

Me la quedé mirando, llena de sentimientos encontrados. Era como si estuvieran oprimiéndome y liberándome al mismo tiempo. Sentía el peso. Pero a la vez también notaba el alivio. Solo tenía ocho años, era demasiado pequeña para tomar una decisión. Y aun así elegí. Puse mi mano sobre la de mi madre. A partir de ese momento, solo nos teníamos la una a la otra. E íbamos a mantenernos unidas, tal y como ella había dicho. Íbamos a mantenernos unidas a toda costa.

Unas nubes claras tapan el sol y una fina neblina cubre todo Marhem. Deslizo la puerta acristalada del porche y echo un buen vistazo alrededor antes de salir al jardín. El césped está húmedo, debe de haber llovido durante la noche. No tiene sentido buscar huellas, pero lo hago de todas formas. Mastico una galleta rancia para atajar las náuseas. Mientras mi cuerpo se mueve por el jardín, mi mirada inspecciona el césped. Al mismo tiempo es como si me observara a mí misma, sorprendida de mi comportamiento tranquilo y sereno, teniendo en cuenta todo lo acontecido en los últimos días.

Un parte de mí piensa que mi cerebro alterado podría haber malinterpretado lo que vi anoche, que esas cosas pueden pasar cuando estás sometida a mucha presión. Que lo que vi al otro lado de la ventana del salón podría haber sido un corzo o quizá incluso la sombra de un árbol. Pero otra parte de mí lo sabe. Sabe perfectamente lo que vi, a quién vi. Y, en cierto modo, eso me hace sentirme más aliviada que preocupada.

Me arreglo el maquillaje, poniendo especial esmero en empolvarme el cuello, y consigo comerme medio cuenco de *filmjök*. Es lo último que queda del paquete. Cojo un trozo de papel y empiezo a anotar cosas que hace falta comprar. Leche, fruta, pan. Después dejo caer el boli y me quedo mirando el papel con esas anotaciones tan banales. Si estoy pensando en comprar comida, significa que cuento con quedarme aquí. Para mi sorpresa, la idea me deja indiferente. «Muy bien —pienso—, pues vale, eso es lo que haré». Noto que algo se remueve en mi interior, que algo está a punto de pasar. Siento una especie de comezón por debajo de la piel. Como si estuviese a punto de mudarla. Pronto me desharé de mi viejo cascarón y resurgiré como quien realmente soy. La que siempre he sido pero que he intentado reprimir.

Mis ojos se posan sobre las Barbies de Smilla, que siguen tiradas en el suelo de la cocina. Distráida, observo que una de las muñecas rubias está tumbada sobre la cara de Ken, tapándole la nariz y la boca con su cuerpo. Él

tiene los brazos estirados hacia arriba, como si los estuviera agitando en busca de aire. Pero no puede liberarse. Barbie lo tiene sometido. Cierro los ojos y respiro hondo, me lleno de un nuevo vigor. Tomé una decisión difícil. Hice lo correcto, lo único que se podía hacer. No había otra alternativa. Entonces pienso en Smilla, y de golpe me invade de nuevo el sentimiento de culpa. No conseguiré deshacerme de él tan fácilmente. Hago de tripas corazón, me levanto y lanzo una nueva mirada a las muñecas en el suelo. «Tienes que dejar ir a Smilla, en el fondo lo sabes. Tienes que hacerlo».

Despacio, regreso al salón y me acerco a la ventana que da al jardín, me pego tanto que toco el cristal con la punta de la nariz. Me quedo un buen rato mirando fijamente el sitio en el que anoche vi la figura oscura. Permanezco así tanto tiempo que al final mi mirada se enturbia y se vuelve borrosa. Y al igual que el otro día, cuando estaba de pie enfrente del espejo del recibidor, de repente veo otra cara delante de mí, una que parece fusionarse con la mía. Mis ojos se funden con los suyos, y miramos directamente a la oscuridad que hay en la otra. Una oscuridad que compartimos. «Ella soy yo. Yo soy ella». A lo mejor hay algo que pueda hacer, después de todo. A lo mejor no es demasiado tarde.

Antes de salir de la cabaña, relleno el cuenco del gato que está en el suelo de la cocina. Mientras estoy en ello, me paro en seco. ¿Dónde está Tirith? Esta noche no ha dormido conmigo en la cama. Lo cierto es que no lo he visto en toda la mañana, no ha venido a recibirme con ese maullido amistoso al que ya me he acostumbrado. Me asomo de nuevo al salón, pero en el sofá no hay ninguna bola de pelo acurrucada. Entonces me acuerdo de pronto. Yo misma lo dejé salir. Pero ¿cuándo fue eso? Arrugo la frente. ¿Ayer? Debió de ser ayer. No logro recordar cuándo fue exactamente. Las horas se me mezclan en un batiburrillo, y cuanto más me esfuerzo por ponerles orden más se entrelazan y enredan.

En el camino de delante de la cabaña, las huellas que dejó en la gravilla el visitante nocturno ya son imposibles de distinguir. La lluvia ha borrado los últimos restos. Una fina capa de gotas cubre el parabrisas de mi coche, y me parece ver que alguien ha usado un dedo para conectarlas entre sí, trazando una forma. Un dibujo o un saludo. Desearía poder coger el coche para ir a donde me dirijo, pero es imposible. El camino del bosque que rodea el lago tiene tramos muy estrechos y demasiados baches. Pero me duelen las lumbares y las caderas, así que ir a pie tampoco parece una buena opción.

Detrás de la cabaña hay un pequeño y destartalado cobertizo. Allí encuentro cosas que Alex debió de guardar con la intención de deshacerse de

ellas en algún momento. Una jarra de agua oxidada, una piscinita hinchable descolorida por el sol, un remo solitario. Apoyada contra la pared hay también una vieja bicicleta. Me agacho y compruebo con los dedos el estado de los neumáticos. Parece que tienen suficiente aire, así que la saco fuera, me subo en ella y empiezo a pedalear. Paso por delante de las mismas cabañas vacías, los mismos muebles de jardín abandonados que vi ayer. La bicicleta chirría y traquetea. Cuanto más me acerco a mi destino, más fuerte me late el corazón. Y no solo por el esfuerzo físico.

No sé muy bien qué es lo que me esperaba, pero cuando llego al sitio donde me encontré por primera vez con aquellos chicos, no hay nadie. Me quedo parada un buen rato, pensando en qué hacer a continuación. Todos mis sentidos están alerta, escucho atentamente, pero lo único que oigo es el murmullo siseante del tráfico en la distancia. Al otro lado de los altos árboles que se yerguen densamente apretados alrededor del lago está la autovía que lleva a la ciudad. Resulta algo casi imposible de creer desde este lugar, un remanso alejado de la civilización.

Apoyo la bici en uno de los troncos y cruzo con cuidado la cuneta donde ayer estaba agachada la chica. A pesar de ir muy atenta y vigilar bien dónde pongo los pies, la humedad no tarda en atravesar mis zapatillas de deporte. Las sandalias de tiras y tacón siguen sin usar en el recibidor de la cabaña y la camiseta que llevo es vieja y está desgastada. Marhem me está desgastando poco a poco, está desmontando mi coraza. Me está dejando al descubierto. Ponerme rímel, polvos y colorete será pronto la única rutina diaria a la que aferrarme. Hábitos. Rituales. Una forma de resistirme, un esfuerzo desesperado para que todo esto no se me escurra definitivamente de las manos.

Finalmente llego junto al agua, justo donde se hallaba el grupo de chavales antes de que la chica me descubriera, antes de que subieran corriendo hasta el camino y me rodearan. Tiemblo solo de recordarlo, pero enseguida alejo el pensamiento. No puedo dejar que eso me frene. Un poco más allá, en la orilla, hay dos botes de remos. ¿Pueden ser los mismos que vi ayer en la isla? ¿Los que habían usado los chicos para ir hasta allí? Tienen que serlo. Me toco el hombro, noto cómo me duele en el lugar donde impactó la piedra. Doy un respingo cuando, por el rabillo del ojo, detecto un movimiento. Me parece vislumbrar una figura sombría entre los árboles, pero cuando parpadeo y vuelvo a mirar ya no está.

Una presión asfixiante me oprime el pecho. No debería estar aquí, para nada. Y aun así me quedo. Avanzo un poco. Hasta que llego a los botes. Uno

es una vieja barca de madera, el otro un bote de remos más moderno, hecho de plástico o fibra de vidrio. En su día debió de ser blanco, pero ahora el casco presenta un color gris sucio. Las desgastadas franjas pintadas en los costados debieron de ser azul marino. Algo me empuja a acercarme aún más, hasta que puedo mirar dentro. El fondo del bote está cubierto de una somera capa de agua. Probablemente de las lluvias de esta noche. Pero el agua no está clara, sino llena de estrías rojas. Debajo de la bancada de atrás hay un bulto pringoso, de color rojo oscuro, como coagulado. Del tamaño de un feto.

Retrocedo y choco contra un árbol. Solo que no es un árbol. Es una persona. Me doy la vuelta y ahí estamos, cara a cara.

—Tenía el presentimiento de que volverías —dice la chica—. Pero esta tiene que ser la última vez.

Mi primera sensación es de alivio, el mismo alivio que sentí anoche cuando vi la figura oscura en el jardín de casa. «Estás viva. No eras tú la que gritaba ayer en la isla, no era a ti a quien estaban haciendo daño». Después me da un empujón en el pecho y me tambaleo hacia atrás. Me la quedo mirando, primero sus puños apretados, luego los árboles que tenemos detrás. La chica parece leerme el pensamiento.

—Estoy sola —dice—. Pero no volverás a tener tanta suerte. Si eres lista, te mantendrás alejada. ¡No vuelvas por aquí! ¡Déjanos en paz!

Hay algo en su voz. Suena más preocupada que amenazante. Como si quisiera protegerme. Y ha bajado las manos. Mis pulsaciones se ralentizan un poco. Tengo una razón para estar aquí. Pero primero debo ganarme su confianza, mostrarle que me la tomo en serio.

—¿De qué me estás advirtiendo? ¿Qué podría pasar?

Ella resopla.

—No hay que meterse con Jorma. Debería haberte quedado claro.

Me aparto unos mechones de pelo de la cara y la miro con más detenimiento. ¿Cuántos años puede tener? Por debajo de su camisa de hombre, ni siquiera asoman las protuberancias de sus pechos. Aunque tampoco es de extrañar, teniendo en cuenta lo delgada que está.

—Jorma. ¿Es así como se llama? ¿Tu novio?

Unas manchas sonrosadas tiñen sus mejillas.

—No es mi... No es que seamos...

Me pregunto si se acostarán juntos. Luego sacudo la cabeza. Pues claro que lo hacen. Entonces se oye un chasquido entre los árboles y me quedo petrificada. Pero no aparece ningún Jorma corriendo hacia nosotras. Aún no. Trago saliva, sé que solo es cuestión de tiempo antes de que él o alguno de los otros se presenten. Debo darme prisa en transmitir lo que he venido a decir. Tengo que decirlo o reviento.

—No tienes por qué vivir así.

Mis palabras la pillan por sorpresa. Veo que pestañea y abre la boca.

—¿Qué... qué quieres decir?

Suena desconcertada, pero me percato de que sus ojos bajan hasta mi cuello, que no puede dejar de mirar fijamente. En su mirada está la respuesta, la verdad. Me acerco un paso, debo contenerme para no estirar los brazos y rodearla con ellos.

—¿Cómo te llamas?

—Greta —dice al fin.

¿Greta? Entonces también tenemos eso en común. El nombre. Incluso eso. Respiro hondo y continúo.

—Escúchame, Greta. Si te está maltratando... No dejes que se salga con la suya. Tienes que devolverle el golpe, liberarte a toda costa.

Veo un pequeño espasmo nervioso junto a uno de sus ojos.

—A mí nadie me... —empieza.

Pero soy demasiado impaciente para dejarla acabar. No tengo tiempo para evasivas.

—Di lo que quieras, pero en el fondo sabes que estás buscando una salida. Estás buscando a alguien que te pueda ayudar. Por eso viniste anoche a mi cabaña, por eso te plantaste delante de la ventana en mi jardín. Porque sabes que eres como yo.

Me doy cuenta inmediatamente de que he cometido un error, de que he ido demasiado lejos. Hasta ahora la chica ha permanecido casi inmóvil, me ha prestado atención, pero de un segundo a otro su rostro se ensombrece.

—No fue por eso —espeta.

En algún momento se ha torcido la cosa. He hablado demasiado, he dicho algo equivocado. La frágil conexión que hace un instante creí que estábamos estableciendo se desmorona. Aun así, no puedo detenerme. Sigo poseída por la idea de lo que tenemos en común, por el convencimiento de que ella me necesita.

—Estoy de tu lado —exclamo—. ¿No lo entiendes? Tú y yo tenemos mucho...

—Pero ¿tú qué coño te crees? ¡Tú y yo no estamos del mismo lado!

Su grito es tan fuerte que callo de golpe y doy unos pasos atrás. Por un instante me parece ver cómo su cara se descompone en una mueca de dolor y vergüenza, pero enseguida se desvanece para ser sustituida por una máscara dura e impenetrable. Desvía la mirada a un lado. Levanta el brazo de golpe, recto y tenso. El dedo señala iracundo algo que queda a mi espalda.



—¡Jorma ya lo sabe! ¡Sabe que lo has hecho tú!

Giro el cuello, sigo la dirección que marca el dedo, hacia los botes. Mi mirada se ve atraída hacia el bulto sanguinolento y la sangre que hay en uno de ellos. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Que he hecho qué? —pregunto con voz ronca.

—Sabemos que has estado en la isla. Nosotros somos los únicos que vamos allí. Así que tienes que haber sido tú.

Se me nubla la mirada. No respondo. Porque ¿qué puedo decir? Me quedo allí de pie, sintiendo cómo me van abandonando: las fuerzas, la confianza... La chica deja caer los brazos.

—¿Fuiste tú sola? A la isla, quiero decir. ¿Fuiste sola o había más gente?

Ahora su voz suena autoritaria. Como si se tratara de un interrogatorio. Y en cierta forma, lo es. Me doy cuenta de que da igual lo que le responda. Se me hace un nudo en la garganta y doy un paso atrás.

—No... bueno, sí. Sí, éramos yo, mi marido y mi... mi...

Me esfuerzo por terminar la frase, pero no lo consigo. Una sensación de mareo hace que el suelo empiece a girar bajo mis pies. Las mentiras se enmarañan, retorciéndose en torno a mi cuerpo y amenazando con derribarme. He estado mintiendo desde que llegamos a Marhem. A la chica y a su banda, al hombre de la casa marrón, a la policía. Ni yo misma entiendo apenas por qué. Pero no tiene importancia: el motivo es irrelevante. Lo único que importa es que ya no puedo seguir así, no puedo mentir más. Alex no es mi marido. Y Smilla no es mi hija.

—Éramos tres los que fuimos a la isla. Pero los otros dos...

«No más mentiras. A ella no». La chica está esperando. Pero al ver que no continúo, se impacienta.

—¿Qué? ¿Qué pasa con los otros dos?

¿Cómo se lo voy a poder explicar? «No regresaron conmigo. Desaparecieron». Despacio, muy despacio, continúo alejándome de espaldas del agua y de la chica, en dirección al camino del bosque y mi bicicleta. Pero mi joven tocaya me sigue. Me da otro empujón en el pecho.

—¡Confiesa! ¡No intentes excusarte! Ya sé lo que has hecho, todos lo sabemos.

Entonces me doy la vuelta. Y corro. Lo más rápido que puedo voy esquivando árboles y subo por la cuneta ayudándome de las manos. Al llegar al camino de tierra esbozo una mueca por el dolor y las náuseas, pero no me permito parar a descansar. Agarro la bici y me monto de un salto. La chica no

hace ningún ademán de retenerme. Mientras me alejo pedaleando la oigo gritar a mi espalda.

—¡Jorma se encargará de que recibas el castigo que te mereces!

Y es entonces, al oír esas palabras, cuando algo hace clic dentro de mí. Algo importante empieza a abrirse paso a través de la niebla que envuelve mi conciencia. Una revelación. Venganza, palpita en mi cabeza. Es venganza lo que él busca. Él se va a encargarse de que reciba mi castigo. Pero no es en Jorma en quien estoy pensando.

Que Alex estaba casado nunca fue un secreto. Muy al principio de nuestra relación me contó abiertamente que había una esposa y una hija en su vida. No fue algo que me molestara ni me echara atrás. Al contrario. Del mismo modo que me había mostrado muy reacia a dejar que alguien se me acercara, me resultaba igual de inconcebible dejar escapar a Alex después de que entrara en mi vida.

Antes siquiera de darme cuenta les había hablado de él tanto a mi madre como a Katinka. Mi madre me había preguntado muchas veces, esperanzada, si había algún hombre especial en mi vida. Aun así, no se alegró cuando se enteró de lo de Alex. ¿Fui yo quien dejó caer el detalle de que ya estaba pillado? ¿O fue mamá quien lo descubrió con sus preguntas? No estoy segura, solo recuerdo su reacción.

«¿Cómo puedes, Greta? ¿Cómo demonios puedes?».

Sabía muy bien lo que ella estaba pensando: que era hija de mi padre, que estaba siguiendo sus pasos moralmente reprochables. Pero yo no me sentía responsable de la infidelidad de Alex. No sentía ninguna responsabilidad hacia la mujer sin rostro que estaba sentada en alguna parte esperando a que él volviera a casa. Puestos a decir la verdad, ella me importaba un carajo. Como me importaba un carajo la reprobación de mi madre.

También Katinka se mostró escéptica, pero prometió alegrarse por mí si yo era feliz. «Feliz —pensé una noche cuando Alex y yo llevábamos cosa de un mes—. ¿Lo soy?». Giré la cabeza y miré a Alex, tendido a mi lado en el colchón.

—¿No deberíamos hablar más? ¿Conocernos mejor? ¿No es eso lo que hace la gente?

Él me miró con una sonrisita burlona.

—Como quieras —dijo—. Cuéntame algo de ti. Algo que te dé mucha vergüenza.

Se me cerró la garganta. ¿Algo vergonzoso? «Papá». Lo increíble, el suceso cuya verdad nadie ha conseguido hacerme revelar. El motivo real de que me haya pasado toda la vida manteniendo a la gente a distancia. Pero ahora estaba allí, tumbada junto a un hombre que decía verme, verme de verdad. Y de pronto me oí a mí misma hablarle a Alex de aquella noche. La ventana abierta, mi padre precipitándose a la eternidad. Cuando llegué al final, algo me hizo detenerme, guardarme los detalles más cruciales para mí misma. Pero le había contado lo suficiente.

—Pues sí que estás un poco loca, tú. Algo no va muy bien en tu cabeza.

Alex se rio, pero pude ver en sus ojos que hablaba en serio. ¿Y por qué no? Seguramente tenía razón. Después de aquello, fui renunciando poco a poco a cualquier esperanza de proximidad emocional. Tenía a alguien a mi lado. Con eso bastaba. No necesitábamos saberlo todo el uno del otro.

Luego llegó la noche en que Alex aplastó mi cuerpo desnudo contra la ventana.

«No me dejes nunca», ponía en la tarjetita que vino luego con las flores. Podía ser una súplica. O una orden. Fuera lo que fuese, no lo dejé. No podía soportar la idea de volver a quedarme sola. Así que me puse en manos de Alex, dejé que él me guiara más adentro en la oscuridad. Poco a poco, el dolor se fue infiltrando en nuestra relación.

Pero seguí sin dejarlo. Seguí aferrándome a él. Alex me guiaba más y más adentro. Hasta que el camino descendió hacia las profundidades.

Suena un pitido en mi bolsillo. Tomo una bocanada de aire, miro aturdida a mi alrededor. ¿Dónde estoy? Mis ojos empiezan a asimilar el entorno, constato que estoy sentada en mi coche en un aparcamiento medio vacío delante de un colmado. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Tengo que haber venido conduciendo, claro, pero no guardo ningún recuerdo del trayecto. Entonces me viene a la mente el encuentro con la chica, la vuelta en bici por el bosque hasta la cabaña, el exceso de ácido láctico en las piernas, el sabor a metal en la boca. Gritos funestos de venganza y castigo resonando por el bosque y en el interior de mi cabeza. Recuerdo el miedo, todavía puedo percibirlo como un cosquilleo en las puntas de los dedos y un hormigueo en el estómago. Pero no es solo miedo, es algo más. Es un espíritu de rebelión, el impulso de alzarme y confrontar al enemigo. Por fin se ha despertado en mí. Por eso estoy aquí. Para entrar en acción.

Vuelve a sonar el pitido en mi bolsillo y saco el móvil. Un mensaje de texto, de Katinka. «Espero que estéis disfrutando. Pienso en ti». Apenas dos frases, pero muy cargadas de significado.

A medida que el tiempo pasaba y mi relación con Alex iba cambiando, mientras yo iba aceptando cada vez más, pidiendo cada vez más, Katinka estuvo siempre allí con su mirada silenciosa y observadora. Cuando llamaba cada vez con más frecuencia al trabajo diciendo que estaba enferma, ella venía luego a preguntarme cómo me encontraba realmente. Fue la única que se percató de que había algo extraño en mi forma de caminar aquel día. Al menos fue la única que me preguntó directamente.

—¿Por qué vas cojeando?

—No cojeo.

—Puede ser. Pero caminas distinto. Con cuidado. Como si te doliera. ¿Qué ha pasado?

Me clavó los ojos. Yo apreté los labios, intenté mirarla a los ojos pero tuve que contentarme con mirar a la pared. Katinka asintió despacio. Después me dijo que debería hablar con alguien. Di un respingo y le pregunté a qué se refería. No me contestó, ni siquiera me dijo que yo ya sabía de qué me estaba hablando.

—Pero ¿a qué te refieres? —insistí—. ¿De qué crees que tendría que hablar con alguien?

Una parte de mí quería oírse lo decir en voz alta, quería que ella hiciera realidad lo que yo no era capaz de verbalizar.

—Ya no eres tú misma —respondió Katinka—. Esa cojera... Y estás cansada todo el tiempo. Deberías ir a ver a alguien.

—¿A quién?

Me esperaba que me sugiriera un terapeuta de algún tipo. Cuando cerré los ojos, vi una melena rubia ante mí y sentí una mano apretándome la muñeca con firmeza. «Vas a estar cada vez peor. Y corres el riesgo de acabar desequilibrada». Pero lo que Katinka tenía en mente no era un psicólogo.

—Quizá deberías consultar con un médico.

—Vale —dije yo—. Tienes razón. Estoy muy cansada. Pediré cita.

Y así lo hice. Unos días más tarde fui a la clínica. Fuera brillaba el sol y todo el mundo parecía haberse puesto falda y pantalón corto. Yo llevaba pantalones largos. La imagen de la psicóloga rubia destelló una vez más en mi retina. Blusas y chaquetas en pleno verano, siempre me había parecido extraño. Ahora yo me vestía igual. Me ocultaba.

Poco después me hicieron pasar a una consulta donde había una mujer con bata blanca. Me senté en la silla frente a su escritorio. Tardé un rato en hablar, me mantuve a la espera y dejé que la mujer me observara en silencio. En secreto deseaba que pudiera mirarme y entender, sin que yo tuviera que decir palabra. Pero su expresión de desconcierto era tal que al final tuve que abrir la boca. De forma vacilante le hablé de mi cansancio, y luego respondí obediente aunque evasiva a sus preguntas. Cuando ordenó que me hicieran unos análisis, dejé que las enfermeras me clavaran sus jeringuillas y me extrajeran sangre, y oriné en el frasco que me dieron.

Después nos encontramos de nuevo sentadas una enfrente de la otra. Ella ladeaba la cabeza y me miraba con ojos entornados. «Pídeme que te enseñe los muslos —pensé para mí—. Dime que tengo que dejarlo». Pero no lo hizo. Se limitó a explicarme que estaba embarazada. De nueve semanas. ¿De verdad no había sospechado nada?

Me bajo del coche y entro en el colmado, que se halla en el interior de un edificio de ladrillo de techo bajo. En la caja más cercana a la puerta hay un hombre mayor leyendo el periódico. Cuando entro, alza la vista y me saluda tranquilamente. Cojo una cesta y empiezo a caminar sin rumbo entre las estanterías. Es un somnoliento colmado rural, por lo que la oferta es bastante limitada. Podría haber decidido ir un poco más lejos y acercarme a la población en la que estuve ayer. Si no recuerdo mal, allí había un supermercado. Pero no me atrevo a volver allí, no puedo acercarme tanto a la comisaría y arriesgarme a que me reconozcan.

Se me encienden las mejillas al pensar en la llamada telefónica de la agente de policía. Menudo numerito monté. Y podría haber sido peor, mucho peor. Si la policía descubre que dos personas llamadas Alex y Smilla han desaparecido realmente, y además saben que he mentado en cuanto a la relación que tengo con ellos... Eso no causaría muy buen efecto. En absoluto.

En uno de los pasillos me cruzo con dos viejas, asombrosamente parecidas la una a la otra. ¿Hermanas, quizá? De esas que nunca se han casado, que se han quedado juntas en este rincón perdido del mundo y han compartido un tipo diferente de vida.

Al cruzarnos me sonrían con cautela, como se suele hacer ante los extraños, y noto tirantez en la cara cuando intento corresponder a su saludo. «No es culpa mía —quiero gritarles—. Yo solo hice lo que me ordenaban».

Le había preguntado a Alex cómo pensaba presentarme si nos encontrábamos a alguien en Marhem. En la ciudad nunca salíamos, siempre nos quedábamos en mi piso. Ni al cine ni a ningún restaurante, ni siquiera a

dar un paseo al anochecer. Nunca hablábamos del motivo, pero yo suponía que tenía que ver con «ella». La ciudad no era muy grande, y corríamos el riesgo de encontrarnos con alguien que conociera a Alex o a ella. Hasta ese momento, nuestro mundo se había reducido a las paredes de mi dormitorio.

Y luego, de pronto, íbamos a dar el paso y adentrarnos en un universo desconocido. Íbamos a marcharnos lejos, a pasar las vacaciones juntos. No le pregunté a Alex qué había dicho en casa, pero imaginé que elaboró una mentira sobre un viaje de trabajo de algún tipo. Era comercial, siempre estaba viajando, así que ella no debería de haber puesto ninguna objeción. Su mujer. Porque tenía una mujer.

Así que, me pregunté, ¿cómo tenía pensado presentarme, cómo quería que me presentara yo misma? Alex se encogió de hombros ante mis cavilaciones, dijo que daba igual, puesto que lo más probable era que no nos encontráramos con nadie. Al menos a nadie que él conociera. Pero yo insistí.

—Si alguien pregunta —dije—. Si... Entonces quiero saber quién soy. Quién voy a ser.

Eso captó su atención. Se me quedó mirando un buen rato con una expresión difícil de definir.

—Eres mi mujer —dijo al fin con determinación—. Si alguien pregunta, es eso lo que tienes que contestar.

Y así fue. El hombre de la casa marrón, la policía, los chicos: eso es lo que les hice creer a todos. Que era conmigo con quien Alex estaba casado. Pero con Smilla la historia era diferente. Aunque nadie me había dicho que la llamara mi hija, yo había permitido que formara parte de la farsa. Me había salido de forma natural, con una facilidad casi inquietante. La pequeña Smilla, con los mismos sueños de princesa que yo había tenido en su día, y con la misma figura paterna: juguetero y divertido como padre; execrable y desalmado como marido. Smilla, que estaba ligada a mí a través del bebé que llevaba en mi vientre.

—Tu hermana o hermano —susurro con un escalofrío, plantada ante las neveras del colmado.

Me quedo mirando fijamente los cartones de leche, la mantequilla, los yogures, los huevos. Luego bajo la mirada a la cesta roja que tengo en la mano. Sigue vacía.

En mi fuero interno, sé que lo de coger el coche e ir a comprar comida no es más que un pretexto. Que en realidad estoy buscando algo completamente distinto. Pero ¿qué? Las dos viejas que parecen hermanas vuelven a acercarse. Cojo rápidamente dos paquetes de leche agria de un estante y los meto en la

cesta. Con un poco de suerte ahora parezco una clienta cualquiera. Normal. Al menos por fuera.

Me dirijo al fondo la tienda, intento mantener la compostura. Pongo algo de fruta en unas bolsas y las meto en la cesta junto con una hogaza de pan integral. De pronto me veo delante de un estante con pañales y tarros de potitos. Y me encuentro recordando el modo en que Alex reaccionó cuando me enteré de que estaba embarazada. «¿Has pedido cita?». Recuerdo que luego se tomó su tiempo en terminar de comer, que siguió masticando de forma tranquila y concienzuda. Aun así, había algo inquietante en la manera en que sus mandíbulas se desplazaban de un lado a otro. Algo que sugería una ira contenida. ¿O se trata solo de mi interpretación *a posteriori*?

Cuando el plato estuvo limpio, lo apartó a un lado y se levantó para ir a buscar algo. Volvió con la corbata negra. Luego se quitó la americana y me entregó las dos prendas.

—Ponte esto. No te quites las bragas. Pero sí todo lo demás. Espérame en el dormitorio.

«Un intento más, el último». A lo mejor fue eso lo que pensé. Quizá por esa razón reprimí el recuerdo del dolor en mis muslos, el dolor que al final había remitido, sí, pero que también había dejado marcas silenciosas e indelebles en mi cuerpo. En cualquier caso, cumplí los deseos de Alex. Me desnudé, me puse la corbata al cuello y esperé. Luego él entró en el dormitorio. Y cerró la puerta.

Aquella noche tardé mucho en quedarme dormida, y cuando al fin lo hice tuve un sueño inquieto y convulso. Poco después me desperté, ya fuera por el dolor o por el ruido de fuera. El coche cuyo motor no se apagaba, los fuertes gritos. Permanecí allí tumbada, y oí a Alex llevar a Smilla al cuarto de al lado, encender la luz y prepararle la cama, y a través de la pared lo oí hablar un rato con ella, en voz baja y tranquilizadora.

No me levanté. Pero estaba completamente despierta. Y fue en ese momento cuando tomé la decisión. Aunque en verdad no fue tanto una decisión como una revelación. «Hasta aquí. Se acabó».

Esas palabras albergaban una suerte de clarividencia, una sensación que no había tenido en mucho tiempo. Tenía que hacer lo que había que hacer. Aquello me hizo sentirme pesada y ligera al mismo tiempo. Pero no había la menor duda en mi mente.

Mis manos toquetean un biberón, luego una tacita de bebé con un dibujo de Winnie the Pooh. ¿Es esto lo que estoy buscando? ¿Es por esto por lo que estoy aquí? No. Bajo las manos del estante, mi cuerpo se pone de nuevo en



movimiento. Casi he llegado a las cajas y todavía no he encontrado lo que busco. Algo que está enterrado en algún rincón de mi conciencia, huido, oculto. Meto en la cesta una bolsa de comida de gato y entonces llego a la sección de casa y jardín. Mis ojos se posan sobre el hacha de uno de los estantes inferiores y algo hace clic en mi cabeza.

Dejo la cesta en el suelo y me pongo de cuclillas delante de las herramientas. Me pitan los oídos cuando estiro el brazo y agarro el hacha por el mango, lo levanto y lo sopeso en la mano.

Nunca había sujetado un hacha. Aun así, la firmeza con que sostengo el mango de plástico me resulta de lo más familiar, completamente natural. ¿Cómo puede ser? Me inclino y leo lo que pone sobre la herramienta en una etiqueta que cuelga en el borde del estante. Multifuncional. Acero endurecido. Garantía de por vida. Cierro los ojos un breve instante.

Con cuidado, deslizo los dedos por el filo. La sensación genera una retumbante nota de bajo que resuena por todo mi cuerpo. Cuando cesa, cede el paso a un eco ya conocido. «Si la cosa se agrava, un estado mental así puede tener consecuencias muy desafortunadas. Tanto para ti como para la gente que te rodea». Suelto el hacha casi arrojándola al estante. La advertencia que me hizo la psicóloga rubia, ¿es eso lo que está pasando? ¿He alcanzado el punto en que ya no puedo prever mis actos ni controlar lo que hago? ¿He llegado a ese punto o... o ya lo he sobrepasado? «¡Ay, Smilla!».

Me cubro los ojos con una mano y me balanceo nerviosa hacia delante y hacia atrás, de cuclillas en el suelo de la tienda. Ni siquiera estaba previsto que la hija de Alex viniera con nosotros a Marhem. Una serie de circunstancias desafortunadas tuvo que estar detrás de la llegada nocturna de Smilla. «La persona que se quedó y la que se fue». ¿Y de qué estoy intentando convencerme ahora? ¿De que tras su desaparición ha habido también circunstancias desafortunadas? Aparto con decisión la mano de mis ojos y clavo de nuevo la mirada en el objeto que tengo delante. Debo ser realista. Una vez más alargo la mano hacia el hacha.

Me acerco por la autovía hacia la salida de Marhem cuando de pronto empieza a sonarme el móvil. «Katinka», pienso. No respondí a su mensaje, así que ahora me está llamando para comprobar que estoy bien. Me vienen a la mente las palabras de mamá el día después de la desaparición, cuando aún le cogía el teléfono. «Katinka está preocupada por ti». Con gesto tenso, saco el móvil. Pero no es el número de Katinka lo que brilla en la pantalla.

La mano que está sobre el volante sufre un espasmo tan fuerte que el coche da un bandazo. Suelto un grito y luego recupero el control. Un poco

más adelante hay una pequeña área de descanso, una parada donde se detienen los autobuses que circulan por la autovía de ida o de vuelta a la ciudad. Echo un vistazo frenético por el retrovisor, no veo ningún autobús en toda la recta que se extiende a mis espaldas. Con las dos manos al volante, me meto en la parada y freno, con demasiada brusquedad.

El teléfono sigue sonando y lo miro con ojos desquiciados. No, no es el número de Katinka. En la pantalla no hay cifras, sino un nombre. Muy familiar.

—Alex —digo entre dientes.

Mi mano levanta el teléfono. Siento un ligero dolor en la palma, de la herida del otro día, la herida de mi propio pendiente. Justo antes de pulsar el botón para responder, mi mirada se desliza por las bolsas de plástico que hay en el suelo, a los pies del asiento del copiloto. Las bolsas que contienen los productos que he comprado en la tienda. *Filmjök*, fruta, pan. Y el hacha. Multifuncional, con hoja de acero endurecido y garantía de por vida.

Respiro hondo y contesto. Intento que mi voz suene como siempre.

—¿Hola? ¿Alex? ¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado?

Se oye un ruido rasposo al otro lado de la línea.

—¿Hola? —grito de nuevo, ahora un poco más firme—. ¿Me oyes?

Sigue sin haber respuesta. Lo único que se oye es un siseo. Luego, silencio. Me aparto el teléfono de la oreja, me lo quedo mirando. Lo intento de nuevo. Grito el nombre de Alex más y más fuerte. Pero estoy hablando con una línea muerta. No hay nadie al otro lado.

Ha oscurecido. Las últimas fuerzas me han abandonado, ya no queda nada. Nada que me mantenga en pie. No puedo levantarme, soy incapaz. Solo puedo quedarme aquí tumbada en la oscuridad y mirar a mi alrededor. Todo me resulta familiar, y aun así se me antoja distinto. Cambiado. Destruído.

Oigo tu voz. Y si me esfuerzo un poco puedo imaginarte delante de mí, puedo imaginar tu cara y tu cuerpo. Pero no puedo penetrar en tu conciencia, no logro aprehender la persona que eres. ¿Qué cosas te están pasando por la cabeza en este momento? ¿Sientes desconcierto? ¿Soledad? ¿Abandono? ¿O hay consuelo, esperanza? ¿Crees que se hará la luz, que al final todo se arreglará? ¿Piensas alguna vez en mí? ¡Contéstame!

¿Cómo sigo adelante? ¿Qué puedo hacer? «Sin mí no eres nada». Palabras que me han dejado expuesta y humillada, que me han hecho agachar la cabeza y encogerme. Pero ahora... ahora noto algo en mi cuerpo, noto que está creciendo y se está acercando. Preparándose para abrirse paso hasta el exterior. Pronto me levantaré. De nuevo me alzaré. De nuevo me pondré de pie, firme y erguida. Dejaré atrás todo lo que ha habido, seguiré adelante. El futuro me espera. Ella me espera.

Pronto empezará a clarear. Pronto iré a su encuentro.

Y tú te quedarás solo entre las sombras. Ojalá te engullan.

La llave. ¿Dónde está la jodida llave? Rebusco en el bolso, tengo que dejar las bolsas de la compra en el suelo para poder buscar bien. La parte superior de una de las bolsas se abre y deja a la vista el mango del hacha que acabo de comprar. Entonces me acuerdo. La llave no está en el bolso. Solo la he estado buscando ahí llevada por la costumbre de mi vida en la ciudad. Aquí en Marhem las rutinas son distintas.

Mientras estoy al pie de las escaleras y meto la mano por debajo para sacar la llave de su escondrijo, siento como si algo me quemara en la espalda. Una intensa sensación de estar siendo observada se extiende por todo mi cuerpo. ¿Son solo imaginaciones mías, o se oye el leve chasquido de ramitas quebrándose en algún lugar por detrás de las altas tuyas que rodean el jardín? ¿Hay alguien ahí? Me sacude un violento temblor y la llave está a punto de caérseme.

Sin mirar hacia atrás —no puedo ceder ante la ansiedad—, subo de nuevo las escaleras. Meto la llave en la cerradura, la giro una vuelta y bajo la manilla. Pero la puerta no se abre. Dos veces más aprieto la manilla hacia abajo y tiro de la puerta, pero sigue sin pasar nada. No cabe duda de que está cerrada con llave. A pesar de que la acabe de abrir. ¿O no lo he hecho? Con manos temblorosas hago un nuevo intento. La llave en la cerradura, giro una vuelta y bajo la manilla. Ahora la puerta se abre sin ningún problema.

La cierro a toda prisa detrás de mí y me quedo un rato de pie en el recibidor, apoyada en la pared, intentando apaciguar mi respiración agitada. ¿La puerta estaba sin cerrar desde un buen comienzo? ¿Puede que la haya dejado así? No, ¿verdad que he cerrado con llave antes de irme a la tienda? Es cierto que no tengo un recuerdo claro del momento, pero ¿cuántas veces se acuerda una de ese tipo de cosas, las que se hacen de forma más o menos automática? El corazón me continúa latiendo con fuerza en el pecho, se niega a tranquilizarse.

¿Había alguien ahí fuera? De ser así, ¿quién era? ¿Jorma? De nuevo noto la punta del cuchillo por debajo de mi barbilla y un escalofrío me recorre el cuerpo. Jorma no se habría contentado con espiarme desde los arbustos. Pero podría tratarse de alguno de sus secuaces, a lo mejor han averiguado cuál es mi cabaña. Quizá no tengan nada mejor que hacer que deambular por ahí fuera, despreocupados y ansiosos al mismo tiempo, a la espera de que pase algo. Me quedo mirando la puerta cerrada, pienso que si ese es el caso pronto tendrán lo que buscan. Algo está a punto de pasar.

Mis pensamientos vuelven a la conversación telefónica interrumpida en el coche. ¿Conversación? ¿Cómo puedo llamarla así cuando mi interlocutor no ha dicho ni una palabra? Pero, a pesar de todo, ha habido alguien al otro lado, se ha producido un acto de comunicación, aunque carente de palabras. Alguien ha tenido una razón, un mensaje, un motivo para llamarme justo a mí. Alguien. Pero ¿quién? ¿Y cuál puede ser ese motivo? Se me pone la piel de gallina. Intento desprenderme de la sensación de que la respuesta a ambas preguntas está dentro de mí.

Con la lengua pegada al paladar, me dirijo a la cocina con las bolsas de la compra. Meto los productos en la nevera y los armarios, todo excepto el hacha, que se queda en la bolsa, lo cual me permite hacer como que no la veo. La otra alternativa es decirme que está destinada a labores de jardín. En mi fuero interno, quiero aferrarme a la creencia de que soy la misma persona que antes de venir a Marhem. Una persona que, de entrada, jamás se compraría un hacha, y que menos aún la vería como una posible arma.

Ya es mediodía y mi estómago empieza a protestar. Debería comer algo, pero no tengo apetito ni la serenidad de ánimo suficiente para sentarme a comer tranquilamente. Así que me conformo con un par de vasos de zumo. Estoy de pie junto al fregadero, bebiéndome el segundo vaso, cuando noto una sensación punzante en la espalda. Me doy la vuelta muy despacio. Resulta de lo más extraño, pero hasta ahora no había reparado en ella. La muñeca. Cinco de las seis sillas de cocina están bien metidas bajo la mesa, pero la sexta está sacada. En ella está sentada la muñeca de Smilla, la bebé grandota, con sus brazos rechonchos estirados por encima de la cabeza y los ojos azul claro abiertos de par en par, mirándome. Aprieto el vaso en la mano. El pulso, que apenas acababa de relajarse, se acelera de nuevo. ¿De verdad estaba ahí sentada esta mañana? ¿O ayer? Antes de que pueda pensar más en ello, vuelven a llamar.

El teléfono sigue en mi bolso, en el recibidor. Corro hacia la entrada con piernas temblorosas. Una vez allí, de pie con el móvil en la mano, se me

encoge el estómago al mirar la pantalla. El mismo nombre que la última vez. Cuando me pego el auricular a la oreja lo noto resbaladizo por el sudor.

—¿Alex? ¿Eres tú?

Pero tampoco esta vez hay nadie al otro lado de la línea, al menos nadie que responda. Tras gritar el nombre de Alex varias veces y no oír más que el eco de mi propia voz ronca, cuelgo.

Totalmente alterada, me miro a mí misma en el espejo. Mi mente echa a volar en todas direcciones, intentando poner coto a lo que no se deja atrapar, intentando no derrapar, no desvariar. Pienso en los neumáticos chirriando y en los gritos delante de la cabaña la primera noche que pasamos aquí. Pienso en cómo, al volver a casa tras la desaparición de Alex y Smilla, no conseguía encontrar mi móvil y al final apareció dentro de la cama cuidadosamente hecha en el lado de Alex. Pienso en los problemas que he tenido para abrir la puerta hace un momento y en la posibilidad de que haya estado sin cerrar durante toda la mañana. Y luego pienso en la muñeca de Smilla en la cocina, en sus ojos abiertos de par en par, en su boquita formando un grito silencioso y en los brazos estirados en un claro gesto de pedir ayuda.

Me tambaleo hasta el dormitorio, noto que necesito tumbarme. Cuando llego a la puerta, mi mirada se posa sobre el sujetador de encaje rojo que sigue colgado del respaldo de la silla, y me quedo parada. Me lo compré cuando Alex me sugirió —o más bien decidió— que fuéramos juntos a Marhem a pasar unos días. Íbamos a hacer un viajecito juntos, los dos solos. Me lo dijo con poca antelación, pero conseguí pedirme unos días de vacaciones. A la hora del almuerzo salí corriendo para comprarme ropa interior nueva. No porque realmente quisiera hacerlo, ni porque necesitara nada nuevo, sino porque me pareció que era lo que se esperaba de mí. De paso, le compré una corbata a Alex, una de seda negra. Se la di cuando vino a mi piso aquella noche. Se la quedó mirando un buen rato, deslizándola con delicadeza entre sus dedos.

—Me la llevaré a la cabaña —dijo al fin.

Después de cenar, me acarició suavemente durante mucho rato, estimulándome. Me hizo albergar esperanzas, consiguió que me relajara. Esta vez haríamos el amor sin dolor, sin sorpresas desagradables. Alex sabía muy bien lo que se hacía, y entre jadeos arqueé la espalda hacia el techo. Pero en el mismo momento en que sentí que llegaba el orgasmo, él apartó la mano, me agarró la carne del interior del muslo y me pellizcó con todas sus fuerzas. Aullé de dolor. Entonces me hizo lo mismo en el otro muslo. Y esta vez no se contentó con pellizcar. Ahora retorció piel, grasa y músculo hasta sentir que

me ardían. El dolor fue tan intenso que todo se volvió negro ante mis ojos y perdí la noción del espacio y el tiempo. Mi cuerpo se vio levantado y girado de golpe. Al instante siguiente mi cara estaba aplastada contra el colchón mientras él me montaba. Recuerdo que pensé: «¿Quién eres realmente?». Y luego se acabó.

Después noté el aliento caliente de Alex al oído mientras me hablaba entre susurros de la fina frontera entre el dolor y el placer, me decía que quería que la exploráramos más. Unos días más tarde yo estaba en la clínica, con pantalones largos, hablando de mi tremendo e inexplicable cansancio. Y me notificaron aquello que lo cambiaría todo. «De nueve semanas. ¿De verdad no has sospechado nada?». Mi mundo se trastocó por completo. No sabía qué hacer, así que no hice nada. No tomé ninguna decisión. No actué. Y, de pronto, llegó el día. El día en que nos íbamos a Marhem.

No me veo capaz de entrar en el dormitorio, el sujetador de encaje rojo me lleva inevitablemente a la corbata de seda negra y el malestar se vuelve tan intenso que siento que me mareo. ¿Dónde está ahora? No la he vuelto a ver desde la primera noche que pasamos aquí, pero debe de estar en alguna parte, meticulosamente enrollada o colgada. Probablemente dentro del dormitorio, en el armario de Alex.

Retrocedo tambaleante y decido entrar en el cuarto de Smilla. Hay juguetes esparcidos por todas partes, me recuerdan a la niña que hace nada dormía y jugaba aquí dentro. Pero cuando me acuesto en su cama y una vez más hundo la cara en la almohada, ya no percibo el aroma cálido y dulce de su pelo. Ahora está lejos, muy lejos de aquí.

—Lo siento —murmuro a la almohada—. Siento tanto que las cosas hayan ido así.

La imagen de unas piernas pálidas asomando debajo de un arbusto centellea de golpe en mi cabeza, pero me obligo a apartarla y consigo reemplazarla por otra. Ahora Smilla aparece flotando en mi retina, entra corriendo en la cocina y se lanza a los fuertes brazos de Alex. Él la sienta en una de las sillas que tengo enfrente, y la niña lo observa amorosa mientras él prepara el desayuno. Es la primera mañana de Smilla y yo juntas. Y la última. Si hubiese sabido de antemano que iba a ser así, ¿me habría comportado de otra manera, habría tomado otras decisiones?

¿Qué pensó Smilla de mi presencia en la mesa del desayuno? ¿Vio la marca que comenzaba a asomar en mi cuello, se preguntó qué era aquello? ¿O

era demasiado pequeña para entender esas cosas, demasiado pequeña para sacar conclusiones sobre su padre y una mujer desconocida en camisón? Me doy la vuelta en la cama y clavo la mirada en el ojo que le queda al osito de peluche de Smilla, apoyado contra la pared. Lo cierto es que ni siquiera estoy segura de que la niña reparara en mí. Quiero decir, sé que era consciente de que yo estaba allí sentada. Pero no me vio, no de verdad. Estaba muy ocupada en otras cosas. Cada vez que abrió la boca aquella mañana fue para decir algo de ella y de Alex. «Smilla y papá. Papá y Smilla». Su amor por él envolvía toda la cocina como una membrana.

Mientras estaba sentada al otro lado de la mesa y la veía observar con adoración a su padre, la sentí claramente, la envidia, noté cómo se iba haciendo cada vez más fuerte en mi interior. Me sentí excluida. Quería tener lo que ellos tenían. Y la decisión que había tomado por la noche se hizo aún más sólida. En cuanto terminamos de desayunar, llevé a Alex aparte y se lo dije tal cual. Que me había decidido. Pensaba dejarle. Él me dio una palmadita en la mejilla, ni fuerte ni rabiosa. Más bien distraído.

—No —dijo—. No lo harás.

Y luego se alejó y me dejó allí de pie, sintiendo mi cuerpo pesado como el plomo. Porque sabía lo que significaban sus palabras. Había pensado que lo difícil era decidirme a dejar a Alex, que una vez que hubiese tomado la decisión lo demás rodaría solo. Solo en aquel momento me di cuenta de lo tupida que era la red que Alex había tejido a mi alrededor, entrelazada con tantos y tan ingeniosos hilos que no había escapatoria posible. Lo que yo había planeado era imposible.

No podía dejar a Alex. Él jamás permitiría algo así, por la simple razón de que era él quien controlaba nuestra relación. El día en que él se cansara de mí nos separaríamos, pero ni un segundo antes. Y si aun así yo seguía intentando dejarle... él iría a por mí, volvería para llevarme con él. Sabía dónde trabajaba, dónde vivía. Lo sabía todo de mi vida. Él era mi vida. Tenía que encontrar otra forma, otra salida. Pero ¿cómo? ¿Qué?

Me levanto y aliso el edredón de Smilla. Como si alguien fuera a dormir aquí esta noche. Como si me creyera de verdad que ella iba a volver. Cuando levanto la cabeza, mi mirada se desliza hasta la ventana y veo un rápido movimiento al otro lado del cristal. Sintiendo un nudo en la garganta, doy los pocos pasos que me separan de la ventana y bajo la persiana con determinación. Un corzo, me digo. Esta vez habrá sido un corzo.



Cuando los tonos estridentes del teléfono me arrancan de las brumas del sueño, todo está oscuro a mi alrededor. ¿Quién llama en mitad de la noche?, me pregunto soñolienta. Al instante siguiente tengo la cabeza totalmente despejada y me estiro para coger el teléfono. Una vez más, el nombre de Alex aparece en la pantalla. Una vez más, hay silencio al otro lado. Grito «¿Diga?» varias veces, fuerte, pero nadie responde.

O bien la otra persona está imposibilitada para hablar, o bien el objetivo de la llamada no es transmitir palabras, sino otra cosa. Una llamada de socorro. O una amenaza. ¿Cómo voy a saber de cuál de las dos cosas se trata? El desconsuelo me inunda por dentro. Junto con otro sentimiento, intenso e insistente.

—¡Vete al infierno! —grito al teléfono, antes de colgar.

La reacción es tan fuerte que me sobrecojo. Pero luego la rabia se calma y deja paso a un sentimiento de culpa. De nuevo veo las dos piernecitas pálidas que asoman por debajo del arbusto, me imagino el cuerpo inerte de la niña bajo las ramas. Esta vez no me resulta tan fácil quitarme la imagen de la cabeza. «¡Smilla!».

Con gesto automático, alargó la mano y tanteo el edredón en busca del cuerpo suave de Tirith. Lo necesito cerca de mí, necesito el consuelo que solo otro ser vivo puede ofrecer. Pero no hay ningún gato en la cama. La decepción no tarda en convertirse en otra cosa, algo más oscuro. ¿Cuándo fue la última vez que lo vi? La memoria me hace retroceder hasta el momento en que entré por la puerta tras la frustrante visita a la comisaría.

Veo a Tirith lamiéndome la herida de la palma de la mano. Y luego... luego lo hice salir sin más. Fue un acto impulsivo, debido a una repentina aversión hacia su nombre, y desde entonces no lo he vuelto a ver. Algo me corroe por dentro. Ocupada en otras cosas, apenas he dedicado un segundo a

pensar en Tirith, mientras él ha estado vagando por ahí fuera, solo y desamparado. Indefenso ante los peligros que acechan en La Bruja.

Me pongo en pie rápidamente, me levanto con un gesto tan brusco de la cama que las náuseas me asaltan como un animal enfurecido. Pero al menos me da tiempo a llegar al baño y, encorvada sobre el váter, me deshago de lo poco que quedaba en mi estómago. No he comido nada en los últimos días, solo unas mandarinas y algo de pan tostado. El ardor de estómago es peor que nunca, así como el dolor en la pelvis. Me pongo una mano sobre el vientre y aprieto con suavidad.

—Vamos a salir a buscar el gato de tu hermana —murmuro—. Tengo que encontrar a Tirith, aunque sea lo último que haga.

Busco un jersey y un pantalón de chándal con elástico en la cintura. Estamos a finales de verano, pero el aire de la noche es fresco. Y quién sabe cuánto tiempo voy a estar fuera. No pienso rendirme hasta que encuentre a mi compañero blanco y negro, no volveré hasta que esté de nuevo a salvo entre mis brazos.

En el armario del recibidor encuentro un anorak fino y bastante viejo. Es gris con ribetes rosas, y me lo pongo por encima de la cabeza, intentando no pensar en de quién puede ser, en el hecho de que probablemente sea de «ella». Me quedo de pie en la penumbra y observo mi imagen en el espejo. Pálida y sin maquillar, con ropa práctica y todo menos bonita. Una mujer completamente distinta a la que llegó aquí hace un par de días. De mí se ha ido desprendiendo una capa tras otra de maquillaje y adornos externos y patrones adquiridos. Esto es lo que queda. Esta es la persona en la que me he convertido.

Hay una línea que corre a través del tiempo, desde la noche en que papá cayó por la ventana de la octava planta hasta el momento en que Alex y Smilla desaparecieron en la isla. Pero no es una línea recta, sino que va girando y retorciéndose hasta que adquiere una forma circular. Y en el punto donde los extremos se encuentran, ahí estoy yo. La que siempre he sido. La que surgió de las sombras, la que ha regresado a ellas.

Ya estoy saliendo por la puerta cuando me percato de que me falta algo. Sin quitarme los zapatos, entro en la cocina y me acerco a la bolsa que hay en el suelo. El hacha asoma de ella. Agarro el mango negro con ambas manos y noto su peso mientras la sostengo en alto delante de mi cuerpo. Al pasar otra vez por el recibidor echo otro vistazo al espejo, preparada para verme con un aspecto de lo más torpe e inusual. Pero mis manos alrededor del mango se ven

firmes y decididas, sujeto el hacha con gran determinación. Es como si lo hubiera hecho toda mi vida. Como si ya hubiese hecho esto antes.

Salgo y camino sin saber hacia dónde voy, sin pensar en dónde pongo los pies ni atender a lo que hay a mi alrededor. No es hasta que noto las ramas de los abetos rasguñándome las mejillas cuando me doy cuenta de que me he adentrado en un bosque. No estoy ni junto al lago ni en el camino de tierra, sino inmersa entre los árboles. Aquí la oscuridad persiste, a pesar de que el cielo ya ha empezado a teñirse de tonos amarillos y rosados. Oigo un crujido a mi espalda y me doy la vuelta.

—¿Tirith?

Pero no se oye ningún maullido, ningún cuerpo blanco y negro aparece correteando ágilmente entre los troncos. A un cierto nivel, soy consciente de que es una locura estar aquí, que nunca encontraré un gato en medio del bosque. Al mismo tiempo, no puedo pensar en otra cosa que no sea en la culpa que siento respecto a Smilla. En las cosas a las que la he expuesto, en que se ha convertido en una víctima inocente por mi culpa. Las náuseas me revuelven las entrañas como un puño, pero me niego a rendirme. Encontrar a Tirith es lo mínimo que puedo hacer.

—Misu, misu... ¡Tirith!

Voy en una dirección, luego en otra, primero hacia delante, luego hacia atrás, con los ojos clavados en el suelo. ¿Dónde puede haberse metido? ¿Adónde van los gatos cuando los dejas libres? Sacudo la cabeza. ¿Qué habría hecho yo si Alex hubiese aceptado voluntariamente dejarme ir? ¿De qué manera todo podría haber sido diferente? Jamás lo sabré. De pronto, una gruesa rama sale rebotada hacia atrás y me golpea en la cara.

El dolor envía rayos blancos a mi cerebro, calcinando todo cuanto había en él hace un momento. Cuando se me aclara la vista, veo el hacha en el suelo a mis pies. Me agacho y la recojo. Siento escozor en la cara, y al limpiarme la mejilla con la mano noto algo pegajoso que me enrojece la palma. La misma mano en la que me clavé el pendiente hace un rato.

¿Hace un rato...? Consternada, me quedo mirando la piel fina y rosácea en el sitio donde me pinché. No hay orificio, no hay sangre. ¿Ya ha tenido tiempo de curarse? Pero ¿cuánto hace que me hice la herida? Tengo la sensación de que fue hace un momento, pero ¿pudo haber sido ayer? ¿O incluso anteayer? ¿Fue antes o después de lo del pozo? Arrugo la frente. «¿El pozo?». Sí, allá en la isla. «No hay ningún pozo en la isla». Pues entonces ¿qué es lo que vi ante mí cuando contemplé fijamente las aguas oscuras de La Bruja? El pozo al que Alex se había asomado. «No, Alex no se asomó a

ningún pozo». Pero ¿me pinché con el pendiente antes o después de que mis manos lo empujaron clavándose en sus omoplatos?

Cada vez que un pensamiento nítido empieza a cobrar forma en mi cabeza, se evapora de golpe. En alguna parte de mi interior hay una voz que grita, como si protestara, pero es tan lejana que no puedo decir si es real o imaginaria. Camino a tientas, tanto entre los árboles como en mi propia conciencia. Lo único que me queda es la sensación de que estoy buscando algo. Hay algo que debo encontrar. Algo o alguien.

Camino con paso frenético por el bosque, noto mi cuerpo tensarse más allá de sus límites. Sujeto el hacha ante mí como un escudo, una protección contra el mal. Lo único que se oye es el crepitar del anorak y mi respiración jadeante. No sé cuánto tiempo llevo aquí fuera ni en qué dirección me estoy moviendo. Quizá solo esté caminando en círculos. Al final empieza a clarear entre los troncos y la bestia que gira desbocada en mi cabeza comienza a tranquilizarse poco a poco.

Hago un alto y recupero el aliento. El mundo se vuelve a iluminar, al menos en sus partes más tangibles. De Tirith no hay el menor rastro. Ni tampoco de Alex y Smilla. Evidentemente. Noto punzadas bajo la piel y la cabeza me da vueltas. La verdad está ahí, justo delante de mí, y aun así oculta bajo la superficie. De vez en cuando la veo titilar, como escamas bajo el agua. Pero cada vez que extiendo mis manos abiertas para agarrarla, se me escapa, escurridiza como un pez.

No me permito descansar demasiado rato, sino que retomo enseguida mi deambular sin rumbo. Encontrar a Tirith. Encontrar a Smilla. Encontrar a Alex. En cuanto encuentre a Alex, habrá terminado todo. Gotas de sudor empiezan a brotar en mi espalda y mi cara. Pero la sensación de ser la que busca se convierte cada vez más en la sensación de ser la perseguida. Pasos silenciosos a mi espalda. Una tos ahogada. Algo que se oculta rápidamente detrás de un tronco en cuanto me doy la vuelta. A lo mejor es Alex, que ha vuelto para vengarse. ¿Vengarse? ¿De qué? Los pensamientos vuelven a girar vertiginosamente en mi cabeza. Se van desplegando sin sentido, objeto ni dirección, y mi razón huye despavorida. Puedo ver lo que me está pasando, pero me siento indefensa para reaccionar.

Una leve vibración contra el muslo me obliga a parar. Aunque no he oído ningún sonido, finalmente consigo sacar el móvil del bolsillo, sin soltar el hacha en ningún momento. El teléfono. Mi único vínculo con la realidad, con el mundo exterior. La idea me alivia y me inquieta al mismo tiempo. Acabo de recibir un nuevo mensaje de Katinka. Me dice que está volviendo a casa de

una fiesta y me pregunta por qué no le he contestado al último mensaje. Las frases cortas y la sintaxis caótica sugieren que está borracha.

El móvil pita una vez más, y luego otra. Katinka me manda varios mensajes cortos seguidos, y yo echo un vistazo desinteresado a sus observaciones sobre hombres guapos y pies doloridos. Estoy a punto de meterme el teléfono en el bolsillo cuando de pronto me llega un mensaje que habla de mamá. Por lo visto, ha vuelto a ir a mi trabajo para buscarme. A pesar de saber que no estoy allí.

«Alterada. Quería saber dónde estabas. Intentó convencerme para que se lo dijera. Pensaba que yo lo sabía».

¿Está Katinka molesta porque no le he contado adónde íbamos Alex y yo en nuestro primer viaje juntos? ¿O solo está constatando los hechos, que mamá le ha preguntado dónde estoy pero ella no ha podido responder porque no lo sabe? No tengo ni idea, hace tiempo que he perdido la capacidad de leer entre líneas lo que dicen las amigas. Si es que he tenido alguna. «Deberías ir a ver a alguien. Quizá deberías consultar con algún médico».

Han pasado tantas cosas desde el día en que Katinka se fijó en que me costaba caminar debido al dolor en mis muslos. Hay todo un océano de pensamientos y sucesos entre aquel día y el de hoy. Siento un fuerte impulso de contarle que estoy embarazada. Ella ni siquiera lo sabe. Pensándolo bien, en verdad no sabe gran cosa de mí. Me quedo un rato con los dedos suspendidos sobre el pequeño teclado de la pantalla. Pero no se me ocurre ninguna respuesta sensata.

Con el teléfono de nuevo en el bolsillo, reempiendo la marcha. ¿Podríamos llegar a ser amigas de verdad, Katinka y yo? Hasta la fecha, he decidido no intentar averiguarlo. Hasta la fecha, lo que me ha guiado en mi relación con Katinka —igual que con las amistades anteriores a ella— ha sido el recuerdo de mamá y la mejor amiga que tuvo en su día. «No puedo permitir que sea como con mamá y Rut. No puedo arriesgarme a unirme demasiado a nadie». Los árboles se van dispersando ante mis ojos y llego a un pequeño claro. Una vez allí, me detengo delante de un objeto que sobresale a escasa altura del suelo. En mi cabeza se empiezan a reproducir escenas de un tiempo remoto, cosas que ocurrieron en la última y dramática época de la amistad entre mamá y Rut. Una fase que comenzó con un viaje fallido a casa de mi abuela y terminó con la caída de papá por la ventana del dormitorio. Aunque en realidad terminó varios meses antes, con el bofetón.

Estoy tan sumida en mis pensamientos que al principio no me doy cuenta de qué es el objeto que tengo delante. Entonces mi mirada se desliza hacia

abajo y se clava en algo marrón y nudoso. Dos palos unidos en un símbolo antiguo. Me lo quedo mirando un buen rato antes de caer en la cuenta de lo que es realmente. Una cruz. Pero ¿por qué...? ¿Qué...? Doy un paso atrás, mi mirada se pasea nerviosa entre la crucecita de madera y el pequeño montículo de tierra que hay delante. Entonces siento una oleada de frío que lo arrastra todo consigo. Lo único que deja tras de sí es una certidumbre. La de la terrible magnitud de lo que se esconde en este claro del bosque. Es una tumba.

De pronto oigo un ruido muy cerca y esta vez estoy segura. Hay alguien detrás de mí. Me giro rápidamente. Sujeto el hacha con firmeza.

Lo último que hizo mi madre antes de que cerráramos las maletas para ir a casa de la abuela fue llamar a Rut. Estaba sentada en el borde de la cama del dormitorio de matrimonio, de espaldas a la puerta, y habló mucho rato, siempre en voz baja. Aunque sobre todo escuchó, como de costumbre, solo intercalaba breves observaciones de vez en cuando, que parecían destinadas principalmente a reafirmar la inteligencia de Rut.

—Sí, de verdad que lo necesito. Irme de aquí y descansar un poco. Tomar un poco de distancia... de todo.

Yo estaba de pie en el pasillo, impaciente, muerta de ganas de que nos marcháramos ya. Las vacaciones de verano acababan de empezar y echaba mucho de menos a la abuela. Ansiaba poder salir de la claustrofóbica burbuja que era mi vida junto a mis padres. Anhelaba los bollos de vainilla de la abuela casi tanto como la tranquilidad de su piso.

Durante los últimos meses las broncas de mamá y papá habían ido a peor. Podían empezar por algún papelito que se había caído del bolsillo de los pantalones de papá cuando mamá iba a lavarlos, o simplemente porque él volvía tarde a casa y ella exigía saber dónde había estado. Papá ni siquiera respondía, nunca se disculpaba. Se la quitaba de encima con algún comentario sarcástico y desdeñoso. Entonces mamá se encendía de verdad y empezaba a lanzar acusaciones por toda la habitación. Mamá soltaba nombres de mujer, a mí me daba la impresión de que era uno distinto cada vez que discutían. La respuesta de papá, sin embargo, apenas cambiaba. Tal vez variara un poco la entonación. Pero «amargada» siempre quiere decir «amargada».

Y, en cuestión de segundos, mamá se quedaba abatida, derrotada. Jamás comprendí por qué su rabia se esfumaba justo en ese momento. No lograba entender por qué capitulaba de aquella manera. Pero así era. Mi madre dedicaba su tiempo a ayudar a los demás, sobre todo a mujeres, para que se plantaran y se rebelaran contra maridos infieles, a veces también

maltratadores. La gente de nuestro entorno la describía como una persona fuerte, competente y fiable. Nadie sabía que, entre las cuatro paredes de su casa, mostraba un lado totalmente distinto de sí misma. Nadie excepto yo. Y Rut.

—¡Mamá!

Di un paso al frente y llamé impaciente al marco de la puerta.

—Mamá, ¿podemos irnos ya? ¡Vamos!

Tomamos el autobús hasta la estación de tren, en el centro de la ciudad, de donde salía el regional que iba a casa de la abuela. Mamá iba sentada en silencio a mi lado, contemplando la frondosa vegetación al otro lado de la ventanilla del autobús. Yo intentaba pensar en diferentes cosas que contarle, como mi última vuelta en bici o algo que hubiese visto en televisión, pero estaba claro que ella no tenía ánimos para mostrar ningún interés, así que pronto yo también me callé.

Una vez en la estación, mamá alzó la vista para mirar el panel de llegadas y salidas y arrugó la frente. Murmuró algo sobre retrasos, y luego arrastramos nuestras maletas hasta un banco, donde nos sentamos a esperar. Allí pasamos el resto de la tarde. Tres veces se retrasó la hora de salida de nuestro tren, y tres veces se levantó mamá para protestar y desfogar su frustración antes de resignarse a volver al banco. Era el mismo patrón que en sus broncas con papá, pensé, pero no dije nada.

Al final llegó la notificación: durante el resto del día, todos los trenes que iban en dirección sur quedaban cancelados debido a una caída en el tendido eléctrico. Nos devolvieron el importe de los billetes y nos ofrecieron reservar plaza para alguno de los trenes que salían a primera hora del día siguiente. El trayecto en autobús de vuelta a casa fue aún más silencioso. Cuando mamá metió la llave en la cerradura del piso, apenas habíamos cruzado unas palabras. Me pregunté si realmente quería que fuera con ella a casa de la abuela. A lo mejor habría preferido ir sola. Ese era el tipo de pensamientos que me rondaban cuando entramos en el recibidor. Sin embargo, una vez dentro enseguida tuve otras cosas en que pensar.

El piso estaba a oscuras, y al principio creí que papá no estaba en casa. Pero entonces oí un ruido, susurros tensos y risitas nerviosas. Miré a mamá, que estaba a mi lado, y vi cómo su cuerpo se ponía rígido. Ella también lo había oído.

—¿Hola? —gritó al interior del piso—. ¿Hay alguien ahí?

Después hizo algo que era tan impropio de ella que sentí que se me cerraba la garganta. Ella, que siempre era tan estricta con el orden y la



limpieza, entró con los zapatos puestos. En aquel momento supe que algo iba mal, muy mal. Los pasos de mamá resonaban sobre el *parquet* del pasillo, se acercaban al salón. Al momento, algo blanco destelló en el otro extremo del piso. Un cuerpo desnudo de mujer cruzó a toda prisa el salón en dirección al cuarto de baño. Tuve tiempo de ver un trasero rotundo, con forma de luna llena, antes de que desapareciera junto con su portadora. La puerta del baño se cerró de golpe y oí que echaban el cerrojo.

La espalda de mamá se quedó petrificada y se detuvo un momento. Luego continuó hasta el salón y miró dentro. Yo seguía de pie sobre el felpudo de la entrada y no pude ver lo que vio ella, pero oí claramente sus palabras.

—Eres un desgraciado.

Nos fuimos las dos a casa de Rut. Las maletas ya estaban en la puerta, y mamá las arrastró hecha una furia cuando salimos como un torbellino del piso. Nadie vino detrás de nosotras, nadie intentó convencernos para que volviéramos. A pesar de ir tan cargada, mamá iba casi corriendo. Los viajes en autobús de ida y vuelta a la estación, sumados a la larga espera en el banco, me habían dejado agotada, y ahora me costaba seguirle el ritmo. Además, tenía hambre. Pero aunque se lo pedí varias veces, ella no aminoró el paso.

En cuanto Rut abrió la puerta, mamá se echó a llorar. Rut nos indicó con un gesto que entráramos, sin parecer en absoluto sorprendida por la reacción de mamá. Quizá ya había pasado por esto antes, en otras ocasiones en que yo no había estado. Rut nos condujo hasta la cocina, sacó una silla para mi madre y tomó asiento en la de al lado. Disimuladamente miré a mi alrededor, en busca de algo en que ocuparme, pero lo único que vi fueron libros, mantelitos bordados y flores secas. Caí en la cuenta de que Rut vivía sola. Allí no había ni marido ni niños, solo Rut y dos gatos.

Me entretuve un rato jugando con los gatos, hasta que ambos me mostraron claramente que ya habían tenido suficiente. Entonces volví a la cocina, donde mamá y Rut se habían levantado y estaban vaciando el lavavajillas.

—Pero sigo sin entenderlo —dijo mamá desesperada—. ¿Cómo puede? ¿Cómo demonios puede?

Le pasó unos cuantos platos a su amiga, que los metió en un armario. Me pareció que Rut estaba un poco tensa, como contenida. Seguramente pensaba que ya era hora de que la dejáramos tranquila. De pronto se apoderó de mí un cansancio tremendo. Pero no era solo mi cuerpo el que estaba agotado, sino toda yo. Estaba reventada, harta de verme arrastrada arriba y abajo.

—Mamá, quiero irme a casa.

Ella no respondió, ni siquiera se volvió para mirarme. Se limitó a levantar una mano y agitarla en el aire. Como quien se quita un insecto de encima. En una situación normal habría sido suficiente para que me rindiera y lo dejara, pero esta vez mis pensamientos eran distintos, iban por nuevos derroteros. Las cosas parecían totalmente diferentes. Me quedé mirando fijamente la espalda de mamá. Yo era su hija y estaba hambrienta y cansada, pero ella no parecía darle ninguna importancia. Ni la más mínima.

—¡Quiero irme a casa ahora! —repetí en voz más alta e insistente.

Ella siguió sin volverse. Se limitó a mirar brevemente por encima del hombro para dejarme claro que íbamos a quedarnos un rato más. Después siguió hablando con Rut. No sé qué fue, pero en aquel momento sentí que algo se me clavaba por dentro, como si fuera una lanza afilada. Antes de darme cuenta, me había plantado al lado de mi madre y le estaba tirando del jersey.

—¡Ahora mismo! —grité.

Rut hizo una mueca que debía de pretender ser una sonrisa, una levísima tirantez en las comisuras de la boca. Volví a gritar.

—¡Ahora, ahora, ahora!

Cuando por fin mamá se dignó mirarme, la expresión de su cara era rígida, impertérrita. Se liberó con gesto implacable de mi mano.

—Escúchame, Greta. Nos quedaremos hasta que yo diga que es hora de irnos, ¿entendido?

Luego me volvió a dar la espalda, excluyéndome. La situación me era familiar, pero en esta ocasión no estaba dispuesta a aceptarla y callar. Iba a hacer que mamá me escuchara, no pensaba conformarme hasta que me prestara toda su atención. La primera vez que las palabras salieron de mis labios lo hicieron de forma tan silenciosa que ni yo misma las pude oír. Cuando las volví a pronunciar, hice un gran esfuerzo para enunciarlas claramente, sintiéndolas elevarse con toda su potencia desde el estómago hasta salir por mi boca.

—¡Putá amargada!

Todo se detuvo. Incluso el tiempo pareció detenerse. Las palabras se quedaron flotando en la cocina, suspendidas a nuestro alrededor durante un momento. Solo después se hicieron reales. Mamá y Rut callaron tan de repente que fue como si alguien hubiese apretado un botón. Después, a cámara lenta, mamá se volvió hacia mí. La vi extender el brazo a un lado, vi

la mano acercarse silbando a través del aire. Y antes de que me golpeara la mejilla, noté que la cara me ardía como un millar de fuegos.

Nos quedamos mirando las tres. Ninguna dijo nada. Rut se llevó una mano trémula a la boca. Al final mamá se rompió, cayó de rodillas delante de mí y me abrazó fuerte. Supongo que no pasaron más de un par de segundos, pero a mí me pareció que transcurrió una eternidad hasta que ella reunió las fuerzas para salvar la distancia que nos separaba. Las palabras salieron tan rápidas y atropelladas de su boca que sentí que me mareaba solo de escucharlas.

—Lo siento, Greta, ha sido sin querer. Me he dado la vuelta y... Entiendes que ha sido sin querer, ¿verdad?

Continuó hablando, sin darme ocasión de responder ni reaccionar. Por supuesto que no había sido su intención pegarme, simplemente se había puesto nerviosa y al darse la vuelta resulta que yo estaba allí, en la trayectoria de su mano. Un desafortunado accidente, eso había sido todo. Al cabo de un rato había logrado tranquilizarse a sí misma. Entonces asomó una nueva expresión en sus ojos, un nuevo tono de voz.

—Pero creo que será mejor si no le contamos esto a nadie.

«Nadie». Supe en el acto a quién se refería. Papá. No se lo podía contar ni siquiera a él. A él menos que a nadie. Y, de repente, pareció muy nerviosa y ansiosa de que le dijera algo, de que le mostrara que lo había entendido. Así que se lo prometí. Le prometí no revelar nunca lo que había pasado aquel día en la cocina de Rut. A nadie. Entonces mamá se relajó un poco. Se levantó y me soltó. Y volvió a darme la espalda.

En aquel momento el destino de mi padre quedó sentenciado. Le quedaban tres meses de vida.

La chica se queda de piedra. Con los ojos muy abiertos, me mira a mí y después el hacha. Pero solo unos segundos. Luego aparta la vista y empieza a mirar alrededor, como si buscara algo. O como si quisiera comprobar que hay algo que sigue estando en su sitio. Sigo su mirada mientras examina el terreno que nos rodea.

Hasta ahora no me he dado cuenta de que la crucecita de madera no es la única que hay por aquí. En el borde del calvero hay varias cruces más, todas hechas con palos. Y delante de cada una de ellas resulta evidente que la tierra y el musgo han sido cavados y luego devueltos a su sitio. Me encuentro en un cementerio en medio del bosque.

La inspección parece satisfacer a la chica, porque una expresión de alivio asoma a su rostro.

—No las has profanado.

—¿Las tumbas? —digo—. ¿Por qué iba a profanarlas?

Se me queda mirando un rato sin contestar a mi pregunta. Me parece percibir cierta vergüenza en su expresión. Pero enseguida vuelve a cambiar.

—Vale, entonces ¿qué haces aquí?

Suena como una propietaria en cuyas tierras he entrado sin permiso.

—Estoy buscando a un gato —digo—. ¿Y tú qué haces aquí?

La chica aparta la mirada y se encoge de hombros. Su largo pelo de tono apagado ondea con la brisa, parte de él se le enreda en la cara como un velo negro. Las raíces a ambos lados de la raya se ven rubias, y la luz del amanecer revela un montón de puntas abiertas. No puedo evitar pensar que necesitaría un buen corte de pelo. Y ropa nueva. Y quizá un poco de rímel y brillo labial. Entonces caigo en la cuenta de mi indumentaria descuidada, mi pelo recogido de cualquier manera y mi cara sin lavar. Sin mi armadura, me siento desnuda, vulnerable y expuesta. De algún rincón de mi mente, me viene la frase: «El ataque es la mejor defensa».

—Así que esto es obra tuya. ¿A quién has enterrado aquí?

La chica me dedica otra de sus largas miradas. Como si me estuviera evaluando. Supongo que no me toma muy en serio, así que no me espero ninguna respuesta. Pero esta vez sí contesta.

—Lo sabes muy bien.

Y luego da un paso al frente y pasa por mi lado. Yo pestañeo y me vuelvo despacio hacia ella. En silencio, observo a mi joven tocaya mientras se pone de cuclillas delante de una de las cruces y la endereza cuidadosamente. Sus palabras resuenan en mis oídos. De repente, todo encaja. La chica y sus horribles amigos. El cuchillo con el filo manchado que encontré en la isla. La criatura mutilada que había junto a él.

—La ardilla —digo con voz rasposa—. ¿En cuál de estas tumbas has enterrado la ardilla? ¿O se quedó en la isla?

La chica sigue dándome la espalda, pero por encima de su hombro veo cómo tiembla la mano con que está tocando la cruz.

—No —murmura—. No se quedó allí. Volví para recogerla.

Se levanta y se queda de pie con la mirada clavada en la tumba. Sin decir palabra, todo su cuerpo expresa: «Aquí». Así que la pobre ardilla se encuentra bajo tierra, justo delante de nosotras. Trago saliva, deslizo la mirada por la triste hilera de cruces. La tumba de la ardilla es la penúltima. Una idea empieza a tomar forma en el fondo de mi mente, pero se disipa en cuanto la chica vuelve a hablar.

—Yo misma hago las cruces. Y a veces vengo para... echarles un vistazo. Pero solo cuando nadie me ve. Normalmente a primera hora de la mañana, antes de que amanezca, como ahora. Nadie debe saberlo. Sería...

Se queda callada y espero, dejo que se tome el tiempo que necesita. «Nadie debe saberlo». Reconozco el mantra. Sé que «nadie» no suele referirse a personas desconocidas, sino al contrario, a las que tienes más cerca. Familiares. Amigos. Amantes.

—Son solo animales. Nada más. Solo pelo y vísceras. Pero aun así no puedo evitar... Después, no puedo dejarlos allí tirados. Preferiría morir antes que hacerlo.

Esto último lo dice poniendo mucho énfasis. La voz le tiembla por la emoción contenida. Y veo que cierra los puños. Una parte de mí quiere alargar la mano y ponérsela en el hombro. Pero no lo hago.

—¿Por qué lo hacéis? —le pregunto—. ¿Qué sacáis de torturar y matar animales inocentes?

Antes de que la chica tenga tiempo de contestar, un fogonazo destella en mi mente. Veo ante mí el rostro excitado de Alex, veo cómo late una vena hinchada en su sien cuando se inclina sobre mí. No llevo nada puesto, excepto la corbata de seda negra. Me ha quitado la americana y las bragas, esa parte del juego sexual está superada. Ahora estoy tumbada y atada a los postes de la cama doble de la cabaña de veraneo. Alex me acaricia, me pellizca los pezones. Levanta la corbata que descansa entre mis pechos y la desliza entre sus dedos. Luego lleva las manos hasta el nudo, junto a mi cuello. Y empieza a apretarlo lentamente. Más y más fuerte. Hasta que cesan mis protestas. Hasta que me arde el pecho y ya no puedo respirar. Me mira a los ojos y entiendo que necesita ver el pánico que estoy sintiendo. Entonces sonrío. Y aprieta el nudo un poco más.

—Poder —digo en voz alta, respondiendo a mi propia pregunta—. Se trata de poder.

La chica se da la vuelta y me dirige una mirada inexpresiva.

—¿Qué sabes tú de eso? ¿Qué sabes tú de nada?

Al principio me enfado, por su desquiciante manera de despreciarme y ningunearme. Pero el sentimiento no tarda en abandonarme, y entonces me doy cuenta de lo cansada que estoy. Exhausta. El hacha se escurre de mis manos y cae al musgo con un leve golpe sordo.

La chica se pasea entre las tumbas, las mira una a una, endereza las cruces allí donde hace falta y con la mano barre las hojas y ramitas caídas de los árboles. Recorre toda la hilera hasta llegar a la de la punta, a la tumba que está junto a la de la ardilla. Se queda de pie ante ella, de espaldas a mí.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

Se encoge de hombros, responde sin mirarme.

—No fue muy difícil averiguarlo. Resulta bastante fácil distinguir qué casas están vacías y cuáles no. Y tú misma describiste más o menos la ubicación de la cabaña.

—¿Qué hacías en mi jardín la otra noche? Si es que no fuiste para pedir ayuda, quiero decir.

No se molesta en negar nada. Tampoco se molesta en dar explicaciones. El silencio se extiende entre las dos. Poco a poco, noto que me invade de nuevo la irritación.

—¡Di algo! ¡Dime por qué estabas allí!

Sigue sin contestar. Enfadada, doy dos pasos al frente y agarro a la chica por el brazo, la obligo a darse la vuelta para mirarme. Al principio pienso que está llorando. Su rostro delgado está fruncido. Pero no veo ninguna lágrima.

—Lo siento —dice en voz baja—. Perdóname.

Arrugo la frente, niego desconcertada con la cabeza.

—¿Qué es lo que te tengo que perdonar? ¿Qué has hecho?

La chica extiende una mano y roza con gesto torpe la punta de la cruz que tiene delante. Luego me mira otra vez, largo rato. Hasta que me silban los oídos. El suelo se tambalea bajo mis pies y me palpitan las sienes. Por el rabillo del ojo me parece ver un tronco caído. Camino tambaleante hasta él y me dejo caer, me agarro a la corteza rugosa con las dos manos. La cruz... La nueva tumba...

«¿A quién has enterrado aquí?». «Lo sabes muy bien». Sí, lo sé. Y eso me hace querer gritar.

«Smilla, dulce y pequeña Smilla. Cuánto lo siento».

Ningún grito sale de mi garganta. Ninguna acusación, ningún lamento. De hecho, ningún sonido en absoluto. Busco en mi interior en un intento de formular alguna expresión apropiada, pero no doy con ninguna. Finalmente, unas pocas palabras salen por mi boca entreabierta.

—Me has preguntado qué estaba haciendo aquí...

La chica asiente sin decir nada. No trata de llenar mi silencio, sino que espera a que yo continúe.

—Y yo te he contestado que estaba buscando a un gato.

Vuelve a asentir con la cabeza.

—¿Estás intentado decirme que... encontraste el gato delante de mi cabaña y te lo llevaste?

—Sí.

Mi mente parece enturbiarse y aclararse al mismo tiempo.

—Y después...

Tampoco ahora la chica termina la frase por mí. Esta vez ni siquiera yo lo hago. Veo su mano moviéndose por encima de la cruz más nueva del calvero, veo cómo toquetea la punta con los dedos. Luego mi mirada baja hasta el suelo que ella está pisando y me imagino el cuerpo blanco y negro que yace enterrado bajo sus pies, me imagino el tormento por el que debió de pasar antes de acabar ahí. Quiero aislarme de la realidad, quiero cerrar los ojos, pero no me atrevo a hacerlo por las imágenes que me pueden asaltar. Cuerpos masacrados ondeando al viento como velas ensangrentadas. «¡No!». Me doy una palmada fuerte en la cara, me obligo a abrir los ojos que se me han cerrado a pesar de todo, y me quedo mirando desafiante a la chica. No puede ser cierto.

—¡No te creo!

Ella permanece un rato callada, luego hurga en uno de los bolsillos de su pantalón y encuentra algo. Tiende el brazo hacia mí. Su mano está cerrada,



hay algo en ella. Yo abro la mía y ella deja caer un fino objeto de color rosa. El collar de Tirith. Mi mirada se desenfoca, tengo la sensación de que mi cuerpo sale impulsado a toda velocidad aunque permanezco quieta. Como si viajara a través de una bruma borrosa. Solo cuando estoy segura de que mi voz no va a quebrarse, me dirijo de nuevo a la chica.

—Se llamaba Tirith —digo—. Pertenecía a una niña de cuatro años que lo quiere con locura.

Me parece importante que esta adolescente flaca y asocial lo sepa. Que el animal que capturó y entregó de forma deliberada a unas manos malvadas tenía un nombre y una identidad, que formaba parte de una comunidad y que alguien quedará destrozado al saber que ya no está. Pero quizá, pienso mientras miro fijamente la máscara de rigidez que cubre la cara de la chica, este tipo de observaciones sean una pérdida de tiempo. Probablemente las cosas que hagan mella en ella sean otras muy distintas.

—Teníamos un vínculo de sangre —añado—. Mi sangre.

No le explico que me estoy refiriendo a la forma en que Tirith limpió la herida de mi mano con la lengua. Dejo que la chica piense que estoy loca... si es eso lo que cree. La veo mirar hacia el suelo. El hacha sigue ahí. Más cerca de ella que de mí. Rápidamente, adelanta un pie y la pisa, la recoge y se la mete con total normalidad por dentro de la cintura del holgado pantalón.

—Escúchame —dice, y se cruza de brazos—. Fue Jorma quien dijo que teníamos que vengarnos de alguna manera.

Una risa carente de alegría se escapa de mi garganta. Yo misma oigo que suena como la risa de una demente, pero no puedo evitarla. ¿Venganza? Lo que dice es tan absurdo...

—¿Está mal de la cabeza? ¿Estáis todos mal de la cabeza? Pero ¿qué os he hecho yo, me lo puedes explicar?

La chica pone los ojos en blanco, como diciéndome que no me haga la tonta. Luego aparta la vista y se muerde el labio inferior.

—Cuando la recuperamos, pensé que Jorma se calmaría. En el fondo, no había pasado nada... Intenté hacer que se olvidara de ti, pero él... cuando se pone así es imposible saber... No tiene límites. A veces incluso pienso que sería capaz de...

Se detiene y me mira de reojo, claramente incomodada. Como si hubiese hablado más de la cuenta.

—Pensé que si le entregaba tu gato a lo mejor se conformaría.

Me la quedo mirando, sacudiendo la cabeza con gesto de frustración.

—No lo entiendo. De verdad que no entiendo absolutamente nada de lo que dices.

Me observa con aire escéptico, como si pensara que se me ha escapado algún detalle importante. Hasta que no pasa un rato no se da cuenta de que realmente estoy tan desconcertada como parezco. Respira hondo y luego suelta el aire de forma ruidosa. Se acerca al tronco caído y se sienta a mi lado, aunque a cierta distancia. A pesar de ser agosto, lleva unas robustas botas de piel. Arrastrando las puntas por el suelo, traza una especie de dibujo abstracto.

—La barca —dice con un suspiro—. Todo es por la barca.

Me mira de forma tentativa, pero yo niego en silencio. No, sigo sin entender.

—Las barcas —dice la chica—. Las barcas son nuestras.

Habla con firmeza, remarcando la palabra «nuestras». En mi mente aparecen dos barcas de remos. Una de madera, otra de plástico blanco sucio. Veo el suelo de una de ellas ensangrentado, un bulto rojo en el otro extremo. La chica sigue hablando a mi lado. Quizá se deba a que llevo varios días sin comer ni dormir debidamente. Quizá sea por el embarazo y su efecto sobre mi cuerpo y mi alma. O tal vez se deba a que estos últimos días he estado buscando desesperadamente a dos personas que han desaparecido sin dejar rastro, pero en lugar de encontrarlos me he adentrado más y más en las tinieblas, me he hundido más y más en el lodo.

Probablemente sea por eso por lo que me cuesta comprender adónde se dirige la explicación de la chica. O quizá sea una especie de mecanismo de defensa, una forma de resistirse a la idea que empieza a cobrar forma en mi mente. No puede ser... no es posible... Solo entiendo fragmentos de lo que dice. «La última vez». «Se quedó allí». «Desaparecida». «Encontrada». «Al otro lado de la isla». «Jorma». «Eras tú». «Venganza».

En la distancia oigo un trueno. Va aumentando de potencia hasta que es tan ruidoso que tengo que taparme las orejas con las manos. Aun así, el ruido continúa. El mundo tiembla a mi alrededor. Dura tanto rato que al final no puedo contener el grito. Alguien me coge de las manos y me las baja con cuidado a los lados. Alguien acerca su cara a la mía y me habla. No logro distinguir las palabras, pero la voz que las pronuncia es inesperadamente dulce. Al final comprendo que es la chica, Greta, que se ha puesto de cuclillas delante de mí. Me dice cosas tranquilizadoras al oído y me acaricia la espalda, sigue así hasta que recupero la calma. Hasta que el trueno se extingue, hasta que los gritos me han dejado la garganta seca y el cuerpo agotado. Entonces nos quedamos unos minutos en silencio, la una al lado de la otra. Luego me

vuelvo hacia ella, veo que ella se vuelve hacia mí. Y cuando nuestras miradas se encuentran, empiezo a hablar.

Cuando por fin termino, cuando lo he soltado todo, el sol ya se ha alzado por encima de los árboles y comienza a hacer calor. Me quito el anorak y me seco el sudor de la frente. Greta se saca el mango del hacha de la cintura del pantalón y me la devuelve.

—Lo siento mucho por ti —dice—. Ojalá pudiera hacer algo.

—Lo hay —respondo—. Déjale. Hazlo ahora, en este mismo instante, antes de que sea demasiado tarde.

Ella esboza una tenue sonrisa.

—Vas a ser una buena madre.

Entonces lo oigo. El teléfono. Sigue en uno de los bolsillos del anorak. En lo que me parece que es la enésima vez que hago esto, mis manos tantean la tela por fuera, por dentro, abre cremalleras y desabrocha botones para dar con el móvil. Pero en esta ocasión tengo una sensación nueva. Porque ahora lo sé. «De hecho, lo he sabido todo el tiempo».

Me pego el auricular con fuerza a la oreja. Esta vez no es solo silencio lo que hay al otro lado. Esta vez oigo una voz firme y segura de hombre.

—Hola, Greta, soy Alex. ¿Me has echado de menos?

La tarde que bajamos hasta la barca. Yo, un poco por detrás de los otros dos, con la mirada fija en las piernecitas flacas de Smilla asomando por debajo del vestido rosa de algodón. Piernas que rebosaban de vida, que albergaban tanta energía que tenían que avanzar dando brincos porque el paso normal no era suficiente. Algo en esas piernas me hizo pensar en la película que Alex había elegido para que viéramos unos días antes. Era la historia de un pedófilo, un violento asesino de niños, un drama oscuro, deprimente y despiadado. Una de las cosas más repugnantes que he visto en mi vida. Cuando finalmente la cámara enfocó dos piernas de niña pálidas e inertes asomando por debajo de un arbusto, ya no pude contener las arcadas. Salí corriendo al baño y vomité. Otra vez.

Alex seguía totalmente inmerso en la película cuando volví, apenas levantó la vista cuando me senté de nuevo, ahora en la punta del sofá. En aquel momento aún no le había contado lo del bebé. Una parte de mí había pensado que acabaría resultando obvio, que él se daría cuenta de mi malestar constante y que encajaría las piezas. No fue así. No lo supo hasta que llegamos a Marhem, hasta entonces yo no me había sentido preparada para verbalizar la noticia. Fue apenas unas horas antes de que llegara Smilla, horas antes de que yo yaciera despierta en la cama y tomara la decisión de seguir adelante con el embarazo. Y dejar a Alex.

A la mañana siguiente se lo dije, pero él no me tomó en serio. Debería haber hecho las maletas y haberme ido en ese mismo momento, pero algo me retuvo. ¿Quería evitar montar una escena desagradable delante de Smilla? ¿O simplemente la reacción de Alex me pilló por sorpresa y necesitaba tiempo para recomponerme? En cualquier caso, me quedé a pasar el día. Después de cenar bajamos al lago. En el embarcadero, Alex se volvió para mirarme. El sol del atardecer formaba una aureola color rojo sangre alrededor de su cabeza. Me sonrió.

—Me alegro de que hayas cambiado de idea.

Yo solo tenía un único sentimiento claro. Una sola respuesta. Tal como lo recuerdo, ni siquiera tuve que armarme de valor para pronunciarla.

—No lo he hecho.

Bajamos a la barca, fuimos hasta la isla y allí desaparecieron sin dejar rastro. Se los tragó la tierra. He estado varios días buscando, intentando dar con ellos, en vano. Y ahora, de pronto, Alex ha vuelto. Su respiración en mi oído es relajada, satisfecha. Está claro que me tiene justo donde quiere. Aprieto fuerte el móvil contra mi oreja para que no se me caiga. Sé que está esperando que diga algo, pero no consigo emitir palabra.

—Te has quedado muda por la añoranza —dice él al final—. ¿Todavía estás en Marhem?

Consigo murmurar una respuesta afirmativa. Luego estoy a punto de preguntar dónde está él, pero siento que hay otra cosa que debo saber primero.

—¿Cómo está Smilla? Está bien, ¿verdad? ¿No habrás...?

No consigo terminar la frase. El miedo, la sospecha que me ha atormentado sin cesar desde la desaparición. Miedo a lo inconcebible, lo innombrable. Aunque, en verdad, no hay ningún fundamento real para esa angustia. Al menos, basándome en lo poco que he visto de su interacción. Y, aun así, temo que Alex pueda haberle hecho daño a Smilla. Que, a falta de otras víctimas propiciatorias, haya podido desfogar su frustración con ella, saciar sus inclinaciones con ella. No, no me veo capaz de decirlo en voz alta. Apenas me atrevo siquiera a pensarlo. Pero esa es la razón por la que me he quedado en Marhem después de la desaparición. Porque siento un peso sobre mis hombros, una carga que no se aliviará hasta que me haya cerciorado de que Smilla está a salvo. Que no le ha pasado nada malo.

Pienso en el hombre mayor de la casa marrón que me contó que había visto a Alex y a Smilla. Recuerdo las palabras que dijo sobre Alex. «Enfadado. O muerto de miedo. Es difícil de decir». Aunque no estaba segura de cuánta veracidad podía atribuir a las observaciones de aquel hombre, fue aquello lo que me decidió finalmente a acudir a la policía. Por Smilla. Yo nunca he visto a Alex asustado, no logro imaginármelo muerto de miedo. Pero conozco su furia interna, sé demasiado bien qué cosas puede llevarle a hacer.

Alex se aparta el teléfono de la oreja y le habla a alguien que tiene cerca. «¿Verdad que estás bien? ¿Puedes decir que te encuentras bien?». Oigo la voz de Smilla respondiendo de fondo. Con sorpresa infantil, repite las palabras.

—Estoy bien.

Cierro los ojos y la imagen de dos piernecitas desnudas asomando bajo un arbusto se desvanece, dejándome por fin en paz.

—¿Con quién hablas, papá?

Smilla solo tiene cuatro años, pero aun así se percibe claramente en su voz. Cierta cautela. Mientras escucho la excusa de Alex, algo sobre un viejo amigo de la infancia, el sentimiento de culpa me asalta de nuevo. La culpa de mi papel en la vida de esta niña, mi intrusión en su existencia. Vuelvo a visualizarla ante mí. Su carita desafiante cuando amarramos en la isla y Alex trató de convencerme para que bajara a tierra con ellos. La expresión de sus ojillos cuando Alex, con una ironía que ella no debió de percibir, dijo que aquello era una «excursión en familia, cariño». Quería tener a su padre para ella sola. No compartirlo con una extraña.

Echo un vistazo por encima del hombro y veo que la joven Greta vestida de negro ha desaparecido del claro sin que yo me diera cuenta. Vuelvo a estar sola en medio del bosque. En un primitivo cementerio de animales, con un hacha como única compañía. Al otro lado de la línea, Smilla no parece tener intención de dejar tranquilo a su padre, ahora que por fin se ha metido en su conversación.

—Papá solo va a hablar un poquito. Si quieres coge la tableta de papá mientras tanto. Puedes jugar a ese juego que te gusta tanto. Sí, ese de la niña a la que le puedes poner diferentes vestidos.

Al final oigo un chasquido, seguramente una puerta que se cierra, y se hace silencio de fondo. Smilla ya no está escuchando, vigilando celosa a su padre. Toqueteo el hacha. Respiro hondo.

—Explícamelo —le digo—, explícame lo que pasó el otro día en la isla.

Y lo hace. Smilla ya estaba empezando a cansarse de la aventura cuando llegaron a una especie de campamento al otro lado de la isla. Allí había una barca amarrada, con el suelo manchado de algo que parecían restos de sangre. Smilla se negaba a montarse, así que al final Alex tuvo que subirla a bordo en brazos. Le explicó que iban a jugar a un juego y darme una sorpresa, que tenía que estarse totalmente callada, sin gritar ni llamarme. Y luego se alejó remando de la isla hasta llegar a tierra firme.

Tirito de frío, a pesar del calor. Me viene a la mente la imagen de la barca blanca de remos. Oigo la voz amenazante de Jorma resonando en mi cabeza. «No nos habrás quitado algo que es nuestro, ¿verdad?». Luego la voz cambia. Ya no pertenece a Jorma, sino a Greta. «Cuando la recuperamos, pensé que Jorma se calmaría. En el fondo, no había pasado nada».

—¿Y luego?

—Bueno, luego...

Después caminaron a través del bosque, guiados por el sonido de la autovía. Y cuando por fin llegaron, tuvieron tanta suerte que uno de los autobuses que iban a la ciudad pasaba al cabo de un cuarto de hora. Una coincidencia temporal asombrosa, la verdad. Smilla durmió la mayor parte del trayecto a casa. Luego se dio el lujo de tomar un taxi desde la estación.

Y eso fue todo. No había más que añadir.

Con mano temblorosa, acaricio el anorak que he dejado a un lado sobre el tronco caído. En casa, están en su casa. Es allí donde han estado desde aquella noche. Mientras el abismo se iba abriendo bajo mis pies, amenazando con engullirme entera, Alex y Smilla estaban sanos y salvos. Ha estado jugando conmigo todo este tiempo. Mi cabeza se mueve lentamente de un lado a otro. Lo sabía. De alguna forma, lo sabía. Pero saber no es ni de lejos lo mismo que entender.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —pregunto con voz débil.

La respuesta llega como un latigazo.

—¿De verdad que no lo sabes?

Niego en silencio con la cabeza. Aunque Alex no me puede ver, parece intuir mi respuesta.

—Quería ver cómo reaccionabas. Si te largarías sin más. O si te quedarías a esperar, si intentarías buscarnos.

Noto el tronco duro y rugoso debajo de mí. Me tiembla todo el cuerpo. Mi mano se agita tanto que tengo que apretar el móvil con fuerza contra la oreja para que no se me caiga.

Mi teléfono. El que encontré en el lado de Alex de la cama tras la desaparición. ¿Acabó allí por error, o fue Alex quien lo puso deliberadamente mientras hacía la cama? ¿Había empezado a planear varias horas antes de ir a la isla la posibilidad de someterme a una especie de prueba? ¿Ya había decidido que desaparecería con Smilla y que cortaría toda posibilidad de comunicarme con él? No puede ser cierto...

—Apagaste tu teléfono —consigo decir.

—No habría sido ningún desafío si hubieses podido contactar conmigo enseguida, ¿no crees?

La cabeza me da vueltas. ¿Fue por eso por lo que al final empezó a llamarme, pero sin decir una palabra? ¿Para aumentar la tensión, llevar el «desafío» un poco más allá? Le pregunto por las llamadas silenciosas, las que me han llegado desde su teléfono en repetidas ocasiones en las últimas

veinticuatro horas, pero Alex no admite haberlas hecho. Afirma rotundamente que él no me ha llamado para nada. Al ver que insisto, se enfada.

—¿Qué coño importa eso? No tiene ninguna importancia. Lo que cuenta es que no te has marchado. Te has quedado, así que has superado la prueba.

Una mareante sensación de vértigo me recorre todo el cuerpo y me flaquean las piernas. Nunca me he desmayado, pero por lo que tengo entendido debe de ser esto lo que se siente segundos antes. Este caos que me invade por dentro y por fuera, la oscuridad que lentamente me va absorbiendo... ¿Es eso lo que ha sido realmente? ¿Un juego? ¿Una prueba?

—¿No entiendes que ha sido por tu propio bien? Todas esas tonterías que dijiste... Quería darte la oportunidad de aclararte las ideas, así de simple. Quería hacerte comprender que no puedes vivir sin mí.

En mi mente, vuelvo a ver la corbata de seda negra. Las manos de Alex apretando el nudo más y más fuerte alrededor de mi cuello, mientras yo, con las manos atadas, arqueo el cuerpo en un intento por liberarme. Se me nubla la vista, los pulmones están a punto de estallarme. Estoy convencida de que tiene toda la intención de estrangularme. De verdad. Justo entonces, en ese instante, me deja ir. Me permite respirar otra vez. «Comprender que no puedes vivir sin mí».

Todo se desmorona. Lo único que queda es la verdad, tan dura e incómoda como el tronco en el que estoy sentada. Sometiéndome a esta prueba, Alex ha arrancado deliberadamente los inestables fundamentos sobre los que descansa mi vida. «Ha sido por tu propio bien». Una brisa matutina se desliza presurosa entre los árboles y me acaricia con su mano helada el cuello y la garganta. De todas las cosas por las que me ha hecho pasar, este es el mayor ultraje de todos.

De alguna forma consigo levantarme del tronco y coger el hacha, pero dejo el anorak donde está. Todo a mi alrededor parece centellear mientras camino de regreso entre los árboles, apenas veo a un metro por delante de mí. Las ramas me arañan la cara, pero es como si el dolor viniera de un sitio muy lejano, como si no fuera parte de mí.

—¿Y el bebé? —me oigo preguntar.

—¿Qué bebé?

—El bebé que llevo...

—No hay ningún bebé. Lo sabes muy bien, Greta.

Las palabras pesan por la carga que llevan. Lo que está diciendo, lo que espera, es que seamos solo nosotros dos. Hasta la próxima vez que decida jugar con mi vida. Porque volverá a pasar, no me cabe ninguna duda. A lo



mejor recurriré de nuevo a la corbata, a lo mejor será un elemento totalmente nuevo. Lo único de lo que puedo estar segura es de que la próxima vez irá un paso más allá. Y luego otro. No me soltaré hasta que me rinda. Quizá ni siquiera entonces.

Alex sigue hablando, haciendo una lista de ropa y juguetes que se han quedado en la cabaña. Cosas que tiene que recoger. Y, como debo comprender, él ahora mismo no puede acercarse hasta aquí, pero quiere que empaquete el mayor número posible de sus pertenencias, las cargue en el coche y me vaya a casa. Pasará por mi piso en cuanto haya...

—No —digo.

—¿No?

—No.

Pienso en el pozo, el que vi ante mis ojos la otra noche cuando contemplaba fijamente las aguas oscuras de La Bruja. «Si hubiese existido de verdad, podría haberte empujado dentro. Es lo que he aprendido de estos días. Que si hubiese tenido la oportunidad, podría haberlo hecho». O te rindes, o contraatacas. Y yo soy la hija de mi madre. Que Dios me ayude, pero lo soy. Ahora lo sé.

—Te dejo, Alex. Estoy más segura de mi decisión que de ninguna otra cosa en toda mi vida. Y si alguna vez vuelves a acercarte a mí, te juro que te mato.

Se queda callado. Pasa casi medio minuto antes de que vuelva a hablar.

—¿Igual que mataste a tu padre?

—Exacto.

Intuyo algo en su voz. Un leve temblor.

—¿De verdad serías capaz?

Dejo que el silencio conteste por mí, que sea mi única respuesta. Luego corto la llamada. Me quedo con el teléfono en una mano y el hacha en la otra. Avanzo implacable entre los troncos. Y pienso que ha quedado claro que Alex no ha entendido nada sobre quién soy. Absolutamente nada.

Me abro paso furiosamente a través del bosque. No existe otra forma de describir mi avance. Las ramas secas se me clavan y me arañan las mejillas y la frente. Algo caliente rezuma de una de mis cejas. En lugar de aclararse, mi mirada se vuelve cada vez más borrosa; los centelleos ante mis ojos se intensifican. Cuando por fin dejo los árboles atrás y salgo de nuevo al camino del bosque, siento como si todo mi cuerpo se balanceara, como si me hallara en un mar enorme en plena tempestad.

Las piernas me llevan hacia delante y yo las dejo hacer. Sin saber si voy en la dirección correcta. Y además, ¿cuál es la dirección correcta? Algo viene hacia mí por el camino. Algo o alguien. Noto las muñecas tensas y doloridas, y aunque no pueda distinguir bien los objetos que sostienen mis manos sé que están ahí, como una extensión de mi propio cuerpo. El móvil y el hacha. A estas alturas los tres somos uno solo, me aferro a ellos con fuerza, no los soltaré, pase lo que pase.

La bestia que me viene de frente es oscura y peluda. Se mueve veloz, con agilidad. Me detengo, pienso que a lo mejor no es real. Ver algo que no existe, o no ser capaz de asimilar lo que realmente existe: podrían ser las dos caras de una misma moneda. Lo que pasó con papá, lo que se me escapa... ¿Es mi memoria la que falla? ¿O es la capacidad de interpretar correctamente lo que perciben mis sentidos? La bestia está cerca, viene a mi encuentro, y entonces noto algo mojado y frío contra el dorso de mi mano. El hocico de un perro. Doy un brinco ante este contacto tan sencillo pero tan tangible. La realidad se impone, el velo cae de golpe y de pronto puedo ver con claridad. No hacia fuera, sino hacia dentro. No se trata ni de una memoria defectuosa ni de experiencias distorsionadas. Lo que me falla es la voluntad de reconocer lo que le pasó a papá. En quién y en qué me ha convertido eso.

—Lo siento —murmuro, y los ojos se me llenan de lágrimas.

Me parece ver que el perro da un paso atrás y se lame el hocico. Luego suelta un ladrido, no airado, sino más bien confuso. Dirigido a la figura que ahora se está aproximando.

—Hola otra vez —dice el hombre de la casa marrón.

La explicación de Alex de cómo él y Smilla se alejaron de la isla y cruzaron el bosque resuena en mi cabeza. Aparto la vista de la criatura peluda que está a mis pies y miro al hombre. Fijamente.

—Debiste de verlos mientras salías a pasear con el perro —balbuceo—. Estoy segura de que los viste.

Algo en mi aspecto parece sobresaltar al hombre. Luego ordena al animal que vuelva con él. Una oleada de náuseas me recorre por dentro, seguida de una fuerte punzada en la zona abdominal. Como si acabaran de asestarme una puñalada en las entrañas. El dolor hace que me doble hacia delante. Oigo la voz del hombre, me habla preocupado y suspicaz al mismo tiempo. Antes de que me dé tiempo a contestar, me viene una segunda punzada y estoy a punto de caer de rodillas. Una idea pasa por mi mente. «El bebé». No puedo perder el bebé. El bebé no.

Hago un esfuerzo por incorporarme, me pongo de nuevo en marcha. Pero el hombre está en medio de mi camino. Sus rasgos son borrosos y su expresión indescifrable, pero ahora su voz suena más preocupada. Algo se posa en mi hombro y lo aprieta. ¿Es su mano? ¿Está tratando de frenarme? ¿De retenerme aquí? El pánico vuelve a invadirme y me brinda nuevas fuerzas. De pronto me enfurezco. Unos fuertes gritos retumban por el camino, se extienden por todo el bosque que lo rodea. Siento que me escuece la garganta, que me quema, y es así como me doy cuenta de que la persona que grita soy yo. Luego vuelve a estar ahí, la mano, que me quiere retener. Me sacudo para liberarme al tiempo que levanto el brazo con el hacha.

El viento amaina, el mundo se detiene, y lo único que se oye es el gañido lastimoso del perro. El hombre retrocede. No, no retrocede, se da la vuelta y echa a correr. Sale huyendo. Cuando él y el perro desaparecen, caigo en la cuenta de que la mano que el hombre me ha puesto encima no era para forzarme a parar, sino más bien una reacción defensiva. No tenía ninguna intención de retenerme. Quería mantener la distancia.

De alguna manera consigo regresar a la cabaña. Por el camino mi estado empeora todavía más. Los calambres en el abdomen han remitido, ahora el dolor se concentra en la zona lumbar. La noto rígida y entumecida, con alguna que otra punzada ocasional. La presión en el pecho es tan fuerte que apenas puedo respirar. Me acerco tambaleante hasta el coche aparcado delante de la

cabaña y me apoyo en él. Las puertas no están cerradas con llave, así que me dejo caer en el asiento del conductor. Siento como si mi cabeza estuviera en llamas. Los centelleos en mi campo de visión se han convertido en relámpagos cortantes. En este estado no puedo conducir ni cien metros. Acabaría en la cuneta. O me estrellaría contra una pared rocosa.

Lo que tengo que hacer es llegar a la autovía y tomar uno de los autobuses que pasan por Marhem. Tal como hicieron Alex y Smilla. Me froto la frente. Que fuera eso lo que pasó... Todavía no logro asimilarlo del todo. Giro lentamente la cabeza para mirar hacia la cabaña. Mi mente hace inventario de las maletas, la ropa y los artículos de baño que hay dentro. Todo lo que es mío, todo lo que debería llevarme conmigo. El mero hecho de pensar en ello me supone un esfuerzo descomunal. En este momento estoy tan exhausta que ni siquiera me imagino cómo podré bajarme del coche. ¿De dónde voy a sacar las fuerzas? Me invade otra oleada de náuseas y me remueve por dentro, hace que el mundo se distorsione y pierda nitidez. Nunca lo conseguiré.

Mis pertenencias tendrán que quedarse. No veo otra opción. Pero el gato... Como mínimo debería ir a recoger a Tirith para llevármelo cuando... Una pequeña cruz hecha de palos cruzados interrumpe brutalmente mis pensamientos. Un fino collar de color rosa. La confesión de la chica vestida de negro me embiste de nuevo. Saber que Tirith no está ahí dentro. Que no volverá nunca más. Que alguien va a tener que contárselo a Smilla. Smilla, que huele a manzanas y vainilla, a la que le encantan las princesas y las Barbies. Smilla, que adora a su padre.

Mi cara cae sobre el volante, choca contra el claxon y emite un pitido solitario. Hay algo infinitamente triste en ese sonido monótono. Para que signifique algo se necesita un emisor y un receptor, pero aquí no hay nadie aparte de mí que pueda oírlo. Sin un contexto, pierde todo su significado, no tiene ningún sentido. Igual que yo, igual que mi vida hasta la fecha.

Mi mente vuelve de nuevo a aquella última tarde, a las manos entrelazadas de Smilla y Alex bajando hacia el embarcadero. La envidia y el anhelo que sentí en aquel momento siguen aposentados en mí. ¿Podría ser yo esa dentro de unos años? Sosteniendo una manita caliente en la mía, con una personita parloteando sin parar a mi lado. ¿O me estoy engañando a mí misma? ¿Me estoy dejando cegar por esa sempiterna ansia de intimidad? La herencia que llevo dentro. La herencia que llevará mi bebé. ¿Llegaría a eclipsarlo todo? ¿A destruirlo todo? «Ay, mamá, dime si mereció la pena. Si habrías vuelto a tomar la misma decisión».

Justo entonces me llama. Me quedo mirando el teléfono, que está tirado en el asiento del copiloto, junto con el hacha. ¿Mamá? «¡Mamá!». La última vez que hablamos le colgué el teléfono. Llevo casi dos días sin contestar a sus llamadas. En realidad no he hablado con ella en más de veinte años. No de verdad. Me palpitan las sienes. Todo lo que había esperado conseguir con Alex, todo lo que no he recibido. Cojo el pequeño aparato y respondo sin pensármelo.

—Ya no quiero estar más sola.

Sigo en Marhem, en la cabaña. Estoy tumbada en la cama. Con la ropa puesta y el edredón subido hasta la barbilla. De hecho, me he tapado también con la mitad del otro lado de la cama. La de él. El hombre que nunca volverá a acostarse a mi lado. «Si alguna vez vuelves a acercarte a mí, te juro que te mato». Estoy tiritando y me castañetean los dientes, pero aun así asiento con vehemencia. Sí, lo digo en serio. Podría pasar. Lo llevo dentro. Durante todos estos años he logrado mantener a raya el pensamiento, ese que ha estado acechando en las sombras. He intentado convencerme a mí misma de que no soy así. Esfuerzos fútiles. Ahora lo sé.

A pesar del doble edredón, el frío metido en los huesos hace que tiemble de pies a cabeza. El dolor de cabeza es tan intenso que la luz del día me duele en los ojos. Debería levantarme y bajar las persianas, pero soy incapaz de hacer acopio de fuerzas. Mamá, pienso. Date prisa. Ha reaccionado con tanta serenidad cuando me he derrumbado por teléfono. Me ha preguntado dónde estaba, y tras explicarle más o menos cómo llegar, me ha dicho:

—Quédate ahí. Voy a buscarte.

—No lo harás. Te esperé mucho tiempo, pero... no viniste.

Los pensamientos y los recuerdos se han fundido en mi conciencia alterada. Me he visto a mí misma sentada en el suelo de mi cuarto, he visto a los agentes uniformados entrando y saliendo, he visto a Rut llegar e irse. Y luego la puerta de lo que había sido el dormitorio de mis padres. La puerta que permaneció tanto tiempo cerrada.

Mamá se ha quedado callada un segundo más de la cuenta. Después su voz ha sonado de un modo diferente. Como si se hubiera desprendido de la capa exterior.

—Esta vez sí que voy. Ahora mismo. Te lo prometo.

Y sé que lo ha dicho en serio. Pasar a la acción es el fuerte de mi madre. Al menos nunca ha cabido duda alguna de que es lo suyo.

Noto parpadeo, y me doy cuenta de que debo de haberme quedado dormida un rato. Me duelen las articulaciones y me arde la piel. Sigo en Marhem, sola, enferma y miserable. Tirith está muerto. La búsqueda de Alex y Smilla ha terminado. Ya no tengo motivos para seguir despierta.

Llena de anhelo, me esfuerzo por atrapar el sueño que se aleja. Dejo que vuelva a arrastrarme consigo. Permanezco tumbada y me deslizo en un espacio temporal indefinido, entrando y saliendo de un duermevela intranquilo. Sueño que le he dado unas indicaciones equivocadas a mi madre y que está dando vueltas y vueltas sin llegar nunca a la cabaña, sin poder encontrarme.

Me despierto cuando llaman a la puerta. Al principio creo que es parte del sueño, pero al final entiendo que es real y la cabeza se me despeja de golpe. ¡Mamá! Ya está aquí. Todo va a ir bien.

Todavía me siento débil, pero mi cuerpo me obedece cuando lo obligo a levantarse de la cama y dirigirse a la entrada. No me queda otra opción. Mamá no tiene llave y, a pesar de encontrarme en un estado deplorable, he puesto mucho cuidado en echar el cerrojo en cuanto he cruzado la puerta. Recuerdo haber presentido algún tipo de amenaza. Mientras arrastro los pies hacia el recibidor, frunzo el ceño. ¿Qué amenaza me he imaginado? ¿De dónde procedía? ¿Y de parte de quién? Ahora no lo recuerdo. «Se me escapa».

Llego a la puerta. Alargo la mano hacia el pomo. Visualizo a la persona que está al otro lado. Me tiemblan los dedos. ¿Por qué? ¿Por qué estoy temblando? Porque estoy enferma, porque tengo fiebre. ¿Por qué iba a ser, si no? Giro la cerradura y abro la puerta con cuidado.

—¿Mamá?

Pero no es ella. Es... apenas puedo creer lo que ven mis ojos. Es mi psicóloga. La rubia. La mujer cuya consulta abandoné hace varios años. La mujer cuyas palabras de mal augurio han resonado con nueva intensidad estos últimos días. Lleva el pelo diferente y otra ropa, pero la reconozco en el acto. Y entiendo que todavía estoy soñando. Que esa mujer no puede estar aquí de pie, ante la puerta de la cabaña de Alex. No puede ser real. El detalle de que lleva un remo en la mano lo vuelve todo aún más absurdo y surrealista.

En medio de mi aturdimiento, pienso que si ha venido a buscarme hasta aquí debe de ser por algún motivo. Tiene algo que decirme. De pronto temo despertarme antes de que la versión onírica de mi psicóloga haya tenido tiempo de comunicarme lo que ha venido a decir.

—Tenías razón —acierto a murmurar—. Todo lo que dijiste es cierto. Pero ¿y ahora qué? ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

Se me queda mirando un buen rato, abre sus ojos azules de par en par antes de volver a entornarlos lentamente.

—Entonces... ¿eres tú? O sea que eres tú...

Luego alza el remo. A lo mejor no es ningún sueño, pienso. A lo mejor estoy delirando.

Entonces la psicóloga suelta un grito, un chillido agudo y penetrante. Histérico. Doy un respingo. Porque reconozco esa voz, ese grito. En un instante de repentina claridad, regreso a la noche de nuestra llegada a Marhem. El coche parado aquí fuera. La persona que se quedó y la que se fue. Smilla y la mujer que gritaba. Smilla y su madre. Smilla y la esposa de Alex.

Doy un paso atrás al tiempo que algo oscuro corta el aire. Me golpea en el hombro y en un costado de la cabeza. Caigo contra la pared y levanto la mano, pero es en vano. Sumida en la niebla, noto que mi cuerpo se desploma al suelo. Después todo se vuelve negro.



Empieza y termina con mi madre. Para entenderme a mí y mi historia, primero tienes que entender esto. Desde un buen comienzo, mi madre lo fue todo para mí. Y yo para ella. Yo era la luz de su vida, siempre me lo decía. Su voz era dulce como una caricia en mi mejilla. Solía tomarme entre sus brazos y apretarme contra la carne caliente de su cuerpo para hacerme entender que con ella siempre estaría a salvo. Un leve aroma a lavanda emanaba de su piel cuando me acariciaba el pelo. Se levantaba conmigo por las mañanas y preparaba el desayuno, estaba allí cuando yo volvía del colegio, me acostaba por las noches. Cada día, cada noche. Nunca dejaba que el trabajo ni las amigas ni otras distracciones la alejaran de mi lado. No recuerdo ni una sola ocasión en que yo la necesitara y ella no estuviera allí. Todo lo que hacía era por mí. Nunca en toda mi vida me ha querido nadie más que ella.

Cuando llamaron del hospital para decirme que había sufrido un accidente de coche, yo estaba sola en casa con Smilla. Alex se había ido a Marhem. Para pasar unos días solo, a fin de poder terminar un proyecto importante. Al menos eso fue lo que me dijo antes de irse.

—Es grave —dijo la enfermera que llamó.

En aquel momento se abrió una grieta bajo mis pies, y otra en mi pecho. Los primeros años después de haberme marchado de casa y dejado atrás el nido seguro de mi madre, estuve deambulando sin rumbo. Descubrí que el mundo era un lugar desagradable y aterrador. Estudié para psicóloga, pensé que me ayudaría a averiguar por qué me sentía como un gato abandonado. Pero hasta que no nació Smilla las piezas no volvieron a encajar. De pronto tenía una misión. La entrega total a la maternidad se volvió mi razón de vivir. Y mi madre pasó a ser algo más que mi puerto seguro. Se convirtió en mi ejemplo a seguir, mi modelo.

Agarré con fuerza el auricular, temerosa de preguntar, obligada a hacerlo.

—¿Cómo de grave?

—Tienes que venir cuanto antes —fue su respuesta.

Smilla no quería ir a ningún lado sin Tirith y sus juguetes, así que saqué el transportín y la maleta más grande que teníamos, y la dejé que metiera todo lo que quisiera. La tarde de agosto se convirtió en noche y levantó sus muros oscuros a nuestro alrededor cuando pusimos rumbo a Marhem. Conduje demasiado deprisa todo el camino. Apenas podía ver por las lágrimas que corrían sin parar por mi cara. Las huellas de mi madre, las que yo había estado siguiendo, estaban a punto de ser borradas de la faz de la tierra. Su ejemplo, que yo había tratado en vano de emular, se estaba desvaneciendo. ¿Qué sería de mí sin ella? ¿Cómo iba a ser capaz de soportar aquello en lo que se había convertido mi vida?

El coche que estaba aparcado delante de la cabaña era de otra mujer, lo supe al instante. Si hasta entonces había intentado mirar para otro lado, ahora ya no podía hacerlo. No le había dicho a Alex lo que había pasado ni le había avisado de que íbamos, lo llamé al móvil cuando ya estábamos en el camino de entrada delante de la puerta. Puede que inconscientemente quisiera pillarlo. Cuando él salió, me puse a gritar hasta desgañitarme. Grité de tal manera que podía parecer que estaba a punto de volverme loca. O que ya lo estaba. Es lo que Alex habría dicho, claro. No era propio de mí comportarme de aquella manera. No era para nada propio de la esposa que había moldeado. La que sabe agachar la cabeza, tragar, mirar para otro lado. No recuerdo lo que grité, puede que ni siquiera fueran palabras y frases reales. Puede que fuera un solo grito, largo y primigenio, nacido del pánico de perder a mi madre. La otra mujer —tú— en realidad no era importante. Al menos en ese momento.

El odio empezó a surgir más tarde, en el hospital. Me pasé dos días y dos noches velando junto a la cama de mi madre. Estuve sentada a su lado, cogiéndola de la mano y negociando con poderes superiores. Si la dejaban vivir, yo prometía... ¿el qué? No tenía nada que ofrecer a cambio. Estuve pensando en lo que mi madre podría querer que hiciera, qué sacrificio habría considerado adecuado. Pero lo único en lo que podía pensar era en Smilla. Lo único que podría significar algo, que a mi madre le habría parecido relevante, era que yo cuidara de mi hija. Era por Smilla por quien yo debía estar dispuesta a sacrificarlo todo. Me vino a la memoria el momento en que llegamos a Marhem, cuando Smilla se bajó corriendo del coche y se lanzó a los brazos de Alex. La manera en que hundió la cara en su pecho cuando él la cogió en volandas. Como si buscara protección, como si fuera él quien podía dársela. Él y la mujer que estaba esperando en la cabaña. Nuestra cabaña.

El odio se apoderó de mi cuerpo, me llenó por completo, borboteando y presionando bajo mi piel. No sabía qué hacer con toda aquella oscuridad y violencia, no sabía hacia dónde ni hacia quién dirigirlas. Y entonces mi madre murió. Hay momentos —momentos de terrible agonía— en que pienso que no fueron las heridas sufridas en el accidente las que le arrebataron la vida, sino todo aquel odio. El odio que se extendía como veneno por mi cuerpo. Debí de manar de mí, debí de supurar por mi piel y emponzoñarla mientras la cogía de la mano.

Cuando volví a casa del hospital, Smilla y Alex estaban allí. Apenas hablamos, y lo cierto es que no guardo ningún recuerdo de lo que dijimos. Todo era borroso y confuso tanto dentro de mí como a mi alrededor, como si mis contornos se estuvieran difuminando. Me pasé las horas en el dormitorio, con la persiana bajada. Mi madre me había dejado. Nunca me enseñó cómo continuar con mi vida el día que ella ya no estuviera. Día y noche, luz y oscuridad, todo se fundió en una misma cosa. Simplemente permanecí allí tumbada, como anestesiada.

Alex me dejó en paz. En algún momento me quedé dormida y soñé que él venía con una bandeja de té y bocadillos, que se sentaba en el borde de la cama y me rodeaba con sus brazos. Que me consolaba. Pero entonces me desperté y en la habitación no había nadie.

Cuando mi mirada se acostumbró a la penumbra se fijó en un objeto que había en la mesita de noche de Alex. Su teléfono. Estuve un buen rato inmóvil mirándolo fijamente. Luego me incorporé y alargué la mano. Busqué en la lista de llamadas, encontré lo que me pareció que debía de ser tu nombre y tu número. Y llamé. Cuando respondiste, colgué. Te llamé varias veces. A escondidas, cuando Alex no se enteraba, le cogía el teléfono. Yo no decía nada, me limitaba a escuchar tu voz preguntando a gritos al otro lado de la línea. Cerré los ojos y te imaginé, traté de entender quién podrías ser y cuáles podrían ser tus intenciones. Pero luego pasó algo inesperado. Me gritaste, me insultaste. Volví a quedarme dormida. Al despertarme, seguía sola en el dormitorio y el móvil de Alex ya no estaba. Entonces decidí que ya había tenido suficiente. Me levanté, me quité la bata y me vestí. Fui a ver a mi hija.

Estábamos sentadas en su cuarto cuando noté la mirada de Alex en mi espalda. Mi mano solo se puso rígida un instante, luego continuó acariciándole el pelo a Smilla. No me hacía falta darme la vuelta para saber que él estaba allí y la expresión que tenía.

Estaba en la puerta, apoyado en el marco, de brazos cruzados.

—¿Ya te has recuperado? —quiso saber—. ¿Podemos pasar página?

Sabía que no se refería a mi madre. Ella nunca le había caído demasiado bien. Así que asentí lentamente.

—Ya he pasado antes por esto —respondí.

Porque lo he hecho. Mis palabras eran tiernas y dóciles. Tal como él las quería. Pero no le miré a los ojos, seguí dándole la espalda. Podría haber sido una protesta silenciosa... si yo hubiese sido ese tipo de mujer. Apreté los dientes. Él había vuelto. Eso es lo que intenté decirme a mí misma. También esta vez. Se fue de Marhem y ahora está aquí. Algo tenía que significar. Aun así, no pude deshacerme de la sensación de que algo se estaba desmoronando, rompiendo.

Smilla estaba sentada en mi regazo con la tableta en las manos, enfrascada en un juego de princesas. Tan concentrada estaba que ni siquiera pareció percatarse de la presencia de Alex. Si no, probablemente se habría levantado de un salto para lanzarse a sus brazos. Sentí una punzada de celos. Tienes que superar esto, me dije, por ella. Tienes que hacerlo todo por tu hija, es tu compromiso. Lo único que importa.

—Hijos —dije en voz alta—. Cuando hay hijos de por medio, te recuperas. Todo lo demás carece de importancia.

No sé qué fue lo que me hizo tener un mal presentimiento. ¿Percibí un repentino movimiento a mi espalda, como si Alex cambiara de postura en la puerta? ¿Mandó señales de impaciencia o reprobación? Puede que solo fuera su silencio lo que al final me hizo volverme para mirarlo. Alex, que siempre tenía una respuesta a mano.

Nos miramos a los ojos y lo que me encontré en los suyos me hizo soltar a Smilla con cuidado y ponerme en pie. «Cuando hay hijos de por medio...». Algo frío, gélido, me atravesó. Di un par de pasos al frente y apoyé la cabeza suplicante en su pecho.

—Dime que no es verdad —susurré—. Dime que no está embarazada.

Por algún motivo, me fijé en que Alex tenía el teléfono en la mano. Me lo quedé mirando. Hacía un momento, antes de percibir su presencia detrás de mí en la habitación de Smilla, había oído abrirse la puerta del despacho. Y entonces caí en la cuenta: ¿no había estado cerrada esa puerta un buen rato? ¿Qué había hecho Alex allí dentro? ¿Hablar por teléfono? ¿Con quién? La respuesta era obvia, pero me resistía a hacerme a la idea. Despacio, alcé la mirada hacia la cara del hombre al que una vez prometí amar en la salud y la enfermedad.

Me sonrió. Uno de sus párpados sufría pequeños espasmos. Cualquiera podría interpretar esos movimientos cortos y rapidísimos como nerviosismo.

Pero yo sabía que no tenía nada que ver, que era otra emoción totalmente distinta. Excitación.

—Necesito saber —dijo con voz de terciopelo— hasta dónde estás dispuesta a llegar por mí. Por nuestra familia.

Cuando me casé con Alex, me vi obligada a mudarme muy lejos de mi madre. Cuando Smilla llegó, empecé a hacer media jornada. Hasta que al final dejé de trabajar del todo. No me relacionaba con ninguna antigua compañera de trabajo, no me busqué nuevas amigas. Y nunca, nunca volví a contradecirle en nada. Unas cuantas experiencias terribles durante los primeros años de nuestra relación me lo habían enseñado bien. Mi vida social, mi trabajo, mi independencia... Ya había renunciado a todo ello. ¿Qué me quedaba? Nada. Ni siquiera mi madre seguía en mi vida. Aun así, Alex me lo preguntó. Aun así, sugirió que todavía podía hacer más. Mientras que él... una vez más... con otra mujer... Y además en Marhem, en nuestra cabaña.

No sé cómo sucedió, pero de pronto me vi caminando por el pasillo en dirección a la puerta. Alex me siguió. Cuando me detuve para coger las llaves del coche de la cómoda, me agarró del brazo. Me hizo dar media vuelta, pegó mi cuerpo al suyo. Su duro esternón se clavó contra mi pecho, sus ojos miraban fijamente mis labios. Como si fuera a besarme.

—Sin mí no eres nada.

Esas palabras... ¿Cuántas veces me las ha restregado por la cara? He perdido la cuenta. Me sentí igual que me sentía siempre que las escuchaba. Igual. Pero al mismo tiempo, de algún modo, diferente.

Me solté y salí corriendo por la puerta. No pedí permiso, no dije adónde iba ni cuándo pensaba regresar. Ni siquiera yo lo sabía. Mi mente había dejado de pensar. El tiempo había cesado de existir. El coche avanzaba por sí solo. Hasta que no vi el letrero de la salida de Marhem, no caí en la cuenta de que este había sido mi destino desde el principio.

Había un coche delante de la cabaña, el mismo de la última vez. Tu coche. Aparqué el mío detrás, me bajé y me quedé un rato de pie junto al seto de tuyas. En apenas cuestión de días me lo habían arrebatado todo. No solo a mi madre, sino también a mi familia, mi vida claramente establecida. Tiritando, me quedé mirando las paredes de madera a través de las ramas de las tuyas, y pensé que ahí dentro estabas tú. La persona que había trastocado la paz de mi pequeño rincón del mundo. La que había irrumpido brutalmente en mi existencia y no había dudado en hacerla estallar en mil pedazos. Volví a tener la sensación de que algo se estaba desmoronando. De vuelta en el coche, llamé a casa. Fue Smilla quien contestó.

—Mamá, ¿dónde estás? ¿Cuándo volverás a casa?

Su voz traslucía añoranza. Me necesitaba, me echaba de menos. A su madre. Lo que Smilla se había visto obligada a soportar esos últimos días, todo aquello de lo que yo no había sabido protegerla... tenía que compensárselo.

No sé ni cómo ni por qué, solo sé que en ese momento sentí como si de pronto me elevara unos metros por encima del suelo. Como si me alzara de entre las ruinas y me sacudiera el polvo, más fuerte que nunca. Había perdido mucho, pero no todo. Lucharía por lo que me quedaba, lucharía por lo que aún conservaba. Por lo mío.

Le dije a Smilla que la quería, que era la luz de mi vida. Le expliqué que mamá tenía que encargarse de una cosa y que en cuanto lo hubiera hecho volvería a casa. Entonces ella, papá y yo viviríamos felices por siempre jamás. Luego le pedí que me pasara con Alex. En cuanto oí su voz, le dije dónde estaba.

—La respuesta a tu pregunta —añadí— es que estoy dispuesta a cualquier cosa, llegaré hasta donde haga falta.

Escuché mi propia voz, me oí hablar con una calma que no reconocía. Después, esperé. Alex tardó un rato en responder. Yo oía chasquidos y ruidos al otro lado de la línea, como si estuviera deliberando mientras acariciaba el auricular con los dedos.

—La cabaña está asegurada —dijo al final—. Si pasara algo, si por ejemplo... se quemara... Nos darían bastante dinero. Podría ser algo a tener en cuenta.

Cuando giré el cuello para mirar la cabaña, lo noté rígido. De pronto volví a percibirla, la grieta que se había abierto en mi pecho cuando mi madre sufrió el accidente. Se había abierto de nuevo, y de ella manaba el odio a borbotones. Por fin sabía hacia dónde debía dirigirlo. Contra quién.

—Ese proyecto que fuiste a acabar a Marhem... —dije—. Tal vez podría ayudarte a hacerlo.

—¿Es eso lo que quieres?

—Si tú quieres...

—¿Lo harías por mí?

—Por nosotros.

Cuelgo y me vuelvo a bajar del coche, camino los pocos metros que me separan de la cabaña y pruebo a abrir la puerta. Está cerrada con llave. Busco con la mano debajo de la escalera, pero la llave no está ahí. Murmuro algo para mis adentros. No hay vuelta atrás, ahora no puedo perder el coraje. Sin

Alex y Smilla, dejó de existir. No soy nada, no tengo nada. Algo me arde detrás de los párpados. Pueden ser lágrimas. Pero me recompongo. Llorar no es lo que quiero hacer. Lo que realmente quiero hacer es romperte el cuello.

Jamás pensé que pudiera tener ese odio dentro. Nunca. Desde luego que no. Pero ahora... Ya nada es lo que era. Yo tampoco. Sobre todo, yo. ¿Quién sabe lo que hay y lo que deja de haber dentro de mí? Matar a alguien... Pensaba que no podía albergar algo así en mi interior. Pero quizá me equivocaba. En el cobertizo de atrás hay un viejo remo. Voy a buscarlo. Y llamo a la puerta.

Cuando recobro la conciencia, estoy tumbada sobre una superficie dura. Me duele la cabeza, pero no como antes, sino de una manera diferente. El dolor es más intenso, está más concentrado en un lado. Además, noto una sensación extraña en el cuero cabelludo.

De forma instintiva, hago ademán de llevarme los dedos a la cabeza. Pero no puedo, tengo las dos manos atadas sobre el pecho. Lo vuelvo a intentar dando un fuerte tirón. El gesto me provoca un hachazo de dolor en el hombro, como si mil cuchillos afilados me lo atravesaran a la vez. Me duele tanto que estoy a punto de desmayarme.

Se oye un ruido cerca, algo rasposo. Una sombra se desliza por la periferia de mi campo de visión y me parece oír un murmullo silencioso. Poco a poco empiezan a venirme imágenes de lo que ha pasado antes de que el mundo se apagara. La mujer en la puerta. Sus gritos. El remo en la mano.

Vuelvo a mover las muñecas, ahora con más cuidado, y noto claramente la cuerda que las mantiene atadas. Haciendo un esfuerzo enorme, que me provoca otra oleada de dolor, giro el cuello para poder ver más de la estancia. ¿Dónde estoy? No tardo en asociar la superficie dura en la que estoy tumbada con los objetos que consigo atisbar cerca de mí, el bastidor del sofá y las patas de una mesa de centro. Seguimos en la cabaña. Estoy tirada sobre la alfombra de la salita. Debe de haberme arrastrado hasta aquí cuando he perdido la conciencia. La dolorosa sensación en el cuero cabelludo me hace pensar que lo ha hecho tirándome del pelo.

Cuando muevo las piernas tentativamente, no me sorprende descubrir que también las tengo atadas entre sí. Vuelvo a cerrar los ojos, noto el dolor palpitando en la cabeza y el hombro. Un agotamiento que roza la parálisis me inunda todo el cuerpo. Aunque no estuviera atada, lo más probable es que tampoco hubiese podido moverme, menos aún levantarme y salir corriendo. No puedo hacer nada, tan solo esperar y ver qué pasa.



A mis oídos llega el sonido de puertas de armarios abriéndose y cerrándose en la cocina. Un sonido siseante, y luego el tintineo de cristal chocando con cristal, seguido del borboteo de un líquido vertiéndose. Unos pasos firmes se me acercan.

—Toma —dice una voz áspera—. Bebe.

Fuerzo a mis ojos a abrirse otra vez, y al principio me cuesta enfocar, pero luego se perfila una mano que me ofrece un vaso. Es delgada y pálida. La misma mano que una vez me agarró por la muñeca y me retuvo, la que me obligó a escucharla. «La próxima vez que experimentes un suceso abrumador o sorprendente, el patrón se volverá a repetir. Vas a estar cada vez peor. Y corres el riesgo de acabar desequilibrada. Si la cosa se agrava, un estado mental así puede tener consecuencias muy desafortunadas. Tanto para ti como para la gente que te rodea». Mi antigua psicóloga. Y la madre de Smilla. Son la misma persona. La esposa sin rostro, la mujer entre bastidores, que para mí no había sido más real que una figura de cartón. Es ella. Ha sido ella todo este tiempo. Parece imposible, es una auténtica locura. Pero así es.

No habría podido coger el vaso ni aunque hubiera querido. La mujer que tengo delante gruñe impaciente, como si fuera culpa mía el estar atada. Deja el vaso a un lado, parece comprender que para que pueda beber necesito que me echen una mano. Me coge fuerte por debajo de los brazos y me levanta hasta incorporarme. El dolor en el hombro me hace soltar un terrible grito de dolor, pero ella no se inmuta.

Me apoya contra el sofá, dándome empujoncitos hasta que mi cuerpo encuentra una especie de equilibrio. Como si fuera un saco de patatas. Un objeto inerte. Luego me acerca el vaso a los labios.

—Venga, bébete esto.

La sed me escuece en la garganta y obedezco, abro la boca y doy un trago largo. De pronto siento que me quema la laringe, y al instante me doy cuenta de mi error. ¿Por qué me da a beber alcohol? ¿Alcohol puro? De forma instintiva aparto la cabeza y escupo asqueada, en un intento de evitar tragarme las últimas gotas.

—¿Qué... por qué...?

Noto la lengua seca e hinchada, no consigo controlarla debidamente. Pero las palabras sueltas que consigo emitir parecen bastar para que reaccione.

—Lo sé todo de vosotros dos, Alex me lo ha contado. Incluso sé lo del bebé. Un hijo, estás esperando un hijo suyo. Tú misma debes entender que es algo que simplemente no puedo aceptar.

Se inclina hacia mí y capto el olor de su champú. Un aroma dulce y floral. Como el de Smilla. Huele exactamente como Smilla.

—Venga. Termínate esto.

Las palabras resuenan en las paredes mientras vuelve a acercarme el vaso. La miro a los ojos. Son de un color azul claro, con unas pupilas pequeñas y penetrantes. ¿Ya lo eran entonces? Cuando estaba sentada delante de mí, escuchando pacientemente mis evasivas disertaciones sobre lo que podría estar atormentándome. Cada pregunta que yo le hacía era respondida con una nueva pregunta, no compartió absolutamente nada de sí misma. Ahora la tengo enfrente, la misma mujer y aun así infinitamente distinta de la persona que conocí entonces.

«Un hijo, estás esperando un hijo suyo. Es algo que simplemente no puedo aceptar». Su objetivo no es emborracharme. Quiere otra cosa. Nos quedamos mirando la una a la otra. El odio que irradia es tan intenso que casi se puede cortar. ¿Ya lo tenía dentro entonces? ¿Oculto bajo su serena superficie?

—Eres... —empiezo a decir casi sin voz—. Dijiste...

Reconocimiento. Todo depende del reconocimiento. A pesar de la bruma que enturbia mi mente, entiendo que de algún modo debo lograr que ella también se acuerde de mí. Que me vea no solo como la mujer con la que su marido le ha sido infiel, sino como una antigua paciente. Alguien con quien ha mantenido una relación profesional, alguien hacia quien incluso tiene cierta responsabilidad. Si logro hacer que recuerde quién soy, se verá incapaz de hacerme daño. Ni a mí, ni al bebé que llevo dentro. Tomo aire, tenso las cuerdas vocales y encuentro mi voz.

—Psicóloga. Eres psicóloga.

Su rostro permanece impassible, ni siquiera parpadea.

—¿Te acuerdas de mí? Fui...

—Cierra la boca y bebe.

Y de pronto me doy cuenta de que ya lo sabe. Me reconoce, sabe perfectamente quién soy. Pero no importa. No es más que una desafortunada coincidencia, no tiene ningún efecto sobre lo que ha venido a hacer.

Me desplomo, noto que un lado de mi cuerpo se va deslizando poco a poco hacia el suelo. Nada me gustaría más que poder borrar de mi memoria todo lo que Alex ha dicho y hecho, todo lo que éramos juntos. Y quiero hacerlo cuanto antes, no tengo paciencia para esperar. Quiero desprendérmelo de la piel como si fuera una tirita fuertemente adherida, me da igual si duele o si se pierde una parte de mí en el proceso. «Una parte de mí...». Trago saliva.

La semilla que plantó dentro de mí —si se le permite crecer y vivir— es lo que tiene el poder real de recordarme a Alex hasta el fin de los tiempos. Y a pesar de ello... Despacio, muy despacio, muevo la cabeza de izquierda a derecha. «No, no lo haré».

Unos dedos rígidos me agarran por la barbilla y me separan los labios a la fuerza. Antes de comprender lo que está pasando, noto el contenido del vaso deslizándose por mi garganta. No puedo respirar y tengo que tragar para poder tomar aire. Mis ojos se llenan de lágrimas, por el dolor y el pánico. Mi pensamiento se acelera. La vida que llevo en mi interior... no puedo dejar que ella la dañe, que la envenene y la apague. Haciendo acopio de fuerzas, sacudo la cabeza tan fuerte que mi barbilla golpea el borde del vaso y hace que se le caiga de la mano. Entonces todo se precipita.

Mi maniobra me provoca una nueva oleada de dolor, metálica y dura, en el hombro. Lo que quedaba en el vaso se derrama por mi pecho y empapa el fino tejido de mi camiseta. El alcohol me escuece al extenderse por mi piel. Al mismo tiempo, una mano me golpea la cara con un sonoro chasquido, haciendo que mi cabeza ya maltrecha parezca a punto de estallar.

—Bueno —dice—, entonces tendremos que hacerlo de la otra manera.

Me agarra de nuevo y prácticamente me arroja contra el suelo boca arriba. Mi torso impacta con un fuerte crujido. Lanzas de dolor me taladran la cabeza y el hombro. Mi visión se descompone en multitud de prismas titilantes, y luego, poco a poco, empieza a oscurecerse por los bordes. De alguna forma consigo no perder la conciencia, no me puedo desmayar. Es lo único en lo que puedo pensar.

Noto que se aleja de mí, en dirección a la puerta. Y entonces, de pronto, me viene otro pensamiento a la cabeza. El hacha. Si encuentra el hacha, se acabó. Suelto un gemido. Sé que tengo que conseguir ponerme en pie, defenderme, luchar por mi vida. Pero soy incapaz de moverme. Ni siquiera tengo fuerzas para rodar hacia un lado. Pues deja que acabe todo, me digo para mis adentros.

Cierra de un portazo al salir. No oigo ninguna llave girar en la cerradura, pero no importa. No conseguiré levantarme. La oscuridad se cierne sobre mí. Vuelvo la cabeza hacia el techo y me desvanezco.

Pisadas fuertes. Alguien murmurando algo sobre gasolina. «Estoy segura de que había un bidón en el cobertizo». De repente se oye la voz de mamá. Al principio, sorprendida y recelosa, luego preocupada y nerviosa. Calla de golpe, abruptamente, en mitad de una frase. Pasa un rato. Pierdo de nuevo la noción del tiempo. Entonces parpadeo, abro los ojos, y vislumbro el perfil de una figura que me resulta familiar. Está sentada a escasa distancia, inmóvil. «¡Mamá! ¡Me has encontrado! ¡Has venido!». Eso es lo que quiero gritar, pero mi voz no obedece. De algún modo consigo moverme lo suficiente para captar la atención de mi madre. Ella suelta un jadeo y se inclina hacia delante. Todo su ser irradia preocupación y angustia.

—Greta —dice—. Ya estoy aquí. ¿Estás bien?

¿También ella está atada? ¿Es por eso por lo que no corre a sentarse a mi lado? Mis labios forman palabras, pero no se oyen.

—Por favor —pide mamá mirando hacia otro lado—. Deja que vaya con mi hija para ver cómo se encuentra.

—O sea que es tu hija.

Pone énfasis en las dos últimas palabras, el desprecio rezumando en su voz. Dirijo la mirada hacia donde me ha parecido oír la voz y la veo al instante. Está apoyada en la pared, a poco más de un metro de donde está sentada mi madre. El pelo largo y rubio cae suelto por delante del perfil de su cara. Un vestido de verano sencillo, de flores azules, y camisa clara. De diario. Podría ser una mujer cualquiera, si no fuera por el objeto negro y alargado que tiene en la mano. En cuanto me percato de lo que es, mi ánimo, que se había levantado con la presencia de mamá, cae en picado oprimiéndome el pecho. Ha encontrado el hacha. La que compré para poderme defender. Ahora resulta fácil entender por qué mi madre no se atreve a moverse sin pedir permiso.

—Déjame ir con ella.

La psicóloga se pasa una mano por el pelo con gesto febril. Cuando sus dedos se encallan en un nudo, da unos cuantos tirones hasta que la mano se desliza sin impedimentos. Sus movimientos son espasmódicos, dan de ella una imagen desconcertada, insegura. Nada que ver con la de hace un rato, cuando estábamos solas.

—¿Por qué iba a dejarte hacerlo?

Seguramente, cuando llegó a la cabaña contaba con tenerme para ella sola. La llegada de mamá debe de haberla descolocado.

—¿Tú tienes hijos? —le pregunta mamá con un ligerísimo temblor en la voz—. En ese caso, sé que me entenderás.

Se hace el silencio un momento. La psicóloga parece sopesar la situación. Finalmente agita el hacha ante la cara de mi madre.

—Vale, pero recuerda que tengo esto. Si intentas algo, no dudaré en usarlo.

Unos segundos más tarde, mamá se agacha a mi lado.

—Cielo... ¿Qué te ha pasado?

Me rodea la cara suavemente con ambas manos, deja que sus yemas frías se deslicen por mis mejillas y bajen hasta mi cuello. No puede evitar torcer el gesto, y pienso que la ha descubierto. La marca que dejó la corbata de Alex. ¿Qué le diré cuando me pregunte? Después me viene el recuerdo de las ramas arañándome la cara en el bosque, la herida sobre la ceja y el remo golpeándome en un lado de la cabeza. El alcohol derramándose sobre mi pecho, el cuero cabelludo dolorido y mis manos y pies atados. Probablemente un moratón de hace tres días es lo menos perturbador de mi aspecto actual. Mamá se acerca como para darme un beso en la mejilla. Pero en lugar de hacerlo, me susurra al oído.

—No sabía que ella estaba aquí. Se abalanzó sobre mí, me quitó el bolso y el móvil justo cuando...

Unos pasos se acercan rápidamente. Mamá se ve levantada de golpe y arrojada hacia atrás. Mientras se la lleva de mi lado, la oigo suplicar «de madre a madre».

—Todos esos morados y heridas... Mi hija me necesita de verdad. Además tiene mucha fiebre, está ardiendo. Al menos tienes que dejarme que le dé un poco de agua.

Oír hablar de agua me hace ser de nuevo dolorosamente consciente del escozor en mi garganta. Es como si me ardiera la cabeza. Pronto necesitaré beber algo. Pero queda patente que la paciencia de la psicóloga se ha

terminado, junto con su incerteza momentánea para actuar. De un fuerte tirón, devuelve a mi madre a la silla en la que estaba sentada.

—No tengo que hacer nada —dice fríamente—. Tan solo terminar con esto de una vez.

Se inclina sobre mi madre para hacer algo que solo alcanzo a intuir qué es.

—No es preciso que me ates —dice mamá con voz apagada—. Aunque consiguiera desatar a Greta, no está en condiciones de escapar. Y yo tampoco intentaré huir. No saldré de esta cabaña sin mi hija.

La psicóloga se detiene un momento, por los movimientos de su espalda veo que titubea. Luego se encoge de hombros e interrumpe lo que estaba haciendo.

—No deberías haber venido —murmura—. No pienso dejar testigos.

«Terminar con esto». «Testigos». Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Me remuevo intranquila, noto la cuerda rasgándose las muñecas.

—Pero ¿qué piensas hacer?

La pregunta de mamá queda sin responder. El lenguaje corporal de la psicóloga es rígido. Sujeta el hacha firmemente con ambas manos. Mis ojos no se apartan de la cara de mamá. Sobre su labio superior han empezado a formarse pequeñas perlas de sudor. Nos quedamos en silencio un buen rato. Luego mamá levanta lentamente una mano hacia el hacha.

—Dame eso —dice—. Dámelo y así no harás nada de lo que luego te puedas arrepentir.

Ese tono de voz, sereno, autoritario... me resulta tan familiar. Noto una comezón bajo la piel cuando lo oigo. «No, mamá, no hagas eso. No lo hagas».

—Tú no quieres hacer esto —sigue engatusando mi madre—. En realidad, no quieres.

—Cállate.

La psicóloga da un paso al lado, tapándome la vista. Ya no veo la cara de mamá, solo oigo su voz.

—En el fondo creo que eres una mujer inteligente y sensata. Aunque en este momento estés furiosa. Sabes que no puedes hacerle daño a Greta. Sabes que no estaría bien.

El miedo crece en mi interior como un alarido. Un pequeño músculo palpita en el mentón de la psicóloga. ¿Es que solo lo veo yo? «Mamá, ¿no lo ves? ¿No lo entiendes?».

—Cállate y no te muevas.

Pero mamá no hace lo que le dice. Se levanta y se planta cara a cara frente a la mujer, ahora ambas a la misma altura.

—Deja que te hable un poco de mi hija.

—Te lo advierto...

—Porque si conocieras a Greta como yo la conozco, si supieras realmente cómo es, serías incapaz de hacerle daño.

Hay algo en las palabras de mi madre que me conmueve, y el miedo deja paso a otra cosa. Pero solo dura un instante. Luego la psicóloga alza la voz. Da un brusco empujón a mamá que la hace caer al suelo, al tiempo que grita tan fuerte que me pitan los oídos.

—¡Pues claro que lo sé! ¡Sé muy bien quién es tu hija! ¡Es una puta y una asesina!

Da media vuelta, girando tan deprisa que su pelo rubio surca el aire como un látigo. Me clava su mirada encendida. Levanta el hacha. Y embiste con fuerza.

Debo de haber cerrado los ojos, porque por un instante el mundo se queda a oscuras. Después oigo un grito y vuelvo a abrir los ojos. A un par de metros veo a mamá en el suelo, con un brazo estirado hacia mí. Entre nosotras, de pie junto a la mesita de centro, está la psicóloga. Sus brazos suben y luego bajan. El hacha vuela furiosa por el aire e impacta contra su objetivo. La mesita protesta con un crujido ruidoso, que es rápida e implacablemente silenciado cuando finalmente se parte por la mitad. De forma instintiva, me giro para protegerme la cara y el cuerpo. Me quedo mirando el vacío debajo del sofá, oyendo cómo la mesa sigue siendo masacrada. Algo duro aterriza sobre mi cadera, y una astilla seca y sin vida sale volando y cae sobre mi cara cubierta de sudor frío.

Después de lo que parece una eternidad, dejo de oír el hacha silbando en el aire y el ruido de la mesa siendo destrozada. No me atrevo a volverme. Temo la imagen que me espera. Pero finalmente lo hago, giro el cuerpo con cuidado hasta encarar de nuevo la salita. El objeto que tenía en la cadera cae al suelo y se aleja rodando. Es una de las cuatro patas. Los restos de la mesa yacen esparcidos por la estancia, en trozos de todos los tamaños.

Mamá sigue tirada en la alfombra. Se está tapando las orejas y gimotea calladamente. Su actitud mediadora y su tono sentencioso de hace un momento han desaparecido. Su fachada controlada se ha desmoronado, su coraza de distanciamiento protector se ha desprendido. Ahora no es más que ella misma. Solo es mi madre. La psicóloga se pone de rodillas delante de ella y le aparta bruscamente las manos de las orejas.

—Ahora eres tú la que va a escuchar lo que tengo que decirte de tu querida hija. ¿Sabías que ha seducido a un hombre casado, un padre de familia? Mi marido, el padre de Smilla.

Mi madre me mira por encima del hombro de la mujer. Bajo la capa de miedo de su mirada, puedo leer sus preguntas angustiadas con la misma



claridad que si las hubiera formulado en voz alta. «¿O sea que esta mujer es...? ¿Es su marido con quien...? ¿Y el bebé que llevas en tu vientre...?». Aparto la vista, siento que el dolor y el cansancio vuelven a apoderarse de mí.

La psicóloga se sienta en la alfombra con las piernas cruzadas y empieza a recoger y amontonar trozos astillados de madera. Sus gestos son mecánicos. Se ha remetido el pelo por detrás de las orejas, dejando su cara al descubierto. Ahora puedo enfocar la mirada y la veo claramente, observo la tensión en sus rasgos y las manchas oscuras que tiene bajo los ojos. «Te veo. Y me refiero a que te veo de verdad. Solo quiero que lo sepas». ¿Le dijo las mismas cosas en su día? ¿Fue así como empezó también para ella?

—Lo de tu marido...

La voz de mamá suena débil, ronca. La frase queda inacabada. Cuando vuelve a hablar, lo hace desde un ángulo diferente.

—Pero asesina... No entiendo por qué dices que... ¿A qué te refieres con eso?

La psicóloga no parece en absoluto preocupada por el hecho de estar dándole la espalda a mi madre, de tenerla fuera de su campo de visión. Y a pesar de lo que ha pasado hace un momento, tampoco parece haberse replanteado su decisión de no atarla. Y de repente entiendo por qué. Sabe que tiene el triunfo en su mano, que en cuanto responda habrá asestado el golpe de gracia, dejando a mi madre totalmente desarmada.

—Hace unos años, antes de que pasara todo esto, tu hija estuvo haciendo terapia conmigo. Aunque solo vino unas pocas veces antes de dejarlo, tuvo tiempo de contarme... Bueno, lo diré de la siguiente manera: lo sé todo acerca de vuestro turbio secretito de familia. Que tu hija empujó a su padre, tu marido, por la ventana. Que ella lo mató.

El silencio cae como un manto sobre la estancia. Durante un buen rato soy incapaz de mirar a mamá. Pero al final tengo que hacerlo. Está tirada de costado, con la mirada clavada en el techo y los labios entreabiertos. No puedo apartar los ojos de su cara. Es como si se hubiese hecho añicos y alguien hubiera pegado los trozos en el lugar equivocado. Hace muchos años que no veo esa expresión. Desde aquella noche. Luego su mirada empieza a deslizarse por el techo y a bajar por la pared hasta cruzarse con la mía.

—Entonces... ¿lo contaste? Pensaba que habíamos prometido no contarle nunca a nadie lo que había pasado.

Por primera vez en mucho tiempo, veo algo pequeño y desvalido en sus ojos. Algo indefenso.

—Por favor, mamá, tenía ocho años.

Tal vez lo haya dicho en voz alta, tal vez solo lo haya pensado. El dolor y los escalofríos que me provoca la fiebre me hacen dudar. La mirada de mamá se torna brumosa y se dirige hacia dentro. Se aleja de mí, se mete en sí misma.

—Sí, por supuesto —parece que murmure—. Por supuesto.

La psicóloga sigue trabajando, deprisa y concentrada. Al cabo de un rato se vuelve hacia el revistero y coge un puñado de periódicos. Los hace trizas con el mismo frenesí con el que se ha abalanzado sobre la mesita de centro, luego coloca los trozos de papel encima y debajo del montón de astillas. El hacha descansa en su regazo, cruzada sobre sus piernas.

Hasta ahora no caigo en la cuenta de lo que está haciendo. Está preparando una hoguera.

Un pequeño remolino de náuseas me invade el estómago. Así que ese es su plan. Encender un fuego aquí en el suelo. Salir corriendo en cuanto las llamas hayan prendido con fuerza y atrancar la puerta. Probablemente ya haya cerrado y bloqueado todas las ventanas, debe de haber sido parte de los preparativos mientras yo estaba inconsciente.

Una vez que el fuego haya empezado a arder, no podré salir. Aunque estuviera en condiciones de ponerme en pie y dirigirme tambaleante hasta la puerta, esta mujer no me permitiría escapar. Hará todo lo necesario con tal de asegurarse de que me quede dentro de la cabaña hasta que esté envuelta en llamas. Obviamente, a esas alturas hará rato que todo habrá terminado. ¿Cuánto puede tardar la salita en llenarse de humo, antes de que el oxígeno se haya consumido del todo? Cuestión de minutos.

Las náuseas me oprimen el estómago, forman una oleada que empieza a ascender por mi garganta. Giro la cabeza a un lado, abro la boca y dejo que el vómito salga por sí solo. Siento como si me estuviera cayendo, hundiéndome. No hay salvación posible.

Si mamá pudiera escapar... En realidad no debería estar aquí. No tiene nada que ver con todo esto. Por el rabillo del ojo veo que se incorpora lentamente apoyándose sobre un brazo hasta quedar sentada. A pesar de estar en la misma habitación, su voz suena muy lejana, como si viniera de algún lugar remoto.

—Entiendo muy bien cómo te sientes.

No es a mí a quien habla. La psicóloga se queda quieta, se vuelve y mira a mi madre. Algo cruza fugazmente por su rostro. Un levísimo atisbo de duda. Luego continúa con lo que tiene entre manos. Pasea la mirada por la mesa grande y las estanterías hasta dar con lo que busca. Un mechero. Se levanta, lo coge y vuelve al montón de madera apilada en el suelo.

—En la mayoría de los casos —prosigue mi madre—, lo normal es que los adúlteros traten de ocultar su infidelidad, pero mi marido no. A él le gustaba restregármela por la cara, usarla como un arma en nuestras discusiones. La cruda realidad es que le gustaba hacerme daño.

Mamá está mirando al vacío. Su pelo está revuelto y tiene la blusa arrugada, pero no se molesta en arreglársela ni alisarla. Sus palabras son simples y descarnadas, en absoluto forzadas o tendenciosas. Las manos de la psicóloga se siguen moviendo, pero ¿lo hacen ahora con más lentitud? ¿Como si esperara a que siguiera hablando? Mamá continúa, aún sin mirarnos a ninguna de las dos.

—Durante nuestros años juntos, me fue infiel constantemente. Siempre con mujeres distintas. A menudo soñaba con vengarme. Con desfigurarle la cara a alguna de ellas. Agarrarla por el pelo y estamparle la cabeza contra el suelo. Destrozarla. Pero después comprendí...

Las manos de la psicóloga están temblando, ahora lo veo claramente. Toquetea el mechero, pero sin hacer ningún intento real de encenderlo. El pelo largo le cae por delante de la cara, le tapa los ojos. Pasan unos segundos.

—¿Qué fue lo que comprendiste? —se oye luego una voz que sale de entre los mechones rubios.

—Que estaba dirigiendo mis fantasías de venganza en la dirección equivocada. Que en verdad esas mujeres no tenían nada que ver. Que era él quien había elegido destruir la familia que habíamos creado, que era él quien nos estaba destrozando la vida.

Cierro los ojos. Quiero y no quiero oírlo. Si mamá no se detiene, si lo explica todo... Las emociones me revuelven las entrañas por dentro, con tanta intensidad que casi vomito de nuevo.

El pulgar de la psicóloga sube y baja, aprieta el mechero con la fuerza suficiente para encender la llamita, pero luego afloja y deja que se apague. Lo hace una y otra vez.

—Esto es lo que él quiere —dice al fin, casi desafiante—. Él mismo lo ha dicho.

Así que Alex sabe que está aquí, está al corriente de su plan. No solo lo sabe, sino que lo ha ordenado. Quiere que ella se deshaga de mí. La habitación me da vueltas. Noto su mano en mi mejilla, la palmadita que me dio la mañana que le dije que me había decidido, que pensaba dejarle. «No, no lo harás». Y oigo su voz al teléfono cuando por fin dio señales de vida. «Quería darte la oportunidad de aclararte las ideas, así de simple. Quería

hacerte comprender que no puedes vivir sin mí». Hacerte comprender que no puedes vivir sin mí... Era esto a lo que se refería, literalmente.

—Entiendo. ¿Y es un buen padre? ¿Será capaz de compensar tu ausencia mientras tu hija...? Smilla, ¿verdad? ¿Mientras Smilla crece sin su madre?

La voz de mamá conserva una serenidad casi antinatural. La psicóloga arruga la frente.

—¿Qué quieres decir?

Lentamente, mamá se desplaza hacia delante, se acerca a la mujer. Noto que mis manos se mueven de forma involuntaria. La cuerda las frena en el acto, rasgando la piel. «El hacha, mamá, tienes que quitarle el hacha». Pero no se abalanza contra la psicóloga. Su intención al moverse por el suelo podría ser simplemente la de captar la mirada de la mujer. Obligarla a levantar la vista del mechero y a que la mire a los ojos.

—Homicidio e incendio provocado. Ambos son delitos muy graves. La pena de prisión será larga. Puede que cadena perpetua. Supongo que ya has pensado en ello. Y él también. Seguro que lo ha tenido muy en cuenta cuando te ha pedido que lo hicieras.

Se hace un nuevo silencio. Durante un largo rato.

Al final noto que me arde la cara, y cuando alzo los ojos veo que la psicóloga me está mirando fijamente. Con el mechero bien agarrado, levanta el dedo índice y me apunta con él. Me clava sus ojos azules y penetrantes, pero es a mi madre a quien dirige sus palabras.

—O sea que tú estabas allí y viste a tu hija matar a tu marido. Luego la protegiste, dejaste que todo el mundo creyera que había sido un accidente.

Mamá toma una bocanada de aire y veo que se está armando de valor, que está tratando de serenar la voz.

—¿Es eso lo que te contó Greta? ¿Es eso lo que te dijo que pasó?

La psicóloga se aparta el pelo y levanta la barbilla.

—No, nunca llegó a decirlo abiertamente. Cuando llegamos al momento crucial, no se atrevió a confesar.

Suelta una carcajada carente de alegría.

—«Se me escapa». Fue todo lo que dijo. Lo recuerdo perfectamente. ¿Cómo no iba a recordar algo así? Era evidente que estaba mintiendo.

Mamá no dice nada, se limita a asentir como para sí misma. Luego se levanta del suelo. Camina tambaleándose la poca distancia que aún la separa de la psicóloga y se queda de pie junto a ella.

—No fue así como ocurrió. No del todo.

Hace una breve pausa y luego se vuelve a poner de rodillas, se inclina más hacia la mujer. Tan cerca que sus narices casi se tocan.

—Creo que ya sabes lo que pasó realmente. Y por qué fue así como tenía que pasar.

Cierro los ojos. El tiempo se detiene. Lo único que hay es el silencio. Las palabras de mamá flotan pesadas en el aire cada vez más cargado de la salita. ¿Todavía se están mirando? Si es así, ¿qué es lo que ve la una en los ojos de la otra? Siento la lengua seca e hinchada en la boca. Y el hombro y la cabeza me palpitan como latidos tormentosos.

Al cabo de un minuto oigo unos pasos que se acercan, noto que alguien se agacha a mi lado. Con cuidado, unos dedos se deslizan por mi mejilla y cuando miro veo la cara de mamá cerniéndose sobre mí. Sonríe levemente.

—Cariño —dice—. Todos estos años... Y ahora esto.

Sin titubear, se inclina y empieza a forcejear con la cuerda de mis muñecas. Me espero que la psicóloga se abalance sobre ella y se lo impida, que venga corriendo con el hacha profiriendo amenazas. Pero no pasa nada de eso. Cuando mamá por fin consigue deshacer los nudos que me tenían maniatada, dirige la atención a mis tobillos también atados. Mientras tira y deshace los nudos, miro con cautela a la psicóloga. Está sentada en la alfombra, inmóvil, delante de la hoguera sin encender, con la mirada fija en el mechero que tiene en la mano. Después de liberarme, mamá se levanta con un leve gemido. Luego se queda de pie, respirando jadeante un momento antes de girarse hacia la mujer que está en el centro de la estancia.

—Voy a la cocina a buscar un vaso de agua para mi hija. Cuando vuelva, si quieres, puedo contarte una historia, una historia de madres e hijas, y de lo que les puede pasar a los hombres infieles. Pero antes tendrás que soltar lo que tienes en la mano.

Acto seguido, sale de la habitación, dejándome a solas con la psicóloga. Me quedo petrificada. Pero la otra mujer no se mueve, ni siquiera mira en mi dirección. Permanece ahí sentada, con el mechero entre el pulgar y el índice. Oigo a mamá trastear en la cocina, oigo el grifo que se abre y se cierra, y enseguida vuelve con un gran vaso de agua. Me ayuda a incorporarme un poco, pasa un brazo por mi espalda y me da de beber. La sensación de agua fresca corriendo por mi garganta seca es tan placentera que resulta casi mareante, y por un momento me olvido de todo lo demás.

Cuando me termino el vaso, mamá lo deja sobre la mesa de comedor. Después se vuelve otra vez hacia la psicóloga. Yo sigo su mirada, veo a la

otra mujer vacilar un instante antes de arrojar el mechero a un lado. Mamá se acerca y lo recoge.

—El hacha también —dice—. No puedo hablar con esa cosa en la habitación.

Sin decir palabra, la psicóloga coge el hacha que tiene junto a ella en el suelo, se levanta y la sopesa en la mano. Por un momento parece que va a satisfacer la petición de mamá y que se va a deshacer del objeto negro, pero luego cambia de idea. El hacha se queda. La mujer se limita a levantar una esquina de la alfombra y meterla debajo. Luego se sienta en una de las butacas de al lado y se cruza de brazos sin mirarnos a ninguna de las dos.

—Cuéntame tu historia —dice—. Luego ya veremos.

Mamá respira hondo. Se deja caer en el sofá que tengo detrás.

—Muy bien —dice al fin—. Entonces voy a contarte lo que realmente pasó una noche de finales de septiembre de hace mucho tiempo.

Desde donde estoy sentada, no puedo verle la cara. Entiendo que es así como lo quiere.

A diferencia de Greta, yo recuerdo cada detalle de aquella noche. Como el hecho de que tenía mucho frío, pero no le pedí que cerrara la ventana. El cigarrillo en su mano, el ascua rojiza que se iluminaba cada vez que le daba una calada. Recuerdo incluso cómo el papel del tabaco se iba consumiendo y desintegrando. Y recuerdo lo que dijo. Recuerdo cada palabra.

Lo que quedaba del líquido ámbar que tenía en la copa se derramó por los bordes cuando empezó a atacarme. Era lo de siempre, claro. La mejor defensa es un buen ataque. Era su lema. Siempre que me enfrentaba a él, por cosas que había escuchado o comprendido, siempre reaccionaba de la misma manera. Ni lo reconocía ni lo negaba. Tampoco se avergonzaba ni pedía disculpas. No, se ponía en plan sarcástico y desdeñoso, contraatacaba y me hacía saber lo repugnante que yo llegaba a ser como persona. Y más aún como mujer. Tan repugnante que la polla se le arrugaba en los pantalones. Tan penosa que los relojes se paraban. Quisquillosa y quejica. Una puta amargada.

Yo pensaba que conseguía hacerle frente. Que yo era fuerte. Que él me necesitaba aunque ni siquiera se diera cuenta. Me decía a mí misma que con él era la misma persona que era en el trabajo, con mis amigos, en el mundo. Alguien que no se dejaba provocar y que no se desmoronaba. Y me funcionaba relativamente bien. Hasta que él volvía a asestar la certera patada que me barría las piernas y me derribaba una vez más. «Amargada». No sé por qué justo esa palabra provocaba ese efecto en mí. Solo sé que cuando él me la espetaba, yo lo perdía todo: la voz, el equilibrio, la cordura.

Era como si me arrancara toda la ropa, dejándome completamente expuesta y desnuda. Como si me abriera las costillas, metiera un puño de hierro y hurgara hasta encontrar al despojo asustado y gelatinoso que era mi auténtico yo. Él lo agarraba y lo arrojaba entre los dos, me obligaba a mirarlo. Y me obligaba también a admitir lo que él ya sabía, lo que había estado

proclamando todo el tiempo: que por mucho que intentara creer y hacer creer al mundo que era una persona inteligente y especial, en el fondo no era más que ese despojo lastimoso, pálido y temblequeante. Nada más que eso.

De cara al exterior, yo hacía todo cuanto estaba en mis manos para ocultar, borrar las huellas y mantener la fachada. No porque temiera que mi entorno fuera a enterarse de la clase de persona que era él, el hombre con el que me había casado, sino por miedo a que me descubrieran a mí, al despojo gelatinoso bajo aquella superficie competente y robusta. La única que lo sabía, la única a la que le permití ver mi fragilidad, era Rut. La conocí en el trabajo, durante un tiempo estuvimos en el mismo equipo, y cuando luego se reorganizó el departamento seguimos viéndonos. A esas alturas Rut se había vuelto no solo importante, sino indispensable para mí. Con su inteligencia y estabilidad, era el oxígeno de mi vida. Confiaba ciegamente en ella.

Pero volviendo a aquella noche... Justo cuando pensaba que la bronca ya había finalizado por aquel día, cuando ya estaba a punto de ponerme un jersey y salir a dar una vuelta a la manzana para calmarme, pasó aquello que lo cambiaría todo.

—Sé lo que le hiciste a Greta. Pegar a tu propia hija... ¿cómo pudiste? — me preguntó él.

Su voz era afilada, las palabras eran frías como el aire al otro lado de la ventana. Nos quedamos mirando fijamente en silencio. Recuerdo distinguir una sombra por el rabillo del ojo, algo en el umbral de la puerta, pero no podía dejar de sostenerle la mirada. Solo podía pensar en lo sucedido en la cocina de Rut unos meses antes. El día más oscuro de mi vida como madre. La vergüenza abrió un abismo en el suelo bajo mis pies, absorbiéndome hacia abajo. Pero estaba obligada a mantener la entereza. Tenía que hacerlo.

—¿Qué te ha dicho Greta?

Le dio otra calada al cigarrillo, levantó la barbilla para exhalar el humo y soltó una risotada.

—¿Greta? Ella no me ha contado nada. Te es tan jodidamente leal que resulta enfermizo.

—Pero entonces... ¿cómo? ¿Quién?

El mundo permanecía quieto y al mismo tiempo parecía girar vertiginosamente. Se me quedó mirando un rato en silencio, con una ceja arqueada.

—Bueno. ¿Tú quién crees?

—Solo hay una persona más que puede saberlo, y ella jamás...



Rut jamás me delataría, eso era lo que quería decir, aunque no consiguiera terminar la frase. Él se encogió de hombros, todavía con una sonrisita torcida en los labios. Tiró la ceniza. Se acomodó en la ventana, con las dos piernas subidas al alféizar. Apuró lo que le quedaba en la copa, sin abrir la boca, esperando.

Pensé en Rut. La expresión de su rostro cuando intenté excusar mis actos en su cocina, mientras escuchaba mis súplicas. «Rut, esto debe quedar entre tú y yo, ¿de acuerdo? Sabes lo que pasaría si se enteraran en el trabajo. Se magnificaría hasta transformarse en otra cosa, en algo que no es. Me convertiría en la madre que pegaba a su propia hija, y nunca más nadie...».

Es cierto que desde aquel día nuestra relación se había vuelto más tensa de lo habitual. Pero en el trabajo nadie lo sabía, estoy segura, me habría dado cuenta. Rut no había dicho nada. Así que ¿por qué razón iba a contárselo a él, precisamente a él? ¿Porque estaba preocupada por Greta? ¿Por temor a que pudiera volver a hacerle daño? No, Rut me conocía lo suficiente.

—Pero... ¿por qué? —consegui decir—. ¿Por qué iba a contártelo precisamente a ti?

Quizá a esas alturas una parte de mi conciencia ya había identificado a la figura que intuía por el rabillo del ojo y que se estaba moviendo, acercándose. Pero, de ser así, mi mente no llegó a registrarlo del todo. Yo ya no estaba receptiva a ninguna información del exterior. Todo quedó anegado por la respuesta que él me dio, por el tono insinuante de su voz.

—Por el amor de Dios. ¿Acaso no es evidente?

Y de repente lo fue. Mi conciencia creó un marco alrededor de lo ocurrido aquella noche en casa de Rut. Un marco que se iba reduciendo, concentrando en cosas que hasta ese momento me habían parecido meros detalles. Detalles que en mi ingenuidad me habían pasado completamente desapercibidos. El hecho de que, cuando Rut nos había abierto la puerta, ya había habido algo distinto en su forma de recibirnos. Lo tensa que se había puesto cuando le hablé de la mujer desnuda en mi salón. Y que al instante siguiente se había levantado de la mesa de la cocina, me había dado la espalda y había empezado a vaciar el lavavajillas. Me dijo que a lo mejor tendría que habérmelo pensado antes. Yo también me levanté y le pregunté qué quería decir.

—Tienes un marido encantador —me soltó—. Ya sabías dónde te metías cuando te casaste con él.

A lo mejor debería haber prestado más atención a ese extraño comentario, tan impropio de Rut. A lo mejor debería haber reaccionado de otra manera, de

forma más vehemente. Pero entonces Greta entró en la cocina, diciendo que quería irse a casa. Todo en mi interior era un auténtico caos. Frustración, desesperación. Y luego aquella palabra, que me lanzó a la cara mi propia hija. Una cosa llevó a la otra. Mi mano cortó el aire e impactó sobre la mejilla de mi niña. Muy deprisa. Todo sucedió muy deprisa. Igual que aquella noche, tres meses más tarde.

No me acerqué caminando, sino que me lancé contra él. Con las manos por delante. Mis palmas presionaron contra su pecho y el costado de su cuerpo con todas mis fuerzas. Vi la sorpresa en sus ojos, vi cómo los rasgos de su cara se retorcían cuando salió despedido por la ventana abierta. Jamás se habría esperado algo así. Lo pillé desprevenido.

De pronto Greta estaba ahí, a mi lado. Estiró su cuerpo por la ventana abierta, pero era demasiado tarde. Él ya había sido engullido por la oscuridad. Quizá sus miradas tuvieron tiempo de cruzarse una última vez, padre e hija. O quizá no.

Después pasé todo un día y toda una noche tumbada en mi cama sola, con la puerta cerrada, aislada de mi hija. La gente me hablaba, pero yo no tenía palabras para responder. Al principio solo tenía gritos y llanto, cosas que antes había mantenido a raya con determinación. Después, cuando mi cuerpo se hubo vaciado de aquello, dejó paso al silencio. Veinticuatro horas tardé en hacer acopio de las fuerzas suficientes para levantarme de la cama. Veinticuatro horas antes de verme capaz de volver a mirar a la cara a mi hija de ocho años. La tomé entre mis brazos, noté cómo se acurrucaba y se pegaba a mí, y le susurré al oído. Le dije que todo había terminado, que saldríamos adelante, que siempre estaríamos juntas, que podía confiar en mí.

Todo eso le dije. Pero no le pedí perdón. En cuanto entré en su cuarto y nuestras miradas se cruzaron, ella allí sentada en el suelo, comprendí que era imposible. Nunca me podría perdonar.

Veintitrés años más tarde aún no hemos hablado de lo que ocurrió. Y no me hace falta preguntar para saberlo. Lo que le arrebaté. La persona en que me convertí. Aún no me ha perdonado por ello.

Las lágrimas se abren paso a través de mis párpados cerrados y corren por mi cara enfebrecida. Después de aquello, no me dejaron ver a papá. No estoy segura de que hubiera querido verlo, pero ni siquiera me preguntaron. Simplemente, era algo que estaba fuera de cuestión. Así que di por hecho que debía de haber quedado muy desfigurado. Me imaginé su cráneo reventado, los pómulos y la nariz destrozados en una cara donde solo se vería un amasijo de carne sanguinolenta. No era una imagen agradable, así que pronto decidí pensar en ello lo menos posible. En el mejor de los casos, nunca. De modo que creé otras imágenes. Y formulé otras explicaciones. «Se me escapa».

El relato de mamá ha disipado la niebla. Ha dejado a la vista lo que siempre he sabido, pero que he hecho todo lo posible por reprimir. Ha dejado al descubierto la cuña que se clavó entre nosotras aquella noche y la grieta que ha ido creciendo todos estos años desde entonces. Pero no es solo el hecho de que mamá haya arrojado luz sobre la verdad lo que me abrumba, sino que hay algo más.

Noto una mano extenderse detrás de mí y posarse sobre mi hombro. Quiero cogerla, pero no puedo. Lo atribuyo a mi incapacidad para moverme, pero no estoy segura de que esa sea toda la explicación.

—Lo lamento tanto, Greta. Haberte pegado aquel día. Y luego... haberte excluido, haberte dejado sola tanto tiempo. Fue un acto terrible. Imperdonable. De todos modos, espero que puedas ser capaz de...

Es evidente que hay más cosas que quieren salir. Mamá se esfuerza en encontrar las palabras.

—Perdóname. Creo que nunca te lo he pedido debidamente.

Las lágrimas siguen cayendo, lenta, silenciosamente, antiguas emociones enquistadas que se van disolviendo y abandonando mi ser. Lágrimas de tristeza y rabia, pero también de vergüenza. Eché mucho de menos a mi padre, lloré tanto su pérdida que me dolía todo el cuerpo. Y aun así... La vida

después de él, sin él, era mucho más fácil. Más tranquila. Sin cambios de humor, sin broncas nocturnas. El estado de ánimo de mamá mejoró. Se volvió más agradable, más alegre. Fue un alivio. Y me avergüenzo de reconocerlo.

La mano de mamá primero me aprieta el hombro, luego lo acaricia. Después se levanta y le pregunta a la psicóloga dónde está el baño. Cuando regresa, ha vuelto a llenarme el vaso de agua. En la otra mano lleva una toalla mojada. Se pone de rodillas y me lava la cara con movimientos lentos y cuidadosos, limpiando los restos de sangre y lágrimas. Le miro las manos. «¡Esas manos!». Fue con ellas con las que... Cierro los ojos y veo dos palmas surcando el aire y empujando un cuerpo de hombre con tanta fuerza que cae al vacío. La misma imagen que vi cuando me quedé atrapada contemplando las aguas de La Bruja. Solo que el hombre que veo ahora no cae por el borde de un pozo, sino por una ventana. Y las manos que veo no son las mías, sino las de mi madre.

—Casi todas son heridas superficiales —dice—. Pero tienes fiebre. Y te está saliendo un gran moratón en un lado del cuello, que te va bajando hacia el hombro. ¿Te duele?

Doy un fuerte respingo y hago una mueca de dolor cuando me toca la zona donde me ha golpeado el remo.

—Hiciste bien. Hiciste lo que había que hacer.

La voz al otro lado de la habitación suena áspera. La mano de mamá se detiene. La psicóloga ha vuelto la cara hacia la hilera de ventanas que dan al porche y mira pensativa por ellas. Hago un gesto para indicar que necesito tumbarme otra vez y mamá me ayuda. Luego sigue pasándome la toalla por la cara, hasta que le aparto la mano con cariño. Va a la cocina de nuevo a buscar otro vaso de agua. Se lo ofrece a la mujer rubia, que lo acepta sin darle las gracias. Mamá se cruza de brazos y suelta un suspiro.

—No es la primera vez, su aventura con Greta, ¿verdad que no?

La psicóloga se bebe el vaso entero de un trago.

—No. Pero es la primera que se queda embarazada. Que yo sepa.

O sea que Alex ha tenido otras amantes antes que yo. O puede que incluso estando conmigo, ¿quién sabe? Busco en mi interior algún tipo de reacción ante esa revelación, pero no encuentro ninguna.

—Descubrí la infidelidad cuando mi madre estaba ingresada en el hospital. De lo del bebé me enteré más tarde, después de que ella... muriera.

Mamá vuelve a acercarse al sofá y se sienta en una esquina.

—Lo siento.

La psicóloga hace girar el vaso en la mano, abstraída, lo mira fijamente como si contuviera la respuesta a grandes enigmas.

—Él no lo sintió. Ver sufrir a los demás, hacerles daño él mismo, ese es el oxígeno de Alex. Se le da bien, y lo hace de todas las formas que se le ocurren. Con sus palabras, con sus actos, con sus manos.

Está hablando de su marido. Mi examante. Sus palabras hacen resurgir los recuerdos, que se convierten en escalofríos. O sea que no soy la única que ha sufrido experiencias de dolor y humillación. ¿A qué la habrá expuesto a ella, que lleva tanto tiempo viviendo con él? Pienso en las blusas y las chaquetas que solía llevar cuando iba a verla a su consulta. La piel casi nunca al descubierto, aunque fuera verano. De pronto entiendo claramente por qué.

Y aun así, se me ocurre pensar, aun así te casaste con él, has permanecido a su lado. ¿Por qué? Entonces veo en mi mente a una niña rubia con hoyuelos en las mejillas. Y el interrogante se disipa. Sé por qué lo ha hecho.

—Al principio era peor. Antes de que entendiera los códigos y aprendiera a someterme. Ahora él casi nunca...

La psicóloga levanta el brazo y cierra el puño, luego lo baja lentamente y se tapa la boca con la mano.

—... se pone duro conmigo.

—¿Cuándo te diste cuenta de que necesitabas someterte? ¿Cuándo empezaste a creer que había algo en ti que estaba mal, que tú tenías la culpa de cómo él te trataba?

Al principio, me parece haber oído mal. Esas palabras, la manera de formularlas... Mamá no puede haber dicho algo así. Me giro para buscar sus ojos, pero ella no me mira. Se pasa las manos por la ropa con gesto pausado, alisando arrugas imaginarias. La psicóloga también reacciona. La mano cae de su boca a su regazo, y observa a mamá fijamente durante un buen rato. Después su mirada se vuelve borrosa y su rostro se suaviza. Como si supiera demasiado bien a qué se refiere.

—Sé exactamente cuándo fue —dice—. Fue la primera vez que dijo...

Se interrumpe, se aprieta la garganta con la mano. Veo la alianza de oro en su anular izquierdo. Veo cómo tiembla toda ella. Mamá se inclina hacia delante y ladea la cabeza. Su voz es dulce.

—¿Qué te dijo?

—«Estás mal de la cabeza. Estás pero que muy mal. Hay algo que no te funciona ahí arriba». No recuerdo exactamente ni cuándo fue ni qué había hecho para enfadarlo aquella vez. Pero sí recuerdo cómo me hicieron sentir sus palabras. Se me clavaron en lo más hondo y me dejaron muda. Me pasé

todo el día de aquí para allá como envuelta en la niebla, aturdida. Todas las personas con las que me crucé, la mujer de delante en la cola del súper, el padre que iba a recoger a su hijo a la guardería a la misma hora que yo... «Hoy mi marido me ha dicho que estoy mal de la cabeza, ¿tú qué opinas al respecto?», quería preguntarles. Pero no lo hice, obviamente.

Un eco familiar resuena en mi mente y veo la sonrisa burlona de Alex ante mí. «Pues sí que estás un poco loca, tú. Algo no va muy bien en tu cabeza». La psicóloga se apoya en los reposabrazos de la butaca y lentamente se pone de pie.

—Aquella noche, cuando dejé caer la cabeza sobre la almohada, al final comprendí por qué justo esas palabras me habían afectado tanto. Lo que me había dicho... no era ninguna acusación salida de la nada, no era una humillación sin fundamento. Yo nunca he estado... nunca me he sentido del todo...

De pie en la sala, da una patadita al montón de papeles de periódico y maderas astilladas, que se desperdigan por la alfombra. Luego se quita con gesto decidido el jersey blanco y se pasa las manos arriba y abajo por los pálidos brazos.

—En el fondo sabía que tenía razón. Él estaba en lo cierto.

Cambia de postura, deja que el peso de su cuerpo descanse sobre una pierna. La tela azul del vestido se ciñe a su cuerpo, revelando un estómago plano y unas caderas pronunciadas. A pesar del calor, lleva el pelo rubio suelto, enmarcándole la cara. Y va sin maquillar. No podríamos ser más distintas. O más parecidas.

—Así que, respondiendo a tu pregunta, fue en aquel momento cuando lo entendí. Que nadie más que él podría estar conmigo y aguantarme. Desde entonces, ha hecho todo lo posible por recordármelo. Que sin él no soy nada. Y yo... bueno, yo he hecho lo que he podido para... cooperar.

La psicóloga se gira de medio lado, de modo que el sol que entra a raudales por la ventana ilumina su mejilla y su brazo izquierdos.

El rostro de mi madre es una máscara de sombría gravedad.

—Hasta ahora —dice, y consigue que suene al mismo tiempo como una afirmación y una pregunta.

La psicóloga la mira. Después sus ojos se deslizan hasta el borde de la alfombra, donde sobresale el bulto del hacha. Y luego vuelven a mamá.

—Exacto —dice despacio—. Hasta ahora.

Me parece percibir en ella cierta sensación de desconcierto. Y me pregunto qué ocurrirá a continuación. ¿Adónde vamos ahora hemos llegado

hasta aquí? ¿Adónde podemos ir? Luego no me da tiempo a pensar ni sentir nada más. Porque en ese momento llaman a la puerta.

Se oye un jadeo ahogado. Mamá y la psicóloga intercambian unas rápidas miradas. Nadie se mueve. Vuelven a llamar a la puerta, esta vez con golpes más fuertes e insistentes. Al final es mamá quien se levanta, se arregla un poco el pelo y con movimientos rígidos se dirige a la entrada de la cabaña.

Cuando vuelve viene acompañada de dos policías. Una es la mujer con la que hablé en comisaría el otro día. Echa un vistazo a la salita, su mirada pasa de los periódicos hechos trizas a la mesa destrozada. Me mira a mí tirada en el suelo, luego a mi madre, a la mujer rubia con vestido azul, y finalmente de nuevo a mí.

—¿Qué está pasando aquí?

Al ver que no contesto se gira hacia su compañero, un hombre con calvicie incipiente y barriga prominente. Con los brazos en jarras, el policía da un paso al frente.

—Hemos recibido una llamada de un hombre mayor. Por algo relacionado con un hacha. Asegura que una mujer de la zona se ha comportado de una forma extraña y amenazadora. ¿Sabéis algo que pueda ayudarnos a aclararlo?

«Algo relacionado con un hacha». Tengo que hacer un esfuerzo para no dejar que mi mirada se dirija al bulto bajo la alfombra. Por el rabillo del ojo veo que la psicóloga se ha apartado un poco, con pasitos tan imperceptibles que apenas se la ha visto moverse. Ahora está muy cerca del hacha. ¿Está intentando ocultarla con las piernas y el cuerpo? ¿O se está preparando para agarrar el arma escondida y pillarnos a todos desprevenidos, si fuera necesario? Siento que me arden las sienes por el esfuerzo de no girar la cabeza hacia ella. Intento centrar la mirada en la mujer policía.

—Este señor —añade la agente— estaba paseando al perro cuando se ha topado con la mujer. Nos ha contado que hablaba de forma incoherente y que parecía totalmente fuera de sí. Y que, como ha dicho mi colega, llevaba un hacha. Estamos inspeccionando la zona para echar un vistazo. Hay muy poca



gente, pero paramos en las casas donde parece haber alguien. Para preguntar si alguien ha visto algo sospechoso.

Pasea la mirada por la sala, nos observa a las tres de una en una. Ninguna responde a las palabras que han quedado suspendidas en el aire. Los ojos de mi madre se mueven nerviosamente, sus pupilas se contraen. Es obvio que en su cerebro se está produciendo una actividad frenética. Y de pronto caigo en la cuenta. Mamá no sabe que la mujer de la que están hablando los policías soy yo, que en un principio el hacha era mía. Ella solo la ha visto en manos de la rubia. ¿Qué conclusiones habrá sacado? ¿Qué estará pasando por su mente en este momento? ¿Delatará a la psicóloga? ¿Estará planteándose contar a los agentes lo que ha pasado realmente aquí?

Una parte de mí le grita en silencio que lo haga, que nos salve a las dos mientras aún haya tiempo. Pero otra parte sigue siendo muy consciente de que la psicóloga está a menos de un metro del hacha. Si quisiera, podría partirme el cráneo antes de que los policías tuvieran tiempo de reaccionar. Si la situación pintara muy mal para ella.

Mamá abre la boca, pero la vuelve a cerrar y niega con la cabeza. El policía se seca la frente y carraspea ruidosamente.

—Vaya, veo que sois un grupito de lo más hablador.

—¿Qué ha pasado aquí exactamente? —pregunta su compañera.

La agente vuelve a pasear su mirada inquisitiva por toda la habitación hasta que la detiene en mí. Se acerca unos pasos, ladea la cabeza y me mira con ojos entornados. Lucho contra el impulso de cerrar los ojos y girar la cara. Consigo reunir fuerzas y le sostengo la mirada. Estoy esperando a que de pronto me reconozca, que recuerde mi comportamiento irracional de la última vez que nos vimos. Pero quizá porque hay otra gente en la sala, o quizá porque realmente no me reconoce sin maquillar y en un estado tan lamentable, lo único que acaba diciendo es:

—¿Qué son esas heridas que tienes en la cara? ¿Y ese morado, qué...?

Percibo un movimiento nervioso por el rabillo del ojo. Mamá da un paso al frente y se interpone entre mí y la policía.

—Como podéis ver, mi hija no se encuentra bien. Acaba de salir de una relación destructiva. Y, para colmo de males, también tiene fiebre. Puedes comprobarlo tú misma si quieres. Llevo todo el día con ella y no ha tenido fuerzas para mantenerse en pie desde...

—¿Todo el día, dices?

La agente endereza la espalda y clava los ojos en mi madre. La tensión se puede cortar. Está claro que la mujer está sopesando sus palabras. La parálisis

inicial de mamá parece haber remitido. Ahora le sostiene la mirada a la agente sin titubear, hasta que esta suelta una especie de suspiro resignado, se vuelve hacia su compañero y arquea las cejas.

—Bueno, quién sabe —dice él encogiéndose de hombros—. Nadie, aparte de un anciano paseando a su perro, parece haber visto a la mujer del hacha.

Levanta dos dedos de ambas manos en el aire para entrecomillar las últimas palabras. El gesto, unido a la expresión de su rechoncha cara, sugiere que no tiene muy claro hasta qué punto conviene dar crédito al relato de un viejo solitario. La agente me mira de nuevo y esta vez lo veo claramente, el destello de reconocimiento en sus ojos. Me observa un buen rato en silencio. Su boca es un trazo serio y firme en medio de su cara.

—Si has sido maltratada deberías presentar una denuncia —dice al fin—. Hay gente que puede ayudarte.

Señala la mesa destrozada. Seguramente cree que es resultado de la relación violenta a la que mamá se acaba de referir.

—Y ahora cuídate, ¿de acuerdo? —añade.

Sin esperar respuesta, la policía se vuelve de nuevo hacia mi madre, que asiente con vehemencia.

—Me ocuparé de que reciba los mejores cuidados posibles.

La agente reprime un suspiro.

—Al parecer, las relaciones destructivas están a la orden del día. Hemos recibido otro aviso aquí en la zona. Una madre preocupada cuya hija ha sido amenazada con un cuchillo por su novio. ¿No habréis...?

Antes de que termine la frase, su compañero da un paso al frente.

—Es un chico al que hace tiempo que le hemos echado el ojo. El líder de una especie de banda juvenil que parece haberse especializado en maltratar animales.

Un destello de irritación en la mirada de la agente revela que cree innecesaria la explicación de su colega. Yo siento que se me forma un nudo en el estómago. ¿Maltratar animales? ¿Amenazar con un cuchillo? La chica, Greta. Quiero gritarlo: «¿Ella está bien?». Pero las palabras se me quedan dentro. A pesar del agua que he bebido, vuelvo a sentir la garganta seca. Mamá se lleva una mano al pecho y respira hondo.

—Por Dios... ¡Qué horror! ¡Esa pobre chica! Y maltratar animales... ¿Cómo puede alguien...?

Una criatura moteada de blanco y negro pasa fugazmente por mi retina, me parece notar un ágil cuerpecillo ovillándose junto a mí. Luego la imagen

se difumina y la sensación de calor se disipa de golpe, reemplazada por algo cortante y frío. Tirith.

—Quién sabe —dice el policía, encogiéndose de hombros en un gesto de resignación—. Puede que sean satanistas. O tal vez solo estén aburridos. Los jóvenes de hoy en día...

—En fin... —lo interrumpe su colega—. No vale la pena quedarse aquí especulando. Pero si habéis visto u oído algo que nos pueda ayudar con este caso...

Mamá niega con la cabeza. Tiene la cara pálida.

—No. Gracias a Dios solo hemos venido a pasar unos días. Y teniendo en cuenta todas las cosas desagradables que parecen ocurrir en esta zona, no creo que volvamos. La Bruja... ¿Qué nombre es ese para un lago?

La agente alza las palmas de las manos.

—No es ningún nombre oficial. Pero supongo que sí es un poco raro. Y un tanto espeluznante. No parece el mejor gancho para los turistas, desde luego. Lo cierto es que yo acabo de mudarme. Hace poco que me he enterado de que la gente lo llama así.

Dicho esto, da media vuelta y camina unos pasos en dirección al recibidor. ¿Se van a ir? ¿Ya? Me remuevo inquieta, no sé qué me genera más inseguridad. Tener a la policía en la cabaña o verlos marcharse. Pienso en el objeto negro que está escondido a escasos pasos de mí. Debe de ser por el desorden en la sala, con trozos de periódicos y de madera por todas partes, por lo que los agentes no se han fijado en el bulto que sobresale en la alfombra.

El hombre ya está en el recibidor, pero de pronto su compañera se detiene. Se gira para mirar a la psicóloga. Y a la esquina de la alfombra. Contengo el aliento. Sigo la mirada de la agente. Veo a la esposa de Alex, la madre de Smilla, ahí de pie con su vestido azul, apoyada en la pared como si quisiera fundirse con ella.

—¿Y quién eres tú?

La psicóloga titubea, no responde. Me parece verla deslizarse pared abajo y me da la impresión de que extiende una mano temblorosa hacia el suelo. Puede que sea real; puede que sean imaginaciones mías. Sí, ¿quién eres tú? La pregunta pasa fugazmente por mi mente maltrecha. Entonces oigo una voz familiar.

—Una amiga —contesta mamá—. Es una amiga.

Veo a la policía mirar de nuevo a mi madre, quien posiblemente ha tardado un segundo de más en responder. Pero una vez que lo ha hecho, no se

percibe en ella el menor atisbo de duda. Asiente con la cabeza resueltamente para reafirmarlo. Una amiga, sí. Las dos se miran y me da la impresión de que el motivo por el cual mamá protege a la psicóloga ante los policías no es solo para evitar el riesgo de un ataque desesperado contra mí. También hay otra cosa, algo más.

Los dos agentes uniformados desaparecen en el recibidor. Oigo cerrarse la puerta. Mi madre y la psicóloga se evalúan con la mirada largo rato. Mamá es la que rompe el silencio.

—Muy bien. Ahora dame esa hacha para que la guarde. Luego podemos sentarnos a hablar. Puedes preguntarme lo que desees. Entiendo que quieras saberlo.

Tanto mamá como la psicóloga se mueven despacio. Veo cómo sacan algo negro de debajo de la alfombra y que el objeto cambia de manos. Oigo pasos que salen de la habitación, una puerta que se abre, un ruido metálico, y luego pasos que vuelven. Después no se oye nada más, salvo unas voces que hablan muy bajo. La cabeza me da vueltas. Se me cierran los párpados. Estoy cansada. Muy cansada...

Me quedo dormida, y sueño que mamá y mi antigua psicóloga están sentadas en los extremos del sofá por encima de mí, hablando. Que mamá de vez en cuando se inclina hacia delante para tocarme la frente o para arreglarme un poco la almohada que me han colocado debajo de la nuca. En el sueño, oigo a la psicóloga decir: «Entonces ¿tu amiga estaba enamorada de tu marido? ¿Por eso le contó lo de la bofetada? ¿Para que él te dejara?».

—O quizá ya estaban teniendo una aventura —oigo decir a mi madre, y comprendo que estoy despierta—. A lo mejor ella se sintió rechazada porque él continuó viendo a otras mujeres. ¿Quién sabe?

No hay resentimiento ni odio en su voz al hablar de Rut. Más bien suena cansada. Al principio, sus palabras no me sorprenden. Después pienso que mi reacción es extraña. Porque ¿en qué baso mi percepción de las emociones de mamá, su visión de lo que ocurrió? Yo, que jamás en mi vida me he sentado con ella en un sofá para hablar de estas cuestiones. Ninguna de las dos ha tomado nunca la iniciativa para mantener una conversación en serio de este tipo. Si mamá trató de hacerlo alguna vez durante mi adolescencia, yo frustré sus intentos de manera expeditiva. Después me fui de casa, me retraje aún más, mantuve las distancias. Y todo eso nos ha llevado ahora hasta aquí.

Aún no se han dado cuenta de que estoy despierta. Las dejo creer que sigo durmiendo, permanezco inmóvil y abro muy levemente los ojos, apenas una fina ranura. En el centro de mi campo de visión, justo delante, tengo dos piernas delgadas. No son de mamá. La luz del sol que entra a raudales en la salita incide de tal manera que puedo ver claramente el vello incipiente en las pantorrillas. Un pie se agita adelante y atrás, calzado con una sandalia abierta. Veo las uñas pintadas de un desagradable tono pastel que empieza a descascarillarse. La tengo tan cerca que podría tocarla con solo alargar una mano. Acariciarla. O arañarla.

—Tengo que preguntarte... Después... ¿No hubo nadie que...? Quiero decir...

El hecho de que parezca tan incómoda al formular la pregunta me hace intuir a qué se está refiriendo la psicóloga. Mamá también lo entiende. Por supuesto.

—Fue considerado un accidente. Poco antes, los vecinos de los pisos de arriba y abajo habían oído gritar a un hombre, y pensaron que debía de ser el mismo que solía llegar tarde a casa armando jaleo por la escalera. La gente de los edificios de enfrente le contó a la policía que había visto a menudo a ese hombre sentado en la ventana, fumando. No entendían cómo podía atreverse, viviendo en un piso tan alto. La autopsia demostró que tenía alcohol en sangre, y bastante. Me parece que incluso encontraron trozos de cristal del vaso que sostenía en la mano...

Hago un movimiento repentino, sacudiendo una pierna para que se den cuenta. Mamá calla de golpe. Su cara asoma por el borde del sofá.

—Hola, cielo. Te has quedado dormida y no he querido despertarte, he pensado que necesitabas descansar. Tendría que haberte acostado, pero... claro, ahora eres un poco más grande que la última vez que te llevé en brazos a la cama.

Nos quedamos mirando. Durante mucho tiempo. Hasta que mamá se ruboriza. Sí, lo hace. Se ruboriza. Aunque solo brevemente. Luego se apresura a retomar el control de la situación.

—¿Cómo te encuentras?

Ya llevo despierta varios minutos, pero hasta que no me lo pregunta no pienso realmente en cómo estoy. El dolor de cabeza no es tan fuerte como antes, sigue ahí, pero ha disminuido. Mi hombro sigue rígido e inflamado, pero la fiebre parece haber remitido. No cabe duda de que el sueño me ha sentado bien. ¿Cuánto tiempo debo de haber dormido? Una sensación familiar, y aun así extraña, vuelve a hacerse notar en mi estómago.

—Hambre —digo—. Tengo hambre.

En la cocina, adonde llego apoyándome en el cuerpo de mamá, me como varias rebanadas de pan tostado. Miro con disimulo en busca del hacha, pero no la veo por ninguna parte. Siento curiosidad por saber qué ha hecho mamá con ella, pero no se lo pregunto. La muñeca de Smilla está en el suelo debajo de la mesa, boca abajo. El vestido de lunares se le ha subido un poco, dejando al descubierto el culito de plástico. Sin apenas fuerzas pero llena de determinación, me agacho para recogerla, le arreglo la ropa y la siento en la silla que tengo al lado.

El esfuerzo provoca que vuelva a sentir una pulsión dolorosa en el hombro. También en la parte inferior de la cara y en el cuello. Sigo extenuada, tanto por la fiebre como por los estragos de los últimos días. Entonces me acuerdo del alcohol que fui obligada a beber y, angustiada, me acaricio la piel por encima del ombligo con las yemas de los dedos. «¿Sigues ahí dentro?». En lo más profundo de mi interior, me parece notar cierto hormigueo. Algo que lucha, algo que quiere vivir. Algo o alguien. Todo saldrá bien. Tiene que salir bien.

Para saciar mi recién despertado apetito, voy llenando el agujero voraz de mi estómago mientras mamá rebusca en el dormitorio y el cuarto de baño, recogiendo todas mis cosas. Trabaja eficientemente, en silencio, con tanta seguridad en sí misma que parece que no haya hecho otra cosa en su vida que acudir a rescatarme de situaciones absurdas. Me imagino que su plan es terminar cuanto antes con todo esto y llevarme al hospital. Me pregunto qué piensa contarles a los médicos sobre lo que me ha pasado. Creo que también es mejor no preguntarle al respecto, mejor guardar silencio y dejar que mamá se ocupe.

La psicóloga se mantiene al margen. Hace rato que no la veo, pero sé que aún no ha abandonado la cabaña. Su presencia se puede palpar en el aire. Supongo que sigue en la salita. ¿Sopesando el siguiente paso, reflexionando sobre su vida? ¿Qué sé yo? Lo único que sé es que si mamá se atreve a confiar en ella, yo también debo hacerlo.

Cuando por fin he satisfecho mi apetito, mamá ya ha limpiado el fregadero y sacado mi maleta.

—El coche está aparcado fuera —dice, haciendo un gesto hacia el seto de tuyas.

Luego me ayuda a levantarme y me acompaña hasta la entrada. Su brazo en mi cintura, mi brazo alrededor de su cuello. Nuestros cuerpos están pegados desde el hombro a la cadera. Hacía mucho tiempo que no estábamos tan cerca la una de la otra.

Cuando ya estamos en el porche, oigo ruido en el recibidor. Mamá gira la cabeza, su mirada se detiene en algo que está justo detrás de nosotras. No necesito volverme para saber lo que es.

—Tengo una última pregunta. ¿Mereció la pena?

Mamá titubea. Por el rabillo del ojo vislumbro cómo su mirada pasa de la psicóloga a mí, se demora un momento. No me giro hacia ella. No busco sus ojos. Espero.

—No —responde mi madre—. No mereció la pena.

Me lleva hasta su coche y me ayuda a subirme al asiento del copiloto. Por la ventanilla veo mi propio coche. Apenas presto atención mientras mamá me explica que se ocupará de que se lo lleven de aquí lo antes posible. Ya verá cómo. Que no me preocupe, no tendré que volver. Nunca más. Ella se encargará de ello.

Rodea el coche y se sienta al volante, cierra la puerta y se pone el cinturón. Después permanece sentada sin girar la llave. No se mueve, no dice nada.

—¿Mamá?

Se queda un rato mirando al vacío.

—Ese hombre... Alex —dice al fin—. La manera en que la trata a ella... ¿Es igual contigo?

¿Qué puedo contestar a eso? ¿Le cuento lo de la corbata? Mamá se muerde el labio. Me esfuerzo por sonar tranquilizadora, convincente.

—Lo he dejado. Le he dicho que no vuelva a acercarse a mí nunca más.

Mamá sopesa mis palabras un rato.

—¿Y el bebé? —dice luego—. Tu bebé. ¿Qué piensas hacer?

Espero, obligándola a volverse hacia mí y leer la respuesta en mis ojos. Ella asiente despacio. Entonces extiende un brazo y posa su mano en la mejilla que no está magullada.

—¿Y si él va a buscarte, a ti o al bebé? ¿Y si de alguna forma...?

Tarde o temprano, Alex se enterará de que he conseguido salir con vida de aquí, de que su mujer me dejó marchar. ¿Cómo reaccionará? No quiero ni imaginármelo. Pero no importa con cuánta violencia pueda reaccionar, probablemente se lo pensará dos veces antes de intentar buscarme otra vez. Tiene sus ventajas, eso de ser una persona misteriosa. Tiene sus ventajas no haberle contado a Alex toda la verdad sobre lo ocurrido con papá.

Pienso en lo que me dijo al final de nuestra última conversación por teléfono. Y en lo que le hice creer. Que fui yo quien asestó aquel empujón mortal hace ya un millón de años. Que soy capaz de ese tipo de actos.

Me llevo la mano a la cara y la pongo sobre la de mamá. Espero que comprenda lo que intento transmitirle. Espero que pueda sentir la fuerza que irradia de la persona que soy. «Hija de mi madre».

—Si eso pasa, ya lo arreglaré.

Mamá me escucha, asimila mis palabras. Luego retira la mano y sonrío. Esa sonrisa que dice que todo está como debe estar.

—Espérame un momento aquí —dice—. Me he olvidado una cosa dentro.



Se desabrocha el cinturón y, con paso decidido, vuelve a rodear el seto que enmarca la cabaña que estamos a punto de dejar atrás.

Me reclino contra el respaldo y respiro hondo varias veces seguidas. «Poder irme de aquí. Por fin». Pienso en lo agradable que será volver a casa. Decido que voy a ponerme a buscar otro piso lo antes posible. Uno en el que él no haya estado nunca. Puede que incluso me mude de ciudad. Pero lo primero que voy a hacer, en cuanto me haya recuperado y curado las heridas, es llamar a Katinka. Preguntarle si le apetece quedar una tarde y tomar algo.

En ese momento la veo. Se acerca con movimientos vacilantes por el otro lado del camino. Ropa negra e informe, el pelo largo ondeando suelto. Abro la puerta del coche y voy a su encuentro, me detengo a unos pasos de ella. Me mira en silencio, desliza la mirada por los arañazos de mi cara y el gran moratón en mi cuello.

—Mi madre ha hablado con la poli —dice al fin—. Le han dicho algo sobre una mujer armada con un hacha. Quería... solo quería ver si estabas bien.

—Yo estoy bien. ¿Y tú?

Se aparta el pelo de la cara y baja la mirada al suelo. «Una madre preocupada cuya hija ha sido amenazada con un cuchillo por su novio». De pronto lo recuerdo todo.

—¿Ha sido tu madre quien lo ha denunciado?

Greta mira al suelo, al camino, a todas partes menos a mí.

—Qué estúpida... —murmura finalmente—. No se entera de nada.

Se me cae el alma a los pies. ¿Se está poniendo de parte de Jorma? ¿A pesar de haberla amenazado a ella también? Me entran ganas de zarandearla, de protestar, de preguntarle si no escuchó nada de lo que le dije en el claro del bosque. Pero entonces veo a mamá aparecer por detrás del seto. Cuando ve a Greta, acelera el paso. Me apresuro a tender una mano hacia la chica. Oigo las palabras de la agente de policía saliendo por mi boca.

—Hay gente que puede ayudarte.

La chica mira la mano que le ofrezco. Se queda inmóvil un instante. Luego alarga la suya y sus dedos rozan los míos. Los tiene helados.

—Eh, oye, ¿quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí?

La voz de mamá suena fuerte y autoritaria. La chica aparta la mano de golpe. Me mira a los ojos una última vez. Mi voz no es más que un susurro.

—Ahora cuídate, ¿de acuerdo?

Sin decir palabra, se marcha corriendo. Noto mi propia mano caer lánguidamente. Mamá abre la puerta de su lado, se sube y se pone el cinturón.

Cuando me pregunta quién era la chica, me encojo de hombros. Ella no insiste.

—Greta —dice luego—, hay algo más en lo que he estado pensando.

Cierro mi puerta y miro por el retrovisor de mi lado. Veo una figura pequeña y flaca que se aleja. En cuestión de segundos, es poco más que un mero trazo en la distancia. Al final parece haber sido tragada por la tierra. Por Marhem. Mamá gira la llave y el motor arranca con un rugido.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿verdad? Cualquier cosa, Greta.

Asiento en silencio. Sí, lo sé.

—Vas a necesitar mucha ayuda. No resulta fácil pasar por un embarazo. Y después, cuando llegue la criatura, no es que la cosa mejore precisamente. Como madre soltera necesitarás todo el apoyo posible. Quiero que sepas que yo...

Se le traban las palabras. Le busco la mano, que descansa sobre el cambio de marchas.

—Mamá. Gracias.

Se vuelve hacia mí y sonrío. Con esa sonrisa suya tan especial.

Y nos vamos.

No conseguí asestarte un buen golpe con el remo. El ángulo no era el correcto, la fuerza insuficiente. Perdiste el conocimiento, pero creo que se debió a que ya te encontrabas muy débil. Quizá debería haber usado el hacha mientras yacías indefensa en el suelo. O haberle prendido fuego a la cabaña mientras aún estaba a tiempo. Antes de que ella llegara. La que lo trastocó todo. Tu madre.

Te reconocí en cuanto abriste la puerta, sabía que eras una antigua paciente, pero tarde un rato en ubicarte. En recordar la extraña historia sobre el padre que cayó por una ventana. La historia que nunca llegó a tener un final claro. Estaba tan segura, cuando te tenía sentada frente a mí dando rodeos evasivos en torno al tema: estaba segura de que fuiste tú quien lo había empujado. Toda tú, tu lenguaje corporal, tu tono de voz, tus expresiones faciales, apuntaban a ello. Así que cuando quisiste poner fin a nuestras conversaciones, sin haber liberado por completo la carga de tu corazón, intenté retenerte. ¿Lo recuerdas? No, supongo que no. Es probable que mis palabras no significaran nada para ti, desapareciste de la consulta y no volviste más. También yo seguí adelante, no te había dedicado ni un pensamiento desde entonces. Hasta ahora.

Estoy en la cocina, mirando por la ventana. Aunque no pueda verte, sé que sigues ahí fuera. Acabo de oír una puerta de coche cerrarse. Dentro de unos segundos el motor arrancará y tendré que quedarme aquí escuchando cómo os vais. ¿Me arrepentiré entonces? ¿De haberte dejado ir, de no arrancarte con mis propias manos lo que está creciendo en tu seno?

Si te dejo marchar, es por tu madre. Después de que haya compartido su historia conmigo, soy incapaz de ponerle la mano encima a su hija. Pensaba que lo peor ya había pasado, pero después de escuchar a tu madre tengo la sensación de que algo todavía más grande me espera a la vuelta de la esquina.

Algo tremendo y aterrador al mismo tiempo. El desafío de mi vida. El que me hará libre.

La veo volver a paso ligero a la cabaña, oigo sus pies repiqueteando en la escalera y la puerta de la calle se abre de nuevo. Seguramente os habéis dejado algo. Salgo al recibidor para ir a su encuentro. Ella no se quita los zapatos, no parece tener intención de entrar a buscar nada. Se limita a quedarse ahí de pie, mirándome fijamente.

—Greta no tendrá nada más que ver con tu marido —dice al fin—. Te doy mi palabra.

Sé que no diría algo así si no fuera verdad. He comprobado con mis propios ojos el poder que esa mujer puede ejercer sobre ti. Puede que tú misma no lo veas, o tal vez no lo quieras reconocer, pero es así. Asiento con la cabeza en señal de que he recibido y entendido el mensaje. Me espero que se dé la vuelta y desaparezca. Pero se queda de pie sobre el felpudo.

—Me has preguntado si mereció la pena. Vuelve a preguntármelo.

Al principio no entiendo por qué. Ya me ha dado antes su respuesta. Entonces caigo en la cuenta. Quiere que se lo pregunte cuando tú no estás delante. Noto que se me acelera el pulso.

—¿Mereció la pena?

—Finalmente le he pedido perdón a Greta por haberla dejado sola. Es algo con lo que he tenido que cargar durante todos estos años. Pero por lo que hice, por haber matado a su padre, no tengo que pedirle perdón. Y tampoco tengo ninguna intención de insultarla a ella o a mí misma haciéndolo. Una petición sincera de perdón requiere arrepentimiento.

Las palabras revolotean en el aire a nuestro alrededor. Clava sus ojos en los míos, me siento atrapada por su mirada.

—¿Te parece una respuesta suficientemente clara?

Noto un doloroso hormigueo por toda la piel. Es como si todos mis vasos sanguíneos se hubieran dilatado. Asiento en silencio. Sus palabras han hecho revivir con fuerza algo en mí. Ese gran desafío que tengo delante, esperándome. Llevo toda la tarde dándole vueltas, desde que ella ha terminado de contar su historia. Desde que me he oído a mí misma decir cosas de Alex que no había dicho nunca, expresarme de un modo que no creía posible. Y ahora lo entiendo. Es con él —y no sin él— cuando no soy nada. Así de simple, así de banal. Pero así de cierto.

Miro a la mujer que tengo delante con admiración, con gratitud. Por fin veo la conexión, por fin entiendo el sentido de nuestro encuentro aparentemente casual aquí en Marhem.

Pone una mano en el pomo de la puerta.

—Lamento lo de tu madre. ¿Estabais muy unidas?

Siento una punzada de dolor en el pecho.

—La echo muchísimo de menos.

Ella asiente brevemente con la cabeza, y está a punto de abrir la puerta cuando parece cambiar de idea. Con un rápido movimiento, se inclina hacia mí, tan cerca que los rizos de su permanente me rozan la sien.

—Asegúrate de que tu hija esté en cualquier otra parte —susurra—. Y haz que parezca un accidente.

Y dicho esto, desaparece. Un minuto más tarde se oye el ruido de un coche que arranca, acelera y se aleja hasta perderse en la distancia. Me quedo paralizada en el recibidor. Todo lo que creía que había perdido —todo lo que creía que había desaparecido por el abismo que se abrió bajo mis pies tras el último suspiro de mi madre—, tengo la posibilidad de recuperarlo. Voy a reconquistarlo todo. A mí misma. A mi hija. Nuestro futuro.

El amor de una madre no tiene límites, es salvaje y hermoso. Pienso honrar el recuerdo de mi madre y seguir luchando por los mismos objetivos por los que ella luchó en su vida. Pero mi camino hasta allí será otro muy distinto al que ella tomó. Donde ella eligió sumisión, yo elijo luchar. Donde ella eligió clemencia, yo elijo determinación. Poco a poco, me doy la vuelta y vuelvo a la salita. Tengo mucho en que pensar antes de regresar a casa. Muchas cosas que planear. Me siento en el sofá, en la misma esquina en la que ella estaba sentada hace un rato. Si cierro los ojos, aún puedo sentir la cercanía de su historia. Me proporciona consuelo y fuerza al mismo tiempo. Sé que lo conseguiré. Si ella pudo, yo también.

Me viene a la mente la imagen de Smilla, en mis oídos resuena su risa contagiosa. En algún momento, quizá dentro de muchos años, tal vez podremos sentarnos y hablar. Una madre y su hija adulta. Entonces le contaré cómo ha sido mi camino por la vida, las lecciones que he aprendido. Todavía no sé exactamente lo que le voy a decir. Pero sí sé por dónde voy a empezar. Sé qué frase será la primera de mi historia:

Una buena madre no se amolda a las circunstancias, sino que es ella quien las moldea.

## AGRADECIMIENTOS

Gracias a la profesionalidad de mi editor, a la perspicacia de los lectores de pruebas, a mis buenos amigos, y a toda mi familia por brindarme su apoyo y su amor.

Y por último, aunque no menos importante, gracias a ti por leerme.



CAROLINE ERIKSSON (Suecia, 1976) es titulada en Psicología Social y se ha dedicado, durante más de una década, a los recursos humanos. *Sin rastro* es su tercera novela, publicada en veinticinco países con gran acogida de público y crítica. La autora vive a las afueras de Estocolmo con su esposo y sus dos hijos.